

enciclopedia popular 17



a. arzumian

IMPERIALISMO

EDITORIAL CARTAGO

EL IMPERIALISMO

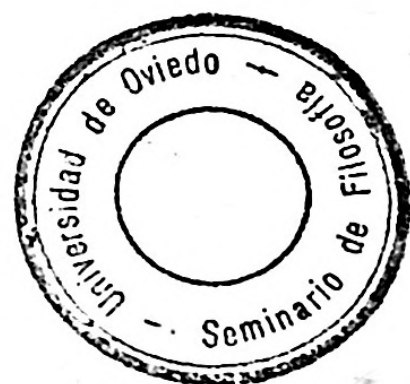
¿Qué es el imperialismo? ¿Cuál es su ubicación histórica? ¿Existió siempre? ¿Cuál es su porvenir?

El imperialismo es un hecho concreto de la sociedad contemporánea. Surgió a un determinado nivel del desarrollo de la sociedad capitalista moderna y se convirtió en su fase monopolista y última. Su característica fundamental es la concentración. Concentración de la producción en grandes fábricas o cadenas de fábricas; concentración del capital financiero en bancos poderosos o cadenas de bancos; creación de monopolios de carácter internacional y reparto del mercado mundial; desencadenamiento de luchas sordas o guerras abiertas entre distintos grupos imperialistas, por nuevos repartos del mercado mundial, o por su dominio absoluto.

¿Qué efecto tiene sobre el género humano este sistema económico y político? Tomemos un ejemplo, referente a América Latina. Adlai Stevenson, estadista de EE.UU. dice: "en esta rica zona la mitad de la población pasa hambre, la mitad no tiene cama, la mitad es analfabeta".

¿Dónde hallar las causas de las calamidades y del infortunio de estos países y de sus pueblos? ¿Dónde hallar las raíces de la opresión a las naciones? ¿Por culpa de quién se han desencadenado dos cruentas guerras que costaron casi 60 millones de víctimas?

A estos y otros interrogantes responde el presente volumen, escrito por un destacado historiador e investigador de la vida contemporánea.



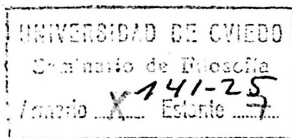
33-115

R. 1585

A. ARZUMANIAN

51424V 1972/10
1585

EL IMPERIALISMO



EDITORIAL



CARTAGO

Libro de edición argentina.
Hecho el depósito que fija la
Ley 11.723.

© by EDITORIAL CARTAGO,
Buenos Aires, 1965.

INTRODUCCION

En 1960 los países de América latina celebraron el 150 aniversario de la conquista de su independencia estatal. Sin embargo, los pueblos latinoamericanos hubieron de señalar con amargura que sus países continúan siendo subdesarrollados en el orden económico, y dependientes de EE. UU. Constituyendo en el año 1958 el 9-10 por ciento de la población del mundo capitalista, estos países producen tan sólo el 4,7 por ciento de toda la producción industrial del mundo capitalista. La renta nacional por habitante en Latinoamérica asciende término medio a 285 dólares al año, es decir, aproximadamente el séxtuplo menos que en EE. UU. En todos estos países, la economía está desarrollada de manera unilateral, la exportación de dos o tres mercaderías constituye del 50 al 88 por ciento de la exportación total de cada país. Los pueblos de América latina viven pobremente.

Al regresar, a comienzos de 1960, de su viaje por doce países latinoamericanos, Adlai Stevenson, estadista de EE. UU., escribió que "en esta rica zona la mitad de la población pasa hambre, la mitad no tiene cama, la mitad es analfabeta".

¿Dónde hallar las causas de las calamidades y del infortunio de estos países y de sus pueblos? En la dominación del imperialismo, en la peculiaridad del imperialismo de EE. UU.

La riqueza de la sociedad capitalista es creada por los trabajadores. La clase obrera constituye la fuerza productora básica de la sociedad, la creadora principal de todas las riquezas. Pone en movimiento las fábricas, produce las máquinas, los alimentos, la ropa, el calzado, construye las viviendas. Pero esta clase, que crea la riqueza de la sociedad capitalista, está condenada a la indigencia y a las privaciones. El desempleo, el trabajo forzado, la miseria, la falta de derechos políticos y la opresión más cruel: tal es la suerte de la clase obrera, de los traba-

jadores en los países del imperialismo, mientras que la clase de los capitalistas, percibiendo beneficios fabulosos de la explotación implacable de la clase obrera y de todos los trabajadores, labrando su fortuna en las guerras, lleva una vida fastuosa y parasitaria. Los capitalistas tienen en sus manos el ejército, la policía, los tribunales, las cárceles, todo el aparato de violencia. Por medio de él reprime a los trabajadores, sometiéndolos a una explotación despiadada. ¿Dónde hallar las raíces de tan escandalosa injusticia? En la dominación del imperialismo, en el régimen capitalista.

Los imperialistas no se limitan a oprimir y explotar a la mayoría de la población de su país. Oprimen y explotan asimismo a los pueblos de otros países. El imperialismo ha dividido el mundo capitalista en un puñado de países burgueses adelantados y en una abrumadora mayoría de países coloniales y dependientes. Unos cuantos países imperialistas se apoderaron de las colonias, privándolas de la independencia. Los colonizadores llevaron a esos países la explotación y la opresión en todos sus aspectos: el saqueo de las tierras de los campesinos, el bajo salario, los impuestos insoportables, el desempleo, la opresión racial y nacional, la asfixia de la cultura nacional, la violencia y las arbitrariedades. El atraso económico, el agotador trabajo semiesclavizado, la miseria irreparable, el embrutecimiento espiritual, la falta de derechos: tal es el sino de los pueblos de estos países bajo el imperialismo.

¿Dónde hallar las raíces de la opresión a las naciones? ¿Quién es el culpable de los penosos sufrimientos de los pueblos que habitan los países coloniales y dependientes? Las raíces de la opresión imperialista hay que buscarlas en el imperialismo.

La dominación del imperialismo es el origen y la causa de las calamidades e infortunios que sufren los trabajadores de todo el mundo. La salvación de la humanidad, la prenda de su felicidad, su posibilidad de elevarse, residen en la destrucción del imperialismo. Esto fue confirmado en la práctica por el pueblo soviético, que en octubre de 1917 lo aniquiló y luego edificó el socialismo. También fue corroborado en la práctica por los países de democracia popular en Europa y Asia, los cuales, siguiendo el ejemplo del pueblo soviético, derrocaron el yugo del imperialismo y están construyendo una vida nueva, una vida dichosa. Además lo está confirmando ahora la revolución popular en Cuba.

A lo largo de la vida de nuestra generación, la humanidad ha sufrido dos guerras mundiales, que fueron las más terribles hasta ahora desarrolladas.

La primera contienda mundial de 1914-1918 devoró tantas vidas humanas como todas las guerras en Europa en el último milenio. En los campos de batalla perecieron casi 10 millones de hombres y resultaron heridos y mutilados más de 20 millones. Después de la conflagración quedaron millones de viudas y huérfanos. Según los datos más modestos, los gastos invertidos en la guerra ascendieron a 280.000 millones de dólares.

Peor aun fue la segunda guerra mundial de 1939-1945. Las pérdidas en esta guerra ascendieron a casi 50 millones de personas, es decir, cinco veces más muertos que en la primera. Entre ellos figura una parte considerable de la población civil, y hubo cerca de 35 millones de heridos. Los gastos invertidos en esta guerra ascendieron a varios billones de dólares.

Las dos conflagraciones mundiales destruyeron una masa colosal de valores, creados por el trabajo de muchas generaciones. Las zonas donde tuvieron lugar las operaciones militares fueron casi totalmente devastadas. Las destrucciones causadas en Europa durante la pasada guerra se valoran en 260.000 millones de dólares. La población trabajadora de los países capitalistas empobreció considerablemente. Pero, en cambio, los capitalistas se enriquecieron. Con la sangre de los pueblos, con sus sufrimientos, miseria y hambre, los imperialistas adquirieron nuevas riquezas. Ya durante la primera guerra mundial, Lenin escribió que la guerra llena los bolsillos de los capitalistas, a los cuales fluye un mar de oro del erario de las grandes potencias. En particular enriquecióse la burguesía de Estados Unidos de Norteamérica. La primera contienda universal reportó a Rockefeller 450 millones de dólares de beneficios netos, y la segunda, 2.127 millones de dólares. La clase obrera y los campesinos se van convenciendo por su propia experiencia de que la guerra constituye un paraíso para los capitalistas y un infierno para los trabajadores.

¿Por culpa de quién se desencadenaron esas dos horribles y cruentas guerras? Por culpa de los imperialistas. Los responsables de la guerra de 1914-1918 fueron, por un lado, la alianza de los imperialistas germano-austríacos; por otro lado, la alianza de los imperialistas anglo-norteamericano-franceses, a la cual adhirió también el zarismo ruso.

La segunda conflagración universal fue provocada también por las fuerzas del imperialismo internacional. En Occidente la desencadenaron los imperialistas de Alemania, y en el este, los imperialistas de Japón. Además los de EE. UU. desempeñaron un papel especial en el resurgimiento y consolidación del militarismo alemán después de la primera guerra mundial.

Apenas se habían acallado las armas de la segunda guerra, cuando los imperialistas norteamericanos empezaron a encender la tercera. El difunto secretario del Departamento de Estado de EE. UU., John Foster Dulles, dijo que su país usa la política "del equilibrio al borde de la guerra". Pero jugar con fuego es sumamente peligroso. ¿Quién puede definir dónde está este borde, para detenerse? Además, los imperialistas estadounidenses saben que se han creado armas de exterminio en masa: las bombas de hidrógeno. Una nueva guerra no privaría de la vida a millones y decenas de millones de personas, sino a centenares de millones, destruiría países y pueblos enteros.

¿Dónde residen los orígenes de estas guerras mundiales?: en la dominación del imperialismo. Los imperialistas desencadenan las guerras mundiales para apoderarse de tierras ajenas, para avasallar a los pueblos de los países ocupados y, por esa vía, multiplicar sus ganancias. Se proponen desatar una nueva contienda mundial contra los pueblos que han abrazado la senda del socialismo, y también contra los que se han sacudido o se están sacudiendo los grilletes del colonialismo, pues la victoria del socialismo en muchos países y el ascenso inusitado del movimiento de liberación nacional están socavando ya la dominación imperialista.

Los trabajadores necesitan saber qué es el imperialismo. Ello contribuirá a su lucha por la paz, contra los preparativos de una nueva guerra, a la lucha por la emancipación de la clase obrera, los campesinos y todos los trabajadores —comprendidos los pueblos coloniales— de la opresión imperialista. Si no se estudia el imperialismo, si no se comprende su esencia, es imposible determinar correctamente las causas de las guerras modernas, del colonialismo y la esencia de la política actual de los Estados capitalistas. Si no se estudia el imperialismo, si no se comprende su significado político y social, es imposible dar un paso para la solución de las tareas prácticas planteadas al movimiento obrero en los países del capital, de las tareas de las revoluciones nacionales liberadoras.

A comienzos del siglo XX vieron la luz una serie de trabajos sobre el imperialismo. Entre ellos, los más importantes fueron el del científico burgués inglés J. Hobson *El imperialismo* y la obra del socialdemócrata austríaco R. Hilferding *El capital financiero*. En estas obras se señaló una serie de fenómenos nuevos que se operaban en la sociedad capitalista. Pero sus autores no descubrieron la esencia del imperialismo, no crearon una teoría acertada, cabal, profunda, sobre el imperialismo. Para crear esa teoría había que ser marxista revolucionario y aunque Hilferding se consideraba formalmente marxista, ya desde entonces renunció al marxismo revolucionario, a la doctrina marxista sobre la inevitabilidad de la revolución socialista: Hilferding estimaba que puede modificarse la naturaleza del imperialismo por medio de pequeñas reformas, sin la revolución. Era reformista, y no revolucionario. Naturalmente, no podía crear la verdadera teoría del imperialismo.

La teoría acerca del imperialismo sólo podían crearla los marxistas revolucionarios. A éstos pertenece, precisamente, el mérito de la investigación científica del imperialismo. El primer marxista que, apoyándose en la teoría de Marx y Engels, hizo un análisis científico del imperialismo fue Vladímir Lenin. Marx y Engels no podían hacerlo, porque cuando se formó el imperialismo ya habían fallecido. La teoría sobre el imperialismo, elaborada por Lenin, ha sido expuesta en muchas de sus obras. Entre los trabajos de V. I. Lenin sobre el imperialismo, el lugar fundamental lo ocupa su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Fue escrito en el fragor de la primera guerra mundial, en la primavera de 1916, y publicado por vez primera en la de 1917. En este libro, Lenin hizo el balance del desarrollo del capitalismo después de la aparición de *El Capital*, la obra principal de Carlos Marx.

La teoría del imperialismo creada por Lenin ha sido desarrollada en los documentos y resoluciones del Partido Comunista de la Unión Soviética, de los partidos comunistas y obreros de los demás países, en las resoluciones del XX Congreso del PCUS, así como en las Declaraciones de las Conferencias de los representantes de los partidos comunistas y obreros, reunidas en 1957 y en 1960 en Moscú. En el desarrollo de la teoría del imperialismo tiene especial significado el nuevo Programa del PCUS.

Por el título del libro de Lenin se ve que el imperialismo

es una etapa determinada, o, como escribe aquél, una fase de desarrollo del capitalismo. Es decir, el imperialismo no es algo distinto del capitalismo, sino que representa un peldaño determinado y, como veremos más adelante, el último en el desarrollo del capitalismo. Es el capitalismo monopolista, la víspera de la revolución social del proletariado. El imperialismo es el desarrollo y la continuación directa de las características fundamentales del capitalismo. Por consiguiente, para comprender lo que es el imperialismo es indispensable, ante todo, explicarse los rasgos principales del capitalismo en general. Si no se obtiene respuesta a la pregunta "qué es el capitalismo", no se comprenderá tampoco la esencia del imperialismo.

I

¿QUE ES EL IMPERIALISMO?

En el capitalismo, la sociedad está dividida en dos clases fundamentales: de un lado, un reducido puñado de capitalistas; por el otro, gran número de obreros asalariados, de proletarios. Además de estas dos clases fundamentales, en la sociedad burguesa existen millones de campesinos; y artesanos, empleados e intelectuales, que al igual que los proletarios, son explotados por el sistema de los capitalistas y terratenientes.

Los proletarios trabajan día y noche, pero continúan siendo pobres, pasan necesidades y a veces hambre. Los capitalistas no trabajan, mas pese a ello son ricos, nadan en la abundancia y disfrutan del lujo. Esto sucede porque se apropian de los frutos del trabajo de los proletarios, es decir, los explotan.

¿Por qué los capitalistas recogen los frutos del trabajo de los obreros, por qué esos frutos no llegan a los propios obreros? Porque en el capitalismo los instrumentos de trabajo, las materias primas y el dinero se encuentran en manos de los capitalistas. A éstos pertenecen las fábricas, las minas, los ferrocarriles, los bancos. ¿Y qué poseen los obreros? No tienen otra cosa que la capacidad de trabajo: carecen de instrumentos de trabajo, de materias primas, de dinero.

¿Qué le queda por hacer al proletariado en tales condiciones? Para no morir de hambre y asegurarse de una u otra manera la existencia a sí mismo y a su familia, se contrata con el capitalista.

El obrero va a la fábrica y se subordina al capitalista, porque éste dispone de dos amenazas para obligarlo a some-

terse: en primer lugar, el hambre, el desempleo; en segundo lugar, el gobierno, el ejército, la policía, las cárceles.

¿Por qué el fabricante contrata al obrero?

El capitalista ha construido la fábrica con el fin de producir artículos para la venta, es decir, mercancías. En la sociedad capitalista casi todos los artículos se producen con ese fin: el pan, la ropa, el calzado, el hierro, el carbón, las máquinas, etc., y todos ellos son productos del trabajo humano. Sólo los rayos solares, el aire, el agua y algunas otras cosas de que disfruta el hombre no lo son. Lo demás, es producido por el trabajo del hombre. El capitalista contrata al obrero porque éste sabe manejar la máquina, tejer, hacer el calzado, elaborar el azúcar, confeccionar vestidos, etc. Necesita la fuerza y la habilidad del trabajador. Necesita la fuerza de trabajo. No puede pasarse sin ella. En el capitalismo, la fuerza de trabajo es objeto de compraventa, se convierte en mercancía. El obrero vende como mercancía su fuerza de trabajo, y el capitalista la compra.

Al comprar la fuerza de trabajo, el dueño de la fábrica la pone en marcha, es decir, obliga al obrero a trabajar todo el día, por ejemplo 10 horas. En el transcurso de esta jornada de 10 horas, el obrero produce una cantidad determinada de artículos, que pasan por entero a disposición del capitalista. Por el tiempo empleado, aquél percibe de éste una remuneración monetaria, que apenas alcanza al obrero y su familia. Dicha remuneración en metálico se le entrega para que tenga posibilidad de reponer, más o menos, su fuerza de trabajo y pueda acudir al día siguiente al trabajo.

Pues bien, resulta que el obrero con su trabajo durante la jornada crea un valor mayor que el de su fuerza de trabajo. Para producir el valor indispensable para el sustento del obrero y su familia durante 1 jornada, éste necesitaría trabajar, por ejemplo, 5 horas. Este hecho no impide al capitalista obligarlo a trabajar 10 horas diarias. De tal suerte, el valor que el obrero le cuesta al capitalista en nuestro ejemplo representa el producto de 5 horas de trabajo, y el valor que proporciona diariamente al capitalista representa el producto de 10 horas de trabajo. ¿A dónde va a parar el valor creado por el obrero durante las 5 horas siguientes de trabajo? Se lo apropia el capitalista.

He aquí un ejemplo.

En la industria capitalista de Rusia, en 1913, los obreros produjeron mercancías por una suma de 5.621 millones de rublos. Los gastos en materias primas, combustible y desgaste de las máquinas ascendieron a 3.664 millones de rublos. Descontando estos gastos del valor general de las mercancías producidas, se obtendrá 1.957 millones de rublos de valor nuevamente creado. Este es precisamente el nuevo valor que produjeron en 1913 los obreros con el gasto de su fuerza de trabajo. Sin embargo, de esos casi 2.000 millones de rublos, los obreros percibieron la mitad y la otra se la apropiaron los capitalistas. La diferencia entre el salario del obrero y el valor que él produce durante la jornada, la semana, el mes, el año, se la embolsa el capitalista. La parte no remunerada del valor creado por el obrero se llama plusvalía. Dicho con otras palabras, la plusvalía es el producto creado por el trabajo del obrero asalariado, por encima del valor de su fuerza de trabajo y que el capitalista se apropia gratis. La apropiación por el capitalista de la plusvalía, creada por el trabajo del obrero asalariado, constituye la esencia de la explotación capitalista. Esta es el origen de las ganancias del capitalista. A expensas de este trabajo no retribuido se mantienen todos los miembros de la sociedad que no trabajan. Sobre él se basa todo el régimen capitalista.

El secreto de la explotación capitalista fue descubierto por el gran maestro y jefe del proletariado mundial, Carlos Marx. Con su teoría sobre la plusvalía, puso de relieve la base económica de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, fundamentó el carácter irreconciliable de los intereses de estas clases, dio un arma científica a la clase obrera en su lucha por la destrucción del capitalismo.

¿Qué hace el capitalista con la plusvalía? Parte de ella la invierte en su ociosa y espléndida vida y en el sustento de sus numerosos servidores. La otra la convierte de nuevo en capital, esto es, compra con ella nuevas máquinas, materias primas, contrata a nuevos obreros, amplía la producción y, de esa manera, obtiene aun más plusvalía. Pero el obrero sale del trabajo con lo que entró. A fin de no morir de hambre, tiene que volver a ofrecer sus brazos al capitalista. La propiedad sobre los medios de producción permite al capitalista apropiarse permanentemente del fruto del trabajo ajeno. Y cuanto más plusvalía obtiene, tanto más aumenta su capital. En manos de un puñado insignificante de personas se encuentran las má-

quinas, la tierra, las materias primas, y el dinero se transforma en capital, en instrumento de opresión y de explotación inhumana de los trabajadores.

El fin del capitalista es la obtención del beneficio. Para los capitalistas, la producción es sólo un medio de lograrlo. Al capitalista no le importa qué produce. Le importa tan sólo obtener la mayor cantidad posible de ganancia. Por eso, la producción capitalista es, en primer término, la producción de plusvalía.

El capitalismo dirige todos los adelantos de la ciencia y de la técnica contra los obreros. Bajo este sistema, la máquina no alivia la labor de los trabajadores, aunque de por sí es un poderoso medio de alivio del trabajo del hombre. Valiéndose de la máquina, los capitalistas ponen en juego los métodos más refinados de extorsión de las energías de los trabajadores. En el capitalismo, el obrero es un apéndice de la máquina. Devora rápidamente una generación de obreros tras otra, cargando sobre ellos un trabajo desmedido que destruye su salud y su vida.

Puesto que la máquina requiere menos energía física, o sea, muscular, el capitalista pone al pie de ella a niños y mujeres, pagándoles mucho menos que a los hombres. Aprovechándose de que con las máquinas se necesitan muchos menos trabajadores, el capitalista despide a los obreros sobrantes. Los obreros desplazados de la producción constituyen el ejército de reserva del trabajo, el ejército de los desempleados. Aprovechándose de que en la calle hay muchos desocupados, el capitalista rebaja el salario a los obreros ocupados, les crea la inseguridad constante en el mañana. Cuando la industria se amplía, los capitalistas extraen del ejército de desempleados la mano de obra barata que necesitan. Durante la reducción de la producción, masas considerables de obreros vuelven a ser lanzados a la calle.

Los campesinos y artesanos arruinados también engrosan el ejército de parados. La desocupación es un azote terrible para la clase obrera en los países capitalistas. La vida de los desempleados es insoportable, triste y lúgubre. Únicamente en algunos países capitalistas existe el seguro de paro a costa del Estado, aunque no para todos los obreros, y el subsidio es muy escaso. Centenares de miles de desempleados deambulan por las carreteras, pidiendo limosna y buscan trabajo en vano.

El capitalismo conduce a la depauperación a la mayoría abrumadora de los trabajadores. Cuanto más se desarrolla la sociedad capitalista, tanto más se enriquece un puñado insignificante de capitalistas y tanto más se empobrecen los obreros y se arruinan los campesinos. Cuanto más aumenta la productividad del trabajo y la riqueza social, tanto más fuerte crece la desigualdad social, se acentúa la diferencia de la situación entre los pudientes y no pudientes, la falta de medios de subsistencia y las privaciones de todo género para los trabajadores.

En la sociedad burguesa no sólo la industria, sino también la agricultura se rige al modo capitalista. La agricultura se convierte en una rama productora de mercancías. Para la gran producción agrícola el móvil es también el beneficio. La competencia conduce a dividir, diferenciar la hacienda campesina. Las haciendas de los campesinos medios se erosionan. Crece el número de haciendas de campesinos pobres. Los campesinos arruinados se convierten en obreros agrícolas, en braceros. De entre los campesinos se destacan algunos campesinos ricos, los cuales contratan a obreros agrícolas y campesinos pobres, explotándolos. Los plantadores capitalistas, los granjeros capitalistas, los terratenientes aburguesados, administran su hacienda igual que las fábricas, por medio de la contrata y explotación de los obreros. También en la agricultura el obrero percibe un salario insignificante, y la plusvalía creada por él se la apropia el capitalista y el propietario de la tierra. Al arrendar la tierra, el capitalista se compromete a entregar al dueño de la misma una parte de la plusvalía (llamada renta), y con la otra se queda él. De esa manera, el capitalista y el propietario de la tierra se reparten entre sí el trabajo no remunerado de los obreros.

En la sociedad capitalista se explota asimismo a los pequeños y medios campesinos. Mediante el arriendo, el propietario de la tierra se apropia de una parte considerable de los frutos del trabajo de los campesinos medios y pobres. El arriendo condena al pequeño arrendatario a la decadencia y la ruina. Incluso los campesinos pequeños y medios que no arriendan tierra, no están en condiciones de salir de la miseria. Los proveedores, los dueños de los silos, los frigoríficos, los ferrocarriles, obligan a los campesinos a conformarse con los bajos precios de acopio. A su vez pesan sobre los campesinos traba-

jadores gravosos impuestos. Todo el curso del desarrollo capitalista ha demostrado que los intereses de los campesinos trabajadores son opuestos a los de los latifundistas y capitalistas. Los campesinos trabajadores sólo pueden emanciparse de la explotación y cambiar su situación luchando, en alianza con la clase obrera, contra el capitalismo.

A medida que se desarrollan y profundizan las contradicciones inherentes al capitalismo, va aumentando también el descontento de la masa explotada hacia el orden existente de cosas, se agudiza la lucha de los trabajadores contra los explotadores.

El capitalismo ha creado grandes empresas, en las que trabajan centenares y miles de obreros y se emplean complejas máquinas. Diferentes ramas de la producción están ligadas estrechamente entre sí, dependen unas de otras. El fruto de la producción es el resultado de la acción de muchas personas. Para producir, por ejemplo, un automóvil en una fábrica de Ford, en EE. UU., se necesitan los esfuerzos de mineros y petroleros, de metalúrgicos y electrotécnicos, se necesita el trabajo de los braceros en las plantaciones de caucho, etc. El trabajo, la producción, bajo el capitalismo, tiene, por consiguiente, un carácter social. Sin embargo, este trabajo social está puesto al servicio de personas aisladas, de los patronos capitalistas. No es la sociedad la que dispone de este trabajo, ni la que posee la producción. Las fábricas, los bancos y la tierra pertenecen a propietarios privados y se utilizan en interés de un reducido puñado de capitalistas, los cuales se apropian del producto del trabajo de millones de personas. Resulta una contradicción: los artículos los produce toda la sociedad, sus esfuerzos colectivos, pero se apropian de ellos algunas personas que, por añadidura, no trabajan, no participan en la producción. Esta contradicción entre el carácter social de la producción y la forma capitalista privada de apropiación constituye la contradicción fundamental de la sociedad capitalista. A medida que se va desarrollando el capitalismo, esa contradicción se agrava y agudiza cada vez más.

Más adelante, de esta contradicción se deriva lo siguiente. El carácter social de la producción exige que ésta sea regida con arreglo a un plan. Pero la producción planificada es posible tan sólo bajo la propiedad social sobre los medios de producción, cuando las fábricas, las minas, la tierra, los bancos

se hallan en manos de toda la sociedad, y ésta, teniendo en cuenta sus demandas y posibilidades, puede establecer el volumen general de la producción, la elaboración de tipos sueltos de artículos, etc. Pero esto no sucede ni puede suceder en el capitalismo. En la sociedad capitalista impera la economía sin plan; dicho con otras palabras, reina la anarquía de la producción. La propiedad privada excluye la posibilidad de regir la producción con arreglo a un plan. Los capitalistas no saben ni pueden saber cuánto y qué es preciso producir en escala nacional. No se preocupan del mejoramiento de la situación material de los trabajadores, no se preocupan de la sociedad en conjunto, sino de embolsar más ganancias.

En su carrera para obtener beneficios elevados, los capitalistas amplían la producción. Introducen nuevas máquinas, intensifican la explotación de los obreros y lanzan al mercado una enorme cantidad de mercancías. Sin embargo, el crecimiento de la producción no va acompañado por el mismo aumento de la demanda solvente de los trabajadores. No se trata de las necesidades ni de la demanda de los trabajadores, las cuales son siempre grandes. Se trata de la capacidad de las masas populares para pagar la satisfacción de sus diversas necesidades de ropa, alimentación, servicios cotidianos, etc., es decir, de la demanda solvente. Pero ésta es mantenida constantemente a bajo nivel por el capitalista. Para aumentar sus beneficios, los capitalistas tratan por todos los medios de rebajar, o en todo caso de congelar el salario de los obreros, de disminuir los ingresos de los campesinos. De ahí que la demanda solvente de los obreros y campesinos continúe siendo baja, mientras la producción sigue creciendo.

La anarquía de la producción y el atraso de la demanda solvente de la sociedad respecto de la ampliación de la producción, conduce a inevitables crisis económicas en los países capitalistas, una vez cada 6, 8 ó 10 años. En las tiendas y almacenes se acumulan montañas de artículos que no encuentran salida. Hay más mercaderías, no en comparación con las necesidades de las masas populares, sino respecto de su demanda solvente. La gente tiene una gran necesidad de artículos. Pero precisamente quienes más necesidad tienen de mercancías —los obreros y campesinos, que componen la mayoría abrumadora de la población— carecen de dinero y no pueden comprarlas. La abundancia de artículos actúa en las crisis económicas como

una gran calamidad para las masas populares. Durante las crisis se cierran fábricas, se reducen las superficies de siembra, aumenta el desempleo, bajan los salarios. Por un lado, montañas de mercancías; por otro, la gente se muere de hambre. Así, conmoviendo periódicamente la producción capitalista, las crisis económicas destruyen y desvalorizan los productos del trabajo humano.

Los capitalistas, durante las crisis, sostienen una lucha furiosa por los mercados. El que no soporta la competencia, se arruina. Vencen los capitalistas que tienen en sus fábricas mejores equipos, una productividad del trabajo más elevada, los gastos más bajos de producción de mercancías. Cada crisis económica da un impulso a la renovación del equipo. Mientras ella se lleva a cabo, mientras se edifican nuevas fábricas, nuevas centrales eléctricas y se tienden nuevos ferrocarriles; se incorporan nuevos obreros, la producción capitalista se amplía. Pero las nuevas plantas fabriles aumentan la producción social, mientras la demanda solvente de la sociedad se rezaga con respecto a la ampliación de la producción, y entonces vuelve la crisis de superproducción. Esta es la razón de que se diga que la producción capitalista se desarrolla de manera cíclica, o sea, realiza una rotación de una crisis a otra. Así como se repiten las estaciones del año, así la producción en el capitalismo repite las mismas fases, atravesando la de crisis, luego la de depresión (estancamiento), de reanimación y de ascenso, después de las cuales se produce de nuevo, inevitablemente, la crisis.

Las crisis económicas demuestran sin discusión que el capitalismo constituye un obstáculo en la senda del desarrollo de la sociedad. Para que la producción social pueda seguir creciendo y desarrollándose ininterrumpida e invariablemente, es preciso cambiar el régimen social, basado en la propiedad privada capitalista, por otro régimen nuevo, basado en la propiedad social de todo el pueblo. Ese cambio de un régimen por otro puede realizarse solamente por medio de la revolución.

¿Mas quién puede hacer esa revolución? La clase obrera en alianza con el campesinado trabajador. La clase obrera es la más revolucionaria. Se halla vitalmente interesada en destruir el régimen capitalista, que la condena a pasar necesidades, a vivir en la miseria, al desempleo, a privaciones y sufrimientos increíbles. El propio desenvolvimiento capitalista empuja a la

clase obrera al derrocamiento del capitalismo. Al mismo tiempo, la clase obrera muestra a todas las demás masas trabajadoras y explotadas la falta de seguridad y de perspectivas de la situación en la sociedad capitalista, la necesidad de hacer la revolución social en aras de su emancipación del yugo del capital.

Los intelectuales revolucionarios se pasan al lado de la clase obrera y de los campesinos.

La lucha del proletariado contra la burguesía comienza junto con su nacimiento como clase. Sin embargo, la clase obrera ha recorrido un largo camino de lucha, antes de llegar a la comprensión —con la ayuda y bajo la dirección de su partido— de que sólo con la destrucción revolucionaria del capitalismo se puede poner fin a la explotación del hombre por el hombre.

Las masas obreras se concentran en grandes empresas. Allí se acostumbran al trabajo conjunto, a la disciplina, a la organización, pasan la severa escuela de lucha contra los capitalistas. En el transcurso de esa lucha crecen la conciencia, la organización y cohesión de los obreros, que cada vez se van convenciendo más y más de que el culpable de todas sus desdichas es el capitalismo, de que hay que destruirlo. El hundimiento de la burguesía y la victoria del proletariado son por igual inevitables. Al emanciparse de la esclavitud asalariada, el proletariado libera al mismo tiempo a todos los trabajadores de la explotación. La clase obrera está llamada por la historia a ser el sepulturero del capitalismo y la constructora de la nueva sociedad, de la sociedad socialista.

Hasta ahora hemos examinado los rasgos fundamentales del capitalismo. Sin embargo, el capitalismo se desarrolla. Su última fase, o su fase superior, como se ha dicho ya, es el imperialismo. ¿Qué es el imperialismo? ¿Por qué se distingue ese período en el desarrollo del capitalismo?

II

RASGOS ECONOMICOS FUNDAMENTALES DEL IMPERIALISMO

1. LA CONCENTRACION DE LA PRODUCCION Y LA FORMACION DE LOS MONOPOLIOS

Cada capitalista aspira a obtener la mayor ganancia posible. Por eso trata de producir más mercancías y venderlas con la mayor utilidad. Así hacen todos ellos. Al vender sus mercancías, el capitalista choca en el mercado con otros capitalistas. La rivalidad en el mercado adquiere un carácter de lucha cruenta, de competencia. ¿Quién vence en ella? Resulta vencedor el capitalista que posee una empresa importante. La gran empresa tiene la ventaja de que produce mercancías en enormes cantidades, y más baratas. Por eso, el propietario de esa empresa puede temporalmente rebajar los precios, arrebatando así compradores a otros capitalistas. En la lucha de competencia, el gran capital arruina y desplaza a sus rivales pequeños y medios. Se opera la concentración de la producción en las empresas capitalistas más importantes. La competencia libre en aras del beneficio conduce irremisiblemente a la concentración del capital y de la producción. Las empresas pequeñas y medias son cada vez más dependientes.

La cantidad de empresas grandes y su significación en la economía capitalista, aumenta cada día más. Tomemos, por ejemplo, a Estados Unidos, donde la concentración de la producción en las grandes empresas es más pronunciada que en los demás países capitalistas. En 1909, en EE. UU., según datos oficiales, había 3.060 empresas industriales, cada una de las cuales producía mercancías por una suma superior a un

millón de dólares. Estas 3.060 empresas constituían tan sólo el 1,1 por ciento del total de plantas industriales. En ellas estaba ocupado el 30,5 % de los obreros, y daban el 43,8 % del volumen total de la producción industrial de EE. UU. En 1939, esas grandes empresas eran ya el 5,2 por ciento de las plantas industriales del país. En estas grandes empresas estaba ocupado el 55 por ciento de los obreros y dieron el 67,5 por ciento de la producción industrial. De año en año, el número de grandes empresas iba creciendo. Baste decir que antes de la segunda guerra mundial había en EE. UU. 49 empresas de 10.000 o más obreros. Al final de la guerra, había 344 de tales empresas, y en ellas trabajaba casi un tercio de los obreros norteamericanos. En 1956, las 500 compañías más importantes de las industrias trasformativas y extractivas de EE. UU., que componían una quincuagésima parte del número total de las compañías, vendieron el 54 por ciento de toda la producción y obtuvieron el 68 por ciento de las ganancias netas de todas las compañías. Además, 37 compañías multimillonarias vendieron producción casi por la misma suma que las restantes 463 compañías.

La industria de la Rusia zarista se distinguía por el alto nivel de concentración. En 1901, en las empresas con un número de obreros de 500 y más trabajaba el 46,7 por ciento de todos los obreros, y en 1913, el 53,4 por ciento.

En la industria de transformación de Inglaterra, las empresas con un número de obreros superior a 1.000 constituían en 1935 el 1,1 por ciento de todas las empresas con más de 10 obreros, pero en ellas estaba concentrado el 21,5 por ciento de todos los obreros; en 1955 tales empresas constituían el 2 por ciento, y la cantidad de obreros ocupados en ellas, el 33,5 por ciento, respectivamente.

Idéntico cuadro se observa en todos los demás países capitalistas. Por doquier, la producción se concentra en las grandes empresas. Debido a ello se crean nuevas condiciones para la producción capitalista.

Mientras la producción en cada rama estaba dispersa entre los muchos centenares y miles de empresas pequeñas y medias independientes, los capitalistas no podían ponerse de acuerdo sobre el establecimiento de los precios, sobre las condiciones de la producción y venta de las mercaderías. Cada capitalista aislado producía una parte demasiado pequeña de los

artículos suministrados al mercado, por lo cual no podía determinar su precio en el mismo. Si un capitalista intentaba establecer el precio independientemente, lo bajaban en seguida los otros. Los precios se establecían en el mercado en el orden de la libre competencia. El que producía más barato y en mayor cantidad, se enriquecía; el que producía más caro, sufría pérdidas, se arruinaba. Esto era en la época de la libre competencia.

La situación cambia cuando la producción de una u otra mercancía se concentra en manos de unos pocos capitalistas, cuando se produce únicamente en algunas grandes empresas. Ahora, las posiciones claves de la producción en una rama de la industria se encuentran en manos de unos pocos capitalistas, que producen la mayor parte de la mercadería dada. Esto permite a los capitalistas ponerse de acuerdo sobre los precios, los mercados, etc.

Así, pues, la concentración de la producción en una cantidad reducida de grandes empresas lleva aparejada la creación de asociaciones capitalistas, de los llamados monopolios.

¿Qué es el monopolio?

Es una forma capitalista de la economía, que representa el entendimiento, o la asociación de capitalistas o grupos de ellos, cuyo objetivo consiste en apoderarse y concentrar en sus manos el dominio sobre la producción de unas u otras mercancías, sobre los mercados de venta, sobre países enteros, sobre las colonias. La esencia del monopolio reside, por consiguiente, en la concentración de la producción y la distribución en la cúspide reducida de la burguesía monopolista, que oprime a la sociedad, explota cruelmente a los trabajadores de los países capitalistas, a los pueblos de los países coloniales y dependientes. Por ejemplo, el monopolio del petróleo es una confabulación; es la unión de los más grandes capitalistas petroleros, en cuyas manos está concentrada gran parte de la extracción, elaboración y venta del petróleo y sus derivados. El de la industria automovilística es también una confabulación, la unión de los propietarios de las fábricas de automóviles, en cuyas manos está concentrada gran parte de su producción. Los grupos de grandes capitalistas organizan monopolios internacionales, se reparten entre sí los mercados mundiales y dominan en ellos. La burguesía monopolista de uno u otro país se apodera de colonias, las somete, explota y saquea a sus pueblos.

Los monopolios empezaron a surgir en la década del 60-70 del siglo pasado. Entre los siglos XIX y XX, los monopolios se convirtieron en la base de la vida económica de los países capitalistas. El capitalismo se trasformó en imperialismo.

Cuando en el último tercio del siglo XIX culminó el paso al imperialismo, en la industria se operaron importantes progresos técnicos. Los nuevos métodos de fundición de acero, la invención del motor de cuatro tiempos de combustión interna, de la turbina de vapor, del motor Diesel, la transmisión de energía eléctrica a distancia, el vasto empleo de métodos químicos en diferentes ramas de la producción, el empleo de electricidad para el labrado del metal: todo esto condicionó el desarrollo de la industria. Se ampliaron considerablemente las industrias metalúrgica y de construcción de maquinaria, aumentó considerablemente la longitud de los ferrocarriles y de la flota marítima. Tal desenvolvimiento de la técnica y de la industria suscitó la aparición de grandes fábricas.

Precisamente al comienzo de este período ocurrieron en el mundo una serie de acontecimientos que aceleraron la propagación y el desarrollo del capitalismo. En Rusia, en 1861, fue abolida la servidumbre, y en EE. UU. (a consecuencia de la guerra civil de 1861-1865) la esclavitud. En 1859, en Italia se produjo la unificación del país y la expulsión de los esclavizadores extranjeros. En 1868 se hizo la revolución burguesa en Japón. En este período, los principales países capitalistas se apoderaron rápidamente de extensas posesiones en Asia, África y el Pacífico. Si hasta entonces a Inglaterra se la consideraba el "taller del mundo", puesto que tenía una industria capitalista muy desarrollada, y los demás países dependían de ella en una u otra manera, ya a finales del siglo XIX empiezan a desarrollarse rápidamente EE. UU. y Alemania, desplazando poco a poco a Inglaterra a segundo plano.

El desenvolvimiento del capitalismo enlazó todos los rincones del globo terráqueo en una economía mundial única. Sin embargo, esta ligazón no se establecía sobre la base de la voluntariedad y la igualdad de derechos de todos los países, sino sobre la base de la opresión del débil por el fuerte, sobre la base de relaciones de dominación y de sometimiento.

El paso al imperialismo condujo al empeoramiento de la situación de los trabajadores, a la opresión de muchos países y pueblos por los principales Estados capitalistas, agudizar la

lucha entre ellos por arrebatarse unos a otros las colonias.

Naturalmente, todo esto intensificó bruscamente la lucha de la clase obrera contra sus explotadores. En 1871 los obreros de París realizaron el primer intento en la historia de formar su Estado obrero, de crear un gobierno revolucionario de la clase obrera. La Comuna de París fue sofocada de manera salvaje por las fuerzas de la reacción internacional, pero su causa, la causa de la revolución social, de la completa emancipación política y económica de los trabajadores, como dijo Lenin, es inmortal. Precisamente en ese periodo, la clase obrera declaró, orgullosa y audaz, su intención de cambiar el mundo, de terminar con la opresión del capital, de crear un régimen nuevo, que desconoce la explotación del hombre por el hombre.

De tal suerte, la Comuna de París dio comienzo a una nueva época en la historia universal, que inició el ocaso del capitalismo. Terminó el desarrollo ascendente de éste. Los finales del siglo XIX y comienzos del XX fueron la época de dominio total y, al mismo tiempo, de declinación de la burguesía. En la palestra histórica empezó a elevarse una nueva clase, la de los obreros, llamada a conducir a la sociedad humana a un futuro luminoso: al comunismo.

Así, pues, los finales del siglo XIX constituyeron el período en que los monopolios ocupaban la posición dominante. Se apoderaron de la extracción de combustible, de la producción de metal, de las industrias de fabricación de maquinaria, química, electrotécnica y otras ramas. A Estados Unidos se le llama el "país de los trusts"; allí gobiernan los monopolios. En 1870 surgió allí el importante monopolio del petróleo de Rockefeller: Standard Oil. A principios del siglo XX fundóse la corporación del acero, United States Steel Corp. Poco a poco, casi toda la producción de EE. UU. se fue concentrando en manos de los monopolios principales. Según datos de la estadística oficial, en la industria estadounidense se encuentran cerca de 640.000 corporaciones, pero el 45 por ciento de su producción es lanzada sólo por 200. Estos grandes monopolios son los que deciden los destinos de la industria. Así, por ejemplo, el trust del acero United States Steel Corp. proporciona casi el tercio del arrabio y del acero que se produce en EE. UU., y junto con la Bethlehem Steel Corp. y la Republic Steel Corp., disponen de casi el 60 por ciento de la potencia productiva de la siderurgia del país. La producción de la inmensa mayoría de los

automóviles en EE. UU. está concentrada en las empresas de los tres monopolios principales: General Motors Corp., Ford y Chrysler. La General Motors produce casi la mitad de los automóviles que allí se fabrican. En 1956, esta corporación poseía 123 empresas, ubicadas en 68 ciudades de EE. UU. La extracción, elaboración y venta de petróleo en todo el mundo capitalista se encuentra de hecho en manos de siete trust, de los cuales dos rigen los destinos de este país. En la industria del aluminio dominan tres grandes monopolios: Aluminium Co. of America, Reynolds Metal Company y Kaiser.

Puede uno hacerse una idea de las proporciones gigantescas de los monopolios modernos por los siguientes datos: en un monopolio de EE. UU. tal como la American Telephone and Telegraph Co. en 1956 había ocupados 766.174 obreros y empleados; en la corporación del automóvil General Motors, casi 600.000; en la General Electric Co., más de 280.000; en la United States Steel, arriba de 260.000.

Los monopolios surgen en cualquier rama de la economía. Tomemos como ejemplo la producción y venta de frutas. El monopolio de EE. UU., United Fruit Co., domina en el comercio capitalista mundial de frutas. Esta compañía fue fundada en 1899, y desde entonces acaparó las tierras y otros bienes de trece empresas en los países de América del sur y central: más tarde adquirió en dichos países superficies aun más grandes de tierra. A esta compañía le pertenece más de un millón de hectáreas, de las cuales 240.000 de tierras laborables plantadas de plátanos, caña de azúcar, cacao y otros cultivos en Guatemala, Costa Rica, Panamá, Colombia, República Dominicana, Ecuador, Honduras y Jamaica; además, tiene concesiones petroleras en Panamá, Colombia y Ecuador. La United Fruit, a través de su compañía "hija", Internacional Railways, monopolizó el transporte ferroviario de plátanos, azúcar y cacao en los países de América del sur y central; controla asimismo los puertos de esos países. A dicha compañía pertenecen 58 barcos marítimos, 61 estaciones de radio y 1.500 millas de líneas férreas. En algunas repúblicas de América central—Costa Rica, Panamá y Honduras—, los gobiernos y la policía se hallan al servicio de la citada compañía.

Otro monopolio, Anderson Clayton and Company, es la compañía más importante del mundo en el comercio de algodón, su desmotado y la producción de aceite de algodón. Tiene

oficinas de compra de algodón en EE. UU., Brasil, México, Argentina, Perú, Paraguay y Egipto. En EE. UU., pertenecen a esta compañía 17 fábricas de algodón con 82 máquinas para el prensado del mismo, 21 fábricas de aceite y 235 desmotadoras de algodón; en otros países tiene 15 fábricas de algodón con 17 prensas, 21 de aceite y 136 desmotadoras de algodón. La Anderson Clayton controla 35 compañías (32 de compra y desmotado de algodón y producción de aceite); de ellas, 30 compañías en el extranjero. Casi todas las acciones de la Anderson Clayton pertenecen a un grupo reducido de capitalistas de Texas. En el período de posguerra, el capital de préstamo le fue concedido a la compañía por los bancos del grupo financiero Morgan.

Los monopolios poseen un colosal poderío económico. En EE. UU., entre las 455 ramas de industria sometidas al cálculo estadístico, en 1954 tenían 33 ramas, en cada una de las cuales las cuatro compañías más importantes ocupaban el 75 por ciento del total de obreros y empleados. Estos monopolios poseen las fábricas fundamentales, copiosos recursos de materias primas, laboratorios de investigación científica y oficinas de diseño, ferrocarriles y flota. Cuentan con mano de obra calificada, se apoderan de las patentes de los adelantos técnicos. Así, la United Shoe Machinery Corp. fabrica equipos para la industria del calzado. Como regla, no vende sus equipos, sino que arrienda las máquinas que produce por el correspondiente descuento en las ganancias de las empresas arrendatarias. Después de concentrar en sus manos las patentes, este monopolio colocó bajo su dependencia al 90 por ciento de las fábricas de calzado norteamericanas.

Por cuanto los monopolios disponen de los medios básicos de producción, de copiosos recursos naturales, de los mejores laboratorios de investigación científica y oficinas de diseño, de parte de la mano de obra más calificada, tienen asegurada la primacía sobre el mar de empresas pequeñas y medias, que son impotentes para oponerse a los monopolios. Las grandes empresas lo son todo; las pequeñas, nada. De hecho, las empresas pequeñas, a las que a veces se llama "autónomas" e "independientes", se encuentran en una u otra medida supeditadas al gran capital monopolista.

El poderío económico permite a los grandes monopolios establecer los precios sobre las mercancías y guardarlas un

tiempo más o menos largo. Los monopolios imponen los precios en los mercados, fijan el nivel de los salarios. Los precios monopolistas son un instrumento de succión de las ganancias de los pequeños patronos, granjeros, campesinos, artesanos y comerciantes modestos. ¿Qué pueden hacer éstos contra los monopolios? Es obvio que en la lucha económica son impotentes. Los monopolios tienen en sus manos los ferrocarriles, los silos, frigoríficos, etc.; también fijan precios bajos de acopio en los artículos que producen los granjeros, y éstos tienen que subordinarse. En EE. UU., del precio al detalle del pan cocido el granjero recibe únicamente el 17 por ciento; el resto se lo embolsa el monopolio y además éste vende a los granjeros sus artículos industriales —máquinas, aperos, fertilizantes, etc.— a precios elevados. Se forma una especie de “tijeras de precios”, que se abren constantemente.

El precio monopolista reporta a los propietarios de los monopolios una ganancia por encima de la normal media, que habitualmente obtenían los capitalistas antes del surgimiento del monopolio.

Las fuentes fundamentales de esta enorme ganancia monopolista son las siguientes:

Los monopolios mantienen precios elevados. Por lo tanto, su dominación trae aparejado el encarecimiento de la vida. Mediante el mantenimiento de los altos precios, los monopolios saquean a los trabajadores. Disminuyen el salario real de los obreros, los ingresos reales de los campesinos y granjeros.

Arrebatan asimismo parte de las ganancias de los capitalistas pequeños y medios. De ahí que éstos manifiesten su malestar por el dominio y la opresión de aquéllos.

Los monopolios se niegan a satisfacer las reivindicaciones de los obreros sobre el aumento del salario a medida que van encareciendo los medios de subsistencia, y, además obligan a los obreros a trabajar de manera cada vez más intensa, extenuan sus energías vitales con la aceleración del movimiento de la cadena y de las máquinas; refuerzan, por consiguiente, la explotación de la clase obrera, y acrecientan sus propias ganancias.

Tienen la posibilidad, antes y más rápidamente que otros, de introducir en sus empresas la técnica y tecnología nuevas, de utilizar las ventajas de la gran producción, de disminuir su

costo, es decir, de fabricar mercancías más baratas que otros y, con ello, de obtener una ganancia complementaria.

Se apoderan de las fuentes de materias primas. En sus manos se hallan concentradas tierras petrolíferas, yacimientos ricos de mineral. Esto les permite, al disponer de materias primas naturales y de combustible más barato, obtener ingresos enormes.

Los monopolios efectúan toda suerte de maquinaciones financieras. Más adelante veremos cómo ellos también se enriquecen con la emisión de los empréstitos públicos y la fundación de nuevas empresas anónimas. Estas maquinaciones de los monopolistas se describen de manera brillante en los famosos libros del escritor norteamericano Teodoro Dreiser: *El financiero* y *Titán*.

Obtienen igualmente ganancias colosales de sus inversiones de capitales en el extranjero. Así, por cada cien dólares, los monopolios estadounidenses reciben el 9 por ciento de beneficio de las inversiones dentro del país y el 25 por ciento de las hechas en el extranjero. Por consiguiente, las inversiones desembolsadas de capital se cubren en el transcurso de cuatro años, y en América latina, incluso en tres.

Pueden limitar las proporciones de la producción, cuando ello les es provechoso. Acaparan las patentes de las invenciones técnicas, las ocultan y frenan su implantación en la producción, cuando ellas no prometen altos beneficios. A veces retienen las mercaderías en los depósitos, cierran a otras empresas el acceso a las materias primas, recurren temporalmente a la destrucción de los stocks de mercancías con el fin de mantener los altos precios. Y eso se hace cuando millones de personas pasan hambre.

Los monopolios dominan sobre toda la vida de la nación. Desempeñan el papel decisivo en la economía y en la política de los países capitalistas. A ellos les pertenece la parte del león de los medios de producción, de las riquezas naturales, de la producción, de las realizaciones científico-técnicas. Todo esto es utilizado en sus intereses egoístas, con el fin de obtener colosales ingresos. A ellos no les interesa cómo viven los trabajadores. Subordinan la vida del país a sus objetivos. Uno de los presidentes de la General Motors norteamericana, Charles Wilson, declaró cínicamente: "Lo que es bueno para la General Motors es bueno para todo el país".

La dominación y la omnipotencia de los monopolios es la peculiaridad esencial del imperialismo. El imperialismo es el capitalismo monopolista.

Esforzándose por justificar el capitalismo monopolista moderno, los científicos burgueses afirman que el surgimiento de los monopolios libra al régimen burgués de lacras tales como la competencia, la falta de planificación de la economía y las crisis. Todo esto es pura invención; el dominio de los monopolios agrava aun más todas las contradicciones del capitalismo.

No eliminan la competencia entre los capitalistas. Al contrario, ella reviste un carácter aun más agudo, encarnizado y devastador. No introducen orden y organización en la economía capitalista. A la inversa, el desorden (anarquía) en la economía capitalista se intensifica, crece la falta de planificación, la competencia recrudece.

¿Por qué sucede esto?

En primer lugar, la competencia existe entre los propios monopolios del país que fabrican un mismo artículo. La lucha se sostiene entre los que producen mercancías sustituibles (por ejemplo, turba, carbón, petróleo, energía eléctrica). En las condiciones de un mercado limitado, los monopolios luchan entre sí por la venta de sus mercaderías. Cada uno se esfuerza por arrancar la mayor cantidad de pedidos al Estado, desplazando a otro.

En segundo lugar, la lucha de competencia es librada asimismo por los monopolios y las empresas que permanecen al margen de aquéllos. En los países capitalistas quedan aún multitud de empresas que no forman parte de los monopolios y éstos intentan estrangularlas.

En tercer lugar, la competencia no cesa en el seno de los monopolios. Los capitalistas que integran los sindicatos y cárteles se esfuerzan por aumentar su parte en la producción y venta, con el objeto de obtener más ganancias. En los trusts, la lucha se libra por la distribución de los beneficios, por los puestos dirigentes en los consejos.

Al sitio de la competencia de numerosas empresas arruinadas llega la terrible lucha entre los gigantes, con la particularidad de que en el primer plano de ésta actúan la coacción y el soborno. Los monopolios tratan de utilizar en interés propio el aparato estatal, de asegurarse su apoyo en la lucha de competencia. En sus esfuerzos por desplazar del mercado y estran-

gular económicamente a sus poderosos competidores, no escatiman medio alguno, no se detienen ni frente al delito común. En el período del imperialismo crecen la falta de planificación y el caos de la economía capitalista.

La dominación de los monopolios conduce a la socialización de la producción en proporciones sin precedentes. Pero las condiciones de trabajo y de vida de las masas populares empeoran aun más. La clase obrera es sometida a una explotación todavía más inhumana. Se intensifica la ruina de los campesinos y de los pequeños granjeros.

En el imperialismo se han hecho más frecuentes las crisis económicas, que rebasan las fronteras de algunos países, se hacen mundiales y cada vez más destructoras. El imperialismo no suprime las crisis económicas. En el siglo XX se desencadenaron en los años 1900, 1907, 1914, 1920, 1929, 1937, 1948, 1953, 1957.

Por consiguiente, el dominio de los monopolios significa la profundización y recrudecimiento de las contradicciones del capitalismo.

Sin embargo, como señaló Lenin, nuestras nociones sobre la fuerza efectiva y la auténtica significación de los monopolios modernos serían insuficientes en extremo, incompletas, disminuidas, si no tomásemos en consideración el papel de los bancos.

2. LA CONCENTRACION Y LOS MONOPOLIOS EN LOS ASUNTOS BANCARIOS. LA OMNIPOTENCIA DEL CAPITAL FINANCIERO Y DE LA OLIGARQUÍA FINANCIERA

En íntima ligazón con la concentración de la producción en empresas más grandes, y con la formación de los monopolios industriales, se opera la unificación de los bancos y el surgimiento de los monopolios bancarios.

Los bancos son empresas capitalistas, cuya ocupación inicial y fundamental consistía en servir de intermediarios en los pagos. Reúnen los recursos monetarios libres en forma de depósitos a un porcentaje determinado y los ponen a disposición de los capitalistas, a título de préstamo, a un tanto por ciento más elevado. Dan por los depósitos un porcentaje más

bajo que el que ellos mismos toman por los préstamos. De esta diferencia se forma la ganancia de los bancos.

La competencia entre ellos conduce al hundimiento de los bancos pequeños y medios. Muchos de éstos se arruinan y son absorbidos por los grandes, y otros, conservando su independencia aparente, se transforman en los hechos en sucursales de los más importantes.

A medida que se desarrollaban los monopolios, se iba acelerando este proceso de absorciones y fusiones. Sólo durante 1947-1955, se produjeron en EE. UU. 1.076 fusiones y absorciones. Como resultado de ello, en el país queda el grupo insignificante de los bancos más grandes que, cual enormes arañas, envuelven con la tupida red de sus sucursales a todo el país y absorben casi todos sus recursos monetarios. A ellos pasa el papel dominante en los asuntos bancarios.

En este reducido número de bancos se concentra la parte del león de todos los depósitos capitalistas. Ellos someten también a las cajas de ahorros y a través de ellos pasan casi todas las operaciones monetarias que se realizan en el país. Colocan los empréstitos estatales, emiten acciones, etc. En una palabra, el reducido número de los bancos más grandes se convierte en poderoso centro monetario, y sus propietarios, después de ponerse de acuerdo, forman potentes monopolios bancarios.

En EE. UU. a comienzos del siglo XX había varias decenas de miles de bancos. En 1920 quedaban ya 30.000, y en el año 1955, 14.000. Pero entre ellos se destacan algunas decenas, que ocupan las posiciones claves. En 1957, a 50 bancos les correspondían casi $2/5$ de todos los depósitos impuestos en todos los bancos comerciales del país. En su libro *El imperio de las finanzas*, el científico norteamericano V. Perlo enumera los veinte bancos más importantes de EE. UU., cuyos recursos suman de uno a diez mil millones de dólares, y los nombres de los propietarios más importantes que ejercen el control de esos bancos. Entre ellos figuran las familias Giannini, Rockefeller, Morgan y Dupont. Esos veinte bancos guardaban casi $1/3$ de la suma total de depósitos en todos los bancos de EE. UU. El papel decisivo en los asuntos bancarios de ese país lo desempeña el llamado "gran sexteto" de Wall Street.

De esta manera, unos pocos bancos se convierten en propietarios del capital monetario del país. Mantienen más de $2/3$ de la deuda pública. Ello significa que los réditos que pa-

ga el Estado por la deuda pública afluye a los bolsillos de los propietarios de los bancos.

Lo mismo sucede en los demás países imperialistas. En Inglaterra, en 1895 se contaban 99 bancos depositarios anónimos, y en 1956 había 15. Entre los ingleses se destacaron los cinco bancos londinenses más grandes, denominados "gran quinteto".

A la par de los bancos gigantescos surgieron y se desarrollaron enormes compañías de seguros. Estas se hallan íntimamente ligadas con aquéllos y los grandes monopolios. Las compañías de seguros también son importantes centros monetarios. Su fuerza crece con una velocidad inverosímil. De 1920 a 1955, los activos de las compañías de seguros de vida en EE. UU. pasaron de 7.300 a 84.000 millones de dólares.

La concentración de la producción en las grandes empresas y la formación de los monopolios bancarios conducen a cambiar las relaciones entre los bancos y la industria. Antes, los bancos se dedicaban únicamente a ser intermediarios en los pagos. Al fortalecer y ampliar los lazos con las empresas industriales, el banco, por medio de la cuenta corriente de esas empresas, y de diferentes operaciones monetarias, conoce el estado de los asuntos de los capitalistas aislados, y luego empieza a controlarlos, a influir en ellos ampliando o reduciendo, facilitando o dificultando el crédito. Las cosas llegan hasta el punto de que el banco empieza a determinar la suerte de las empresas industriales, apoyándolas o declarándoles la guerra en caso de que una u otra no se someta.

Los bancos se ligan cada vez más estrechamente con la industria, concediéndole préstamos a largo plazo. Adquieren acciones de las empresas industriales, se hacen sus copropietarios, accionistas. En la actualidad, la parte de los bancos en el capital anónimo de EE. UU. ha alcanzado el 21 por ciento, mientras que en 1900 no pasaba del 8 por ciento. Con frecuencia, ejecutan el papel de fundadores de una sociedad anónima y luego contribuyen a que las empresas que financian se asocien en monopolio. Los bancos gigantes resultan de la manera más estrecha fundidos con las empresas industriales: intervienen como copropietarios de las empresas industriales, y viceversa. Los cuervos bancarios y los tiburones industriales se fusionan a tal punto, que ahora ya es imposible decir que son sólo banqueros o sólo industriales. Simultáneamente son indus-

triales y banqueros. Esta ensambladura se ve de manera evidente en la unión personal de los dirigentes de los monopolios bancarios e industriales. Los directores y los miembros de las administraciones de los bancos se hacen directores de los monopolios industriales, y viceversa.

La fusión del capital de los monopolios industriales con el de los bancarios conduce a la formación del capital financiero. Los propietarios de éste, los capitalistas financieros, forman la llamada oligarquía financiera, el puñado de capitalistas más grandes, que rige en la actualidad los destinos de los países capitalistas.

Bajo el título "Los afortunados más grandes de América", la revista estadounidense *Fortune* insertó una relación, en la cual se enumeraba los 75 magnates financieros de EE. UU. que poseen una fortuna personal de 75 a 1.000 millones de dólares. El lector verá entre ellos los nombres de ricos muy famosos, miembros de las familias Rockefeller, Mellon, Dupont, Ford, de los industriales Harriman, Sloan, Kidder, etc. Encabeza la lista el rey del petróleo J. P. Getty, que posee una fortuna de cerca de 1.000 millones de dólares. Sobre el fondo de estas riquezas colosales de los monopolistas norteamericanos resalta sobremanera la pobreza de las vastas masas populares. Baste decir que la fortuna de Getty equivale a los ingresos de un millón de familias norteamericanas que reciben al año hasta 1.000 dólares.

El cuadro sería aun más patente, si la relación publicada por *Fortune* reflejase más exactamente el estado real de las cosas. En la revista no se enumeran los apellidos de todos los multimillonarios, ni se muestra tampoco toda su riqueza. Dicha revista cita las palabras de un funcionario del Tesoro de EE. UU., que supone que en el país hay ahora hasta 500 personas riquísimas. Y, por lo visto, solamente la capacidad, mencionada por la revista, de los "talentos de nuevo cuño en la esfera de las evasivas de los impuestos", de ocultar sus ingresos, dio la posibilidad a reyes financieros tales como Morgan, Gold, Guggenheim y otros, de "deslizarse" de la lista de los magnates del capital.

El veloz crecimiento del poder de los capitalistas financieros aumenta con el llamado "sistema de participación". A ello contribuyen las sociedades anónimas.

La sociedad anónima es una empresa capitalista, cuyo ca-

pital se forma con las cuotas de los accionistas. Es fundada habitualmente por los bancos u otras uniones capitalistas. Los fundadores lanzan acciones al mercado; el dinero procedente de su venta forma el capital de la sociedad anónima, destinándose a la compra de los medios de producción y la mano de obra necesarios. Cada accionista se considera copropietario-participante de la sociedad anónima y tiene derecho a percibir la parte que le corresponde de los beneficios anuales de la empresa.

Mas sería ingenuo suponer que existe igualdad alguna entre los accionistas. La sociedad anónima, según la atinada caracterización de un pequeño accionista francés, constituye la forma científica de estafa en el siglo XX con la complicidad del poder público. En ella manda el accionista que tiene más votos. Y el número de votos se determina por la cantidad de acciones. Si, por ejemplo, un accionista tiene la mitad o incluso considerablemente menos acciones, puede imponer cualquier decisión, "elegir" a quien desee para la administración de la sociedad. Sólo las personas cándidas pueden pensar que cualquiera en la General Motors puede contradecir la voluntad de Dupont. En tanto éste tenga concentrado en sus manos el 23 por ciento de las acciones del capital de dicha firma, mandará en ella. Por eso, en las sociedades anónimas se instaura el poder ilimitado de los grandes capitalistas financieros, los cuales disponen no sólo de su capital, sino también del ajeno, por medio de las empresas anónimas. Estos grandes accionistas emiten muy a menudo acciones que dan derecho a ganancia, pero no a voto.

Si el capitalista financiero domina en una sociedad anónima, puede, a expensas del dinero de dicha sociedad, comprar acciones de otra, sometiéndola. Al dominar en la sociedad anónima fundamental, el capitalista financiero subordina a otras, dispone del capital de todas esas sociedades. En ello estriba el "sistema de participación". Aquí se brinda la posibilidad para toda suerte de fraudes sospechosos, a que recurren los capitalistas financieros. No es de extrañar que la biografía de cada uno de ellos y la historia del surgimiento y desarrollo de los monopolios estén plagadas de delitos comunes.

La unión personal y el "sistema de participación" dan la posibilidad a un número reducido de capitalistas financieros de dominar en la economía de su país y de los países dependientes.

La oligarquía financiera intenta ocultar al pueblo que todas las riquezas del país se encuentran a su disposición. Y ello no es casual, ni mucho menos. En el mundo capitalista crece la conciencia de las masas populares. El hombre de la calle empieza a comprender que la causa principal de sus calamidades estriba en el dominio de los monopolios y de sus propietarios: la burguesía monopolista. Empieza a comprender que es pobre porque Rockefeller y Dupont, Morgan y Mellon son ricos. De ahí que se refuerce la lucha de los obreros, campesinos y granjeros, de todos los trabajadores contra los monopolios. Para debilitar esta lucha, los imperialistas inventan fábulas de todo género, arguyendo que ahora las corporaciones ya no pertenecen a Rockefeller ni a Dupont, ni a la oligarquía financiera, sino que "son" patrimonio del pueblo. Este es uno de los métodos de lucha de los imperialistas por la conservación de su dominio. Los hombres de ciencia al servicio de la oligarquía financiera publican libros, en los cuales afirman que la naturaleza del capitalismo ha cambiado, que ante nosotros tenemos ahora un "capitalismo popular". Pero esta misma dominación recuerda algo parecido a la nieve frita. Los científicos burgueses afirman que las empresas no pertenecen ahora a los monopolistas, sino a decenas de miles de accionistas. Además, estas empresas, aseguran, son regidas por directores y gerentes, y no por los propios grandes monopolistas. Esos cuentos han sido inventados para embaucar al pueblo.

Al difundir fábulas acerca del "capitalismo popular", los científicos burgueses quieren inculcar al obrero norteamericano que, al poseer una pequeña acción, es un pequeño capitalista. Por eso, dicen, en EE. UU. se van borrando las diferencias de clase entre los obreros y los capitalistas. Según los argumentos de esos abogados del capital, todos los norteamericanos son hombres de negocios. Una cosa no se comprende: ¿De dónde procede la ganancia? ¿Es que la crea Rockefeller con su propio trabajo? Es ridículo considerar capitalista a un hombre que tiene acciones por un total de 200 ó 300 dólares y percibe 20 dólares de dividendos anuales.

El enmascaramiento del capitalismo moderno con el rótulo de "capitalismo popular" constituye una mofa de la realidad. En EE. UU. existe plena posibilidad de establecer, sobre la base de los datos de los cobradores de dividendos e intereses, en manos de quién se encuentran los títulos-valores del país. Pero

la estadística burguesa elude cautelosa esta cuestión. Este aspecto del asunto se guarda en profundo secreto, como arcano recóndito de la burguesía monopolista. Si se hiciesen públicos los datos relativos a quiénes poseen los títulos-valores, se descubriría el cuadro escandaloso del saqueo de toda la sociedad por un puñado de multimillonarios.

En la prensa burguesa, sólo de vez en cuando penetran datos indirectos sobre la distribución de las acciones. Ellos no dejan lugar a dudas de que la parte del león está concentrada en manos de unas cuantas personas, que son las verdaderas dueñas de las compañías industriales, financieras, comerciales, etc.

Según los datos de la Asociación de Investigación de los Problemas Laborales, en EE. UU., en 1956, el 96 por ciento de la población no tenía acción alguna. A juzgar por otros datos, obtenidos como consecuencia del sondeo efectuado en 1952 por la oficina de estadística de la Universidad de Michigan, de un total de 53.100.000 familias norteamericanas (incluyendo también a los solteros), tan sólo 7.300.000 disponían de acciones, es decir, menos de $1/7$ del total. Así, pues, más de $6/7$ no poseen acciones. En tales condiciones, hablar de que el pueblo posee empresas anónimas, significa prestarse a la añagaza manifiesta.

Las investigaciones citadas demuestran asimismo que el 70 por ciento de las familias que poseen acciones, lo son de hasta 1.000 dólares. Conforme con los datos de la investigación especial organizada por el Instituto Brookings, de todos los poseedores sólo el 8 por ciento tiene acciones por una suma no inferior a 500 dólares, pero el otro 92 por ciento de los poseedores tiene únicamente de 1 a 10 acciones cada uno, con un valor total inferior a 500 dólares. Los investigadores del Instituto Brookings destacaban que entre los obreros no habían sido hallados "propietarios del capital anónimo". Existen tan sólo poseedores de una o de dos pequeñas acciones, impuestas a menudo por los patronos a expensas del salario. Semejante distribución de las acciones es una forma de disminución del salario. Además, éstas con frecuencia no dan derecho a sus poseedores a participar en la votación, puesto que no todas se emiten con derecho a voto. Los datos demuestran que sólo el 2 por ciento de los obreros las poseen, y el valor de éstas equivale a 0,02 por ciento del valor total de las acciones en EE. UU.

Por todo eso se ve que las acciones se encuentran en manos de la burguesía, que su parte del león se halla concentrada en la oligarquía financiera. Las pequeñas acciones son una gota en el océano. Las habladerías de los científicos burgueses en cuanto a que "ha desaparecido de la vista la silueta del propietario", que se ha producido una "revolución" en los ingresos y la distribución de la propiedad, las divagaciones sobre la transformación de la gente modesta —obreros, empleados, granjeros y campesinos— en "capitalistas", son un puro engaño, refutado incluso por los datos oficiales, en particular por los materiales del censo sobre la distribución de renta nacional en EE. UU. El mito sobre el "capitalismo popular" contradice a tal punto la realidad, que ha perdido toda verosimilitud y fracasado.

Huelga decir que son asimismo un puro engaño las fábulas acerca de que en las corporaciones no disponen los monopolistas, sino los directores y gerentes asalariados. Los directores cumplen la voluntad de los oligarcas financieros. Además, muchos directores de grandes corporaciones son ellos mismos capitalistas. Su sueldo anual asciende a varios cientos de miles de dólares. Por ejemplo, en 1955, el presidente de la General Motors, Harlow Curtis, recibió el sueldo más un premio por un total de 776.000 dólares; el presidente de la administración de ese mismo monopolio, Albert Bradley, 701.000; el presidente de la administración de la compañía Bethlehem Steel, Judin Kray, 706.000, etc. Todos ellos poseen también muchas acciones.

En EE. UU., la economía del país se encuentra de hecho en manos de 400 banqueros e industriales. En 1950 éstos ocupaban una tercera parte de los puestos de director en las 250 uniones monopolistas más grandes, que poseían el 42 por ciento del capital de todas las empresas de EE. UU. Ellos constituyen la poderosa cúspide de la oligarquía financiera.

En 1929, el ex embajador de EE. UU. en Berlín, Gerard, nombró por su apellido a 59 personas que, a juicio suyo, imperaban en la vida económica de EE. UU. y decidían quién debía ocupar los puestos políticos más importantes en el país. El publicista burgués F. Lundberg, en su libro *Las 60 familias de Norteamérica*, escribía que Estados Unidos de Norteamérica está dominado por las 60 familias más ricas, a las que apoyan aproximadamente otras 90 familias adineradas.

Fundándose en datos oficiales, el científico burgués nor-

teamericano Mill, en su libro *La élite del poder* subrayaba: "Al frente de la economía norteamericana de mediados del siglo se encuentran casi 120 personas que cada año perciben ingresos de un millón de dólares o más. Un poco más abajo se encuentran aún 379 personas que perciben ingresos de 500.000 a un millón de dólares. Casi 1.383 personas reciben ingresos de 250.000 a 499.999 dólares. Pero aún más abajo se encuentra el grupo más numeroso de 11.490 personas, que reciben de 100.000 a 249.999 dólares al año".

Ocho de los grupos monopolistas más importantes: Morgan, Rockefeller, Mellon, Dupont, Kuhn-Loeb, de Cleveland, de Chicago, de Boston, constituyen el núcleo fundamental de la oligarquía financiera norteamericana. En sus manos está concentrada la mayor parte de las riquezas del país. Así, por ejemplo, en manos del grupo Morgan se hallan decenas de importantes monopolios bancarios, industriales, de transporte y de seguros. El capital global del grupo es de más de 55.000 millones de dólares. El grupo Rockefeller dispone de un capital de casi 40.000 millones de dólares. Le pertenece uno de los bancos más grandes del mundo capitalista —el Chase National Bank—, seis potentísimos trusts petroleros y una serie de otros monopolios.

Bajo el dominio de los monopolios, la "unión personal" de los bancos con la industria se completa con la "unión personal" de los monopolios bancarios e industriales con los gobiernos. Se produce la fusión del poder estatal con la oligarquía financiera. El Estado se convierte en un órgano de dominación ilimitada del grupo reducido de la burguesía monopolista. Hablando en sentido figurado, el Estado capitalista moderno es el comité ejecutivo de los asuntos de la burguesía imperialista. Los monopolios imperan no sólo en la economía, sino también en la vida política del país. Tienen en sus manos el Parlamento y el gobierno.

La oligarquía financiera envía a sus representantes a los puestos dirigentes en el aparato estatal en calidad de presidentes y primeros ministros, ministros y senadores. Y, a la inversa, los ministros y generales, los diplomáticos y los altos funcionarios abandonan los empleos públicos para pasar a ocupar cargos de dirección en los monopolios. La burguesía dirige el aparato estatal también por medio de sus juristas, abogados y otras personalidades públicas y políticas. Nadie cruzará el

umbral de la Casa Blanca, si no es por voluntad de los magnates del capital. Así lo atestigua el periodista y escritor norteamericano Lundberg, que en su tiempo tuvo acceso a los medios de la oligarquía financiera.

El sistema bipartito en EE. UU. está llamado una vez cada cuatro años a llevar al puesto de presidente bien a uno o a otro representante de la burguesía monopolista. El representante de la clase obrera tiene el acceso cerrado allá. A él le es tan difícil ser elegido presidente de EE. UU., como a un camello pasar por el ojo de una aguja. El gobierno de EE. UU. está formado sólo por los millonarios más grandes o sus testaferros. Tomemos, por ejemplo, al del ex presidente Eisenhower. Hasta la prensa burguesa lo llamaba "gobierno de los hombres de negocios". Al puesto de ministro de Defensa escaló Charles Erwin Wilson, ex presidente de la General Motors; ministro de Marina era R. N. Anderson, banquero de Texas, ligado a la industria petrolera; de Guerra, Stevens, jefe de la compañía textil más importante y de algunas otras; el puesto de ministro de Finanzas lo ocupaba Humphrey, ligado a los gerifaltes de las compañías metalúrgicas; un testaferro de los monopolios era también el ex secretario de Estado, John Foster Dulles, y su vicesecretario Douglas Dillon, un gran banquero. Esta lista se podría hacer más larga.

Así, pues, en ninguna parte se manifiesta de manera tan abierta y franca la subordinación del aparato estatal a la oligarquía financiera como en EE. UU. Un reducido puñado de monopolistas decide quién debe ser el presidente, quiénes deben ocupar los puestos públicos superiores. Los presidentes y los ministros se hallan al servicio de los monopolios. Un puñado de imperialistas dirige toda la política interior y exterior del Estado para sus intereses egoístas. En sus manos se encuentran la prensa, el cine, la radio, la televisión y demás medios para sojuzgar a las masas.

Ni los profesores norteamericanos pueden ocultar este hecho inconcurso. Así, por ejemplo, Vernon Mund escribe: "La potencia económica concentrada significa también una fuerza política y social. Al poseer colosales recursos financieros, el gran capital puede ejercer un influjo desmesurado en el desenlace de las campañas políticas y en la labor cotidiana del Congreso y de los organismos legislativos en los Estados. En tal situación, el gobierno tiende a convertirse en una agencia que re-

teamericano Mill, en su libro *La élite del poder* subrayaba: "Al frente de la economía norteamericana de mediados del siglo se encuentran casi 120 personas que cada año perciben ingresos de un millón de dólares o más. Un poco más abajo se encuentran aún 379 personas que perciben ingresos de 500.000 a un millón de dólares. Casi 1.383 personas reciben ingresos de 250.000 a 499.999 dólares. Pero aún más abajo se encuentra el grupo más numeroso de 11.490 personas, que reciben de 100.000 a 249.999 dólares al año".

Ocho de los grupos monopolistas más importantes: Morgan, Rockefeller, Mellon, Dupont, Kuhn-Loeb, de Cleveland, de Chicago, de Boston, constituyen el núcleo fundamental de la oligarquía financiera norteamericana. En sus manos está concentrada la mayor parte de las riquezas del país. Así, por ejemplo, en manos del grupo Morgan se hallan decenas de importantes monopolios bancarios, industriales, de transporte y de seguros. El capital global del grupo es de más de 55.000 millones de dólares. El grupo Rockefeller dispone de un capital de casi 40.000 millones de dólares. Le pertenece uno de los bancos más grandes del mundo capitalista —el Chase National Bank—, seis potentísimos trusts petroleros y una serie de otros monopolios.

Bajo el dominio de los monopolios, la "unión personal" de los bancos con la industria se completa con la "unión personal" de los monopolios bancarios e industriales con los gobiernos. Se produce la fusión del poder estatal con la oligarquía financiera. El Estado se convierte en un órgano de dominación ilimitada del grupo reducido de la burguesía monopolista. Hablando en sentido figurado, el Estado capitalista moderno es el comité ejecutivo de los asuntos de la burguesía imperialista. Los monopolios imperan no sólo en la economía, sino también en la vida política del país. Tienen en sus manos el Parlamento y el gobierno.

La oligarquía financiera envía a sus representantes a los puestos dirigentes en el aparato estatal en calidad de presidentes y primeros ministros, ministros y senadores. Y, a la inversa, los ministros y generales, los diplomáticos y los altos funcionarios abandonan los empleos públicos para pasar a ocupar cargos de dirección en los monopolios. La burguesía dirige el aparato estatal también por medio de sus juristas, abogados y otras personalidades públicas y políticas. Nadie cruzará el

umbral de la Casa Blanca, si no es por voluntad de los magnates del capital. Así lo atestigua el periodista y escritor norteamericano Lundberg, que en su tiempo tuvo acceso a los medios de la oligarquía financiera.

El sistema bipartito en EE. UU. está llamado una vez cada cuatro años a llevar al puesto de presidente bien a uno o a otro representante de la burguesía monopolista. El representante de la clase obrera tiene el acceso cerrado allá. A él le es tan difícil ser elegido presidente de EE. UU., como a un camello pasar por el ojo de una aguja. El gobierno de EE. UU. está formado sólo por los millonarios más grandes o sus testaferros. Tomemos, por ejemplo, al del ex presidente Eisenhower. Hasta la prensa burguesa lo llamaba "gobierno de los hombres de negocios". Al puesto de ministro de Defensa escaló Charles Erwin Wilson, ex presidente de la General Motors; ministro de Marina era R. N. Anderson, banquero de Texas, ligado a la industria petrolera; de Guerra, Stevens, jefe de la compañía textil más importante y de algunas otras; el puesto de ministro de Finanzas lo ocupaba Humphrey, ligado a los gerifaltes de las compañías metalúrgicas; un testaferro de los monopolios era también el ex secretario de Estado, John Foster Dulles, y su vicesecretario Douglas Dillon, un gran banquero. Esta lista se podría hacer más larga.

Así, pues, en ninguna parte se manifiesta de manera tan abierta y franca la subordinación del aparato estatal a la oligarquía financiera como en EE. UU. Un reducido puñado de monopolistas decide quién debe ser el presidente, quiénes deben ocupar los puestos públicos superiores. Los presidentes y los ministros se hallan al servicio de los monopolios. Un puñado de imperialistas dirige toda la política interior y exterior del Estado para sus intereses egoístas. En sus manos se encuentran la prensa, el cine, la radio, la televisión y demás medios para sojuzgar a las masas.

Ni los profesores norteamericanos pueden ocultar este hecho inconcurso. Así, por ejemplo, Vernon Mund escribe: "La potencia económica concentrada significa también una fuerza política y social. Al poseer colosales recursos financieros, el gran capital puede ejercer un influjo desmesurado en el desenlace de las campañas políticas y en la labor cotidiana del Congreso y de los organismos legislativos en los Estados. En tal situación, el gobierno tiende a convertirse en una agencia que re-

fuerza las posiciones de algunos grupos respecto de otros y que redistribuye los ingresos sobre la base de la presión política. De esa misma manera, el gran capital puede moldear una opinión pública en consonancia con sus intereses, financiando las emisiones de radio y televisión en el plano nacional. Por medio de la redoblada propaganda en periódicos y revistas, y mediante la producción de films realizados por encargo, el gran capital difunde las correspondientes ideas en la sociedad en que reina la competencia”.

El general norteamericano Smedley Butler, que en su tiempo mandó un cuerpo de infantería de marina, refiere cómo ayudó a poner “orden” en países ajenos en aras del enriquecimiento de la burguesía monopolista. Smedley escribe de sí mismo: “En 1914 ayudé a ‘asegurar’ México y sobre todo Tampico para las compañías petroleras americanas. Ayudé a convertir Haití y Cuba en un ‘lugar conveniente’ para que el National City Bank acumulase beneficios. Ayudé a saquear a media docena de repúblicas de América Central para Wall Street [...] En China, en 1927, ayudé a velar por que la Standard Oil pudiera hacer su negocio sin obstáculos”.

Hemos aducido hechos principalmente relativos a EE. UU. Pero el mismo cuadro se observa en Inglaterra, Francia, Alemania occidental y todos los demás Estados imperialistas. Por doquier, reducidos puñados de tiburones financieros han concentrado en sus manos la mayor parte de la riqueza y se apropian de colosales ganancias, cada vez más grandes. Han subordinado el aparato estatal y dirigen la política interior y exterior en interés propio.

La oligarquía financiera expolia a los pueblos de su país, a los pueblos de las colonias y de los países dependientes. En su afán de obtener las máximas ganancias, desencadena guerras.

3. LA EXPORTACION DE CAPITAL

Desde que surgió el capitalismo, el comercio entre todos los países ha crecido considerablemente. Los capitalistas no se limitan al comercio interior. Exportan mercancías al mercado exterior, a otros países. En la época del imperialismo, la exportación de mercancías ha alcanzado proporciones inmensas.

Sin embargo, lo típico en el imperialismo es la exportación de capital. Esto significa que los capitalistas de un país conceden préstamos monetarios a otros países, organizan allí sus bancos o compran parte de las acciones de los bancos de otros países. Y significa, además, que construyen empresas en otros países, comienzan a explotar las riquezas naturales de esos países (el petróleo, el mineral de hierro, etc.). Como resultado de ello, a esos capitalistas afluyen beneficios del extranjero.

¿Por qué los capitalistas en la época del imperialismo no pueden circunscribirse a la exportación de mercancías, sino que se esfuerzan por todos los medios para exportar capitales?

La exportación de capital es engendrada por el dominio de los monopolios. La apropiación de las máximas ganancias trae aparejada la acumulación por los monopolios de enormes recursos monetarios. Estos, acumulados de nuevo, no pueden ser utilizados por completo en el mismo país. El bajo nivel de vida de las masas trabajadoras obstaculiza el crecimiento sucesivo de la producción. Además, la nueva construcción conduciría al aumento de la fabricación de mercancías, a la baja de los precios, y, por consiguiente, al descenso de las ganancias. Los monopolistas no están interesados en ello. En sus manos se forma un "exceso" de capital, que aparece en unos cuantos países imperialistas. Si en unos pocos países, en los más ricos, se crea exceso, en otros, en los económicamente atrasados, se siente una aguda carencia de capitales. En su afán de lucro máximo, ese exceso se dirige al extranjero.

Naturalmente, el exceso de capital en condiciones determinadas podría hallar empleo en su país, si se dirigiese al mejoramiento de la vida del pueblo. Pues incluso en los países capitalistas más ricos las masas populares viven en la indigencia, y la agricultura se halla rezagada en extremo respecto de la industria. Pero el capitalista deposita los recursos monetarios en la producción únicamente para recibir ganancias; no piensa siquiera en utilizar sus capitales para mejorar la situación material de las masas populares o para fomentar la agricultura en su país. Tal empleo del capital conduciría a la disminución de las ganancias de los capitalistas. Por eso, exportan sus capitales al extranjero, preferentemente a los países subdesarrollados. En ellos, la ganancia es ordinariamente elevada, pues allí los capitales son escasos, el precio de la tierra relativamente poco considerable, los salarios bajos, las materias primas baratas.

“Hablando en general —dice, refiriéndose a su país, el banquero brasileño Adolfo Gentil, director del Banco Operador, de Río de Janeiro—, el industrial que llega a este país puede contar como mínimo con el 20 por ciento de ganancia neta del capital que él coloca. Algunas compañías perciben grandes ingresos. No es insólito, en manera alguna, para una organización de servicios recibir una ganancia del 80 ó 90 por ciento del capital invertido. Esta es la razón de que muchísimos abran aquí empresas.”

La exportación de capital reporta riquezas colosales a los monopolios capitalistas. Al otorgar a cualquier país un préstamo, los capitalistas reciben por él elevados intereses.

También reciben ganancias inmensas de la construcción de empresas en otros países. Tomemos sólo la extracción de petróleo; la cuota de ganancias de los monopolios petroleros de EE. UU. respecto del capital invertido en el extranjero es aproximadamente tres veces mayor que la del que se utiliza en el interior del país. A los bolsillos de los reyes del petróleo estadounidenses, así como de Inglaterra y demás países imperialistas, afluyen ríos de oro de Venezuela e Irán, de Kuwait y Arabia Saudita. Allí los yacimientos petrolíferos son copiosos, el arriendo que se paga a esos países es insignificante, el salario que se abona a los obreros nativos, inferior. El economista norteamericano Harvey O'Connor, después de citar en su libro *El imperio del petróleo* datos sobre las elevadas ganancias de los monopolios petroleros, llega a la conclusión de que el gran interés de la Standard Oil Company of New Jersey por la política exterior se explica por consideraciones de los altos ingresos de sus sucursales extranjeras. “Quién realiza la política, Acheson o Dulles, Root o Hughes, Stimson, Byrnes o Marshall, tiene poca importancia —consigna O'Connor—. Los republicanos y demócratas también son granitos para el molino de la Jersey, puesto que la política exterior de EE. UU. sirve a las corporaciones, que disponen de la mercancía más sensible, vital, indispensable del mundo: el petróleo. Sin petróleo, la flota se encuentra encadenada a las costas, y los aviones son únicamente patos posados. Nos excusamos ante Charles Wilson y la General Motors, pero lo que es bueno para la Jersey, es una condición obligatoria para la política exterior de EE. UU. Si se tiene en cuenta que el consejo de directores de la Jersey actúa permanentemente y presta gran atención a la política exterior, los secretarios de Estado parecen únicamente aves migratorias, y la llegada y partida de

los presidentes constituyen sólo episodios en el cumplimiento de las predestinaciones de la Jersey”.

Los capitalistas y sus hombres de ciencia tratan de presentar la exportación de capital como un servicio que se presta a los países subdesarrollados. De hecho, ella sirve de base para la opresión imperialista. El capital no se exporta, ni mucho menos, para hacer el bien a los pueblos de los países a donde se envía, sino para oprimirlos y esclavizarlos. Al país que tiene que recurrir a los préstamos se le puede imponer cualquier acuerdo leonino. Por lo general, los monopolistas que conceden el préstamo demandan una serie de condiciones ventajosas. Exigen que les den las fuentes de materias primas, que les compren mercancías con el dinero otorgado, que bajen los aranceles a las mercancías que importan, etc.

Además, la exportación de capital con mucha frecuencia tiene un carácter militar-policíaco. Al conferir el préstamo, los imperialistas obligan al país deudor a invertirlo en fines bélicos, a comprarles armamento. A consecuencia de ello aumentan las deudas del país que lo recibe. Los recursos para saldar esas deudas se sacan de la población en forma de impuestos.

La exportación de capital no se propone, en absoluto, contribuir al desenvolvimiento de la propia industria del país débilmente desarrollado. El dinero se invierte en las ramas cuyo fomento puede atar la economía de ese país a la del Estado imperialista que concede el préstamo. Por eso, los imperialistas, en el mejor de los casos, propician el desarrollo de las fuentes de materias primas, extrayéndolas de allí. La exportación de capital afianza aun más el atraso económico y la dependencia del país adonde se exporta. Se utiliza para la explotación más rapaz de los obreros y campesinos, para el saqueo de las riquezas naturales del país.

Tomemos, a título de ejemplo, América latina. El capital extranjero se dirige allí ante todo a las industrias petrolera y de extracción, al transporte y los asuntos bancarios, a la producción y exportación de los principales productos de la agricultura, y a los servicios públicos. El capital monopolista de EE. UU. controla en los países de esa zona no menos de tres quintas partes de la producción de las industrias petrolera y extractiva, y no menos de una quinta parte de la industria de transformación. Un tercio de la exportación latinoamericana se efectúa por los monopolios de EE. UU. que actúan en América latina.

Empleando los métodos más diversos de penetración económica, utilizando las sucursales extranjeras, las filiales, el sistema de participación, las compañías mixtas, etc., el capital extranjero logró el control de las ramas claves de la economía en los países latinoamericanos.

En Venezuela, las compañías petroleras norteamericanas controlan el 70 por ciento de la extracción y destilación del petróleo.

En Chile, las compañías estadounidenses controlan el 95 por ciento de la extracción del cobre, el 70 por ciento del salitre, el 30 por ciento de la generación de energía eléctrica.

En Brasil, el capital extranjero controla el 90 por ciento de la producción de las industrias petrolera y de productos químicos, el 81 por ciento de la frigorífica, el 65 por ciento de la farmacéutica y el 55 por ciento de la producción de abonos artificiales. La extracción de manganeso se encuentra en manos de dos compañías americanas, la industria tabacalera es controlada por una firma inglesa. El 60 por ciento del potencial de las plantas eléctricas más importantes del país se halla en poder de dos compañías foráneas.

En la Argentina actúan 360 compañías yanquis. Estas controlan más del 40 por ciento de la producción de la industria frigorífica, el 70 por ciento de la producción de volframio, el 30 por ciento de la de cemento, el 90 por ciento de la de cinc, el 50 por ciento de la de azufre, el 80 por ciento de la de energía eléctrica, el 50 por ciento de la producción de la industria química.

En el Perú actúan 100 compañías estadounidenses. Sólo la "Cerro del Pasco Corp." controla el 80 por ciento de la extracción de cobre, el 70 por ciento de la de plomo y de cinc, el 50 por ciento de la de plata y el 100 por ciento de la de bismuto.

En Cuba, antes de la revolución popular, las compañías norteamericanas controlaban casi el 37 por ciento de la producción de azúcar y el 27 por ciento de toda la superficie agraria, el 95 por ciento de la producción de energía eléctrica y el 40 por ciento de las líneas férreas.

La supremacía del capital norteamericano es la causa principal de la especialización excesivamente estrecha de la economía de los países latinoamericanos, de su transformación en países de monocultivo, en apéndices de materias de las potencias imperialistas.

La exportación de capital de EE. UU. a los países de América latina no compensa en medida alguna el colosal chorro de recursos que afluyen de ésta a qué en concepto de ganancias, intereses, pagos por las deudas oficiales, etc. Así, de 1945 a 1960 las nuevas inversiones directas de EE. UU. en dichos países ascendieron a 8.700 millones de dólares, y las ganancias exportadas de las inversiones directas, a 15.100 millones de dólares. De esta suma exportada de América latina, 11.000 millones de dólares fueron recibidos por EE. UU. Los monopolios estadounidenses son los principales explotadores de los países de Latinoamérica.

Los cálculos demuestran que, sólo en concepto de ganancias de las inversiones directas, fue exportado, de los países latinoamericanos más del 15 por ciento de la renta nacional total, excluyendo así la posibilidad de utilizar esos recursos en el fomento económico de los citados países. Solamente a cuenta de la amortización de las deudas y préstamos oficiales, de 1947 a 1958 pagaron más de 3.100 millones de dólares.

Según datos de la Comisión Económica de la Organización de las Naciones Unidas, en los últimos 40 años, por cada dólar de los capitales extranjeros invertidos en la economía de la Argentina se extrajeron 4,9 dólares en concepto de beneficios e intereses.

De 1947 a 1958, es decir, en doce años, el torrente de las nuevas inversiones extranjeras directas en Brasil ascendió a 498 millones de dólares, y las reinversiones de las ganancias (nuevas inversiones a expensas de los ingresos obtenidos en el país con las antiguas), a 525 millones de dólares, de lo que resulta una suma de 1.023 millones de dólares. En este mismo período se exportaron de allí 1.033 millones de dólares en concepto de ganancias.

La exportación de capitales privados a los países de América latina conduce a aumentar progresivamente su dependencia económica. La industria automovilística del Brasil es un ejemplo vivo de apropiación de una rama importante por el capital extranjero.

A fin de contribuir al fomento de la producción de automóviles en el país, en 1956 el gobierno brasileño estableció para las compañías de automóviles extranjeras una serie de ventajas con la condición de que asumiesen el compromiso de participar en el montaje de los autos, mecanismos y piezas de repuesto.

ción nacional en proporciones cada vez mayores (al principio, en no menos del 40 por ciento, y al expirar el quinto año, del 90 por ciento). Atraídas por las condiciones ventajosas, algunas compañías foráneas, principalmente de EE. UU. y Alemania occidental, fundaron en el Brasil sus filiales. Hacia finales de 1958, funcionaban ya en el país 15 empresas automovilísticas que, excepto una, la Fábrica Nacional de Motores —planta de automóviles del Estado—, están controladas por el capital extranjero. En 1958, la producción anual de automóviles en el Brasil fue de 60.000; en 1959, de 96.000, contra 31.000 en el año 1957. Como resultado de ello, ya en el primer semestre de 1959 el Brasil atravesó grandes dificultades de venta de automóviles, lo que se explica, en particular, por la excesiva estrechez de su comercio interior.

Al mismo tiempo, en Brasil, por ejemplo, casi no existe la construcción de máquinas-herramientas, de tractores, locomotoras y otras viejas ramas de la industria. En lo que a la industria automovilística se refiere, continúa dependiendo de las compañías extranjeras, no sólo en lo que respecta a las inversiones, sino también a la tecnología de la producción y al suministro de piezas a las empresas.

En los últimos años se viene observando cierto aumento de las inversiones directas de EE. UU. en la industria de transformación de los países de América latina. De un lado, esto se explica por la intensificación de la lucha de competencia en los mercados latinoamericanos por parte de Inglaterra, y especialmente de Alemania occidental, y de otro lado, por las grandes ganancias en dichos países.

El programa de "ayuda" a América latina que lleva a cabo Estados Unidos no coopera al fomento económico de estos países. De 1945 a 1959, destinó en total 1.300 millones de dólares para todos los tipos y formas de "ayuda" a los países latinoamericanos. Sin embargo, en dicho programa las asignaciones más considerables son las destinadas a la ayuda militar, las cuales llegan a 520 millones, constituyendo el 40 por ciento de todo el programa. A la "asistencia" económica fueron asignados tan sólo 243 millones de dólares (el 18 por ciento), a la ayuda técnica, 251 millones de dólares (el 19 por ciento), y a otros tipos de "asistencia", comprendidos los gastos en los programas interamericanos, 306 millones de dólares (el 23 por ciento). Además, los gastos reales son inferiores a las asignaciones. Esta

“ayuda” sirve de ariete para la penetración del capital monopolista de EE. UU. en América latina, para consolidar su dominio en esa zona.

El capital monopolista de EE. UU. maneja asimismo la agricultura de los países latinoamericanos. Los monopolios se apoderan allí de posesiones inmensas. Precisamente porque en muchos de esos países posee latifundios colosales, la burguesía monopolista de EE. UU. se halla interesada en la conservación de los mismos como baluarte de las peores fuerzas de la reacción política en dichos países. Al ser propietarios de las mejores tierras de los países latinoamericanos, los imperialistas de EE. UU. son enemigos de todo acto legislativo encaminado a la liquidación o aunque sólo sea a la limitación de las grandes heredades en los citados países.

He aquí lo que manifestó con respecto a ello Chester Bowles, vicesecretario de Estado de EE. UU., en el número de noviembre de 1959 en la revista *New York Times Magazine*: “En América latina hay invertidos más de 9.000 millones de dólares del capital privado americano, es decir, más que en cualquier otra zona del globo terráqueo. Además, no todas las inversiones fueron realizadas sobre una base estrictamente legal. Y aunque sólo una parte de dicho capital está invertida en posesiones, los círculos financieros de EE. UU. estiman que toda legislación dirigida contra la gran propiedad agraria perjudicará sus intereses. Por eso, toda tentativa de modificar las caducas relaciones agrarias, por muy democrático o razonable que sea su carácter, será interpretada falsamente como confiscación comunista. La presión de estos círculos sobre el Congreso y el Departamento de Estado de EE. UU. aumentará constantemente. Tarde o temprano, esa presión nos puede llevar a una política de contención del desarrollo sucesivo de esa zona, de la cual depende nuestra seguridad”.

Hasta hace poco tiempo, Cuba era el ejemplo vivo de mangoneo de los imperialistas yanquis en la agricultura de los países latinoamericanos.

Durante mucho tiempo, los imperialistas de EE. UU. orientaron la agricultura de Cuba especialmente a un solo producto: azúcar. Como resultado de tal especialización, Cuba no estaba en condiciones de asegurar las demandas de su población incluso de los artículos más indispensables, tales como carne, pan, arroz, papas, legumbres, etc., aunque el país posee

(para la agricultura) un clima ideal y tierras fecundísimas, de las cuales se pueden recoger dos cosechas al año. Importaba de EE. UU. gran cantidad de conservas, arroz, grasa de cerdo, harina de trigo y otros artículos. Sólo en la importación de arroz, Cuba gastaba anualmente 40 millones de dólares. Para cubrir su déficit, tenía que desembolsar anualmente enormes recursos.

En relación con esto viene a propósito citar los curiosísimos datos del cálculo hecho por el Consejo Nacional de Economía de EE. UU. en 1956. Conforme con él, cada año se sembraban allí aproximadamente 1.700.000 hectáreas de tierra para satisfacer las necesidades de Cuba de productos alimenticios, y en la propia Cuba casi la misma cantidad de tierra, que podría rendir esos mismos productos, quedaba sin cultivar. Este hecho, en particular, evidencia la enorme importancia económica que tiene para Cuba la sustitución de la importación agrícola por la producción nacional.

Las compañías azucareras norteamericanas poseían allí más de 100.000 caballerías (1 caballería es igual a 13,4 hectáreas). Los diez monopolios más grandes tenían 100.000 hectáreas de tierra cada uno. Cinco compañías estadounidenses (Cuban American Sugar Mills, Atlántica del Golfo, Cuban Trading, United Fruit Co., Punta Alegre Sugar Co.) poseían más de 500.000 hectáreas, las cuales no se labraban y casi por entero permanecían en calidad de reserva. Los yanquis se apoderaron de la mayoría de las tierras durante su ocupación de la isla. Compraban las tierras a precios irrisorios: un centavo por hectárea. Por ejemplo, la compañía Bay Nipe, filial de la United Fruit Company, adquirió casi 50.000 hectáreas en la costa septentrional de la provincia de Oriente por 100 dólares.

De los 650 millones de dólares invertidos en la industria azucarera de Cuba (según datos correspondientes a 1958), hasta hace muy poco pertenecía a los norteamericanos el 54 por ciento; en sus manos se encontraban 39 de las centrales más importantes (de 161), que rendían el 37 por ciento de la producción total de azúcar.

Los imperialistas yanquis acumularon un capital inmenso. La revolución cubana los privó de él, arrebatándoles las ganancias que obtenían a costa de la explotación implacable y rapaz de obreros y campesinos de Cuba. Precisamente en esto radica el odio furibundo que sienten por la revolución cubana.

¡Mas lo perdido no se recupera! El pueblo de Cuba se alza valeroso en defensa de las conquistas revolucionarias que le dieron no sólo la libertad, sino la oportunidad de mejorar su vida.

La exportación de capital conduce al recrudecimiento de la lucha entre los propios Estados imperialistas. Los imperialistas se esfuerzan por arrebatarse unos a otros las zonas a que se exporta o puede exportarse capital. El país fuerte desplaza al más débil. Por ejemplo, antes era Inglaterra la que más capitales exportaba; ahora, Norteamérica se ha adelantado a Inglaterra. De los 98.000 millones de dólares del capital exportado, 54.000 corresponden a EE. UU. El imperialismo norteamericano es el mayor explotador internacional.

La lucha entre los Estados imperialistas en el campo de la exportación de capital ha recrudecido, constituyendo una de las contradicciones fundamentales existentes entre ellos.

4. EL REPARTO ECONOMICO DEL MUNDO ENTRE LAS ASOCIACIONES CAPITALISTAS. LOS MONOPOLIOS INTERNACIONALES

El mercado interior no está separado de los mercados exteriores. Después de establecer su dominio en estos últimos, los monopolios se apoderaron también de los primeros. El crecimiento de la exportación de capital y la ampliación de los vínculos económicos con el extranjero conducen a que los monopolios de los diferentes países se pongan de acuerdo. Surgen los monopolios internacionales, que se reparten entre sí los mercados de venta y las fuentes de materias primas "por la fuerza", "por el capital".

En 1897 había cuarenta monopolios de ésos. Hacia 1910, su número ascendía a cien. En 1932 se contaban ya 320 monopolios internacionales.

Es sabido que en realidad la extracción de petróleo en los países capitalistas se encuentra en manos de unos cuantos monopolios. En ellos domina, por un lado, el capital norteamericano, y por otro lado el anglo-holandés. Con el tiempo, en la industria petrolera del mundo capitalista empezó a gozar cada vez de mayor influencia el capital monopolista de EE. UU. Si antes de la segunda guerra mundial los monopolios petroleros

ingleses poseían casi indivisiblemente las fuentes de petróleo del Cercano y Medio Oriente, después de la contienda tuvieron que estrecharse en favor de los monopolios petroleros de EE. UU., cuya parte en la extracción de petróleo en esa zona crece constantemente.

En el campo de la industria química existía un acuerdo sobre el reparto de los mercados de venta entre tres trusts químicos: I. G. Farbenindustrie, alemán; Dupont de Nemours, norteamericano, e Imperial Chemical Industries, inglés. Este acuerdo, de hecho continuó rigiendo también durante la segunda conflagración universal. Después de la guerra, la I. G. Farbenindustrie fue dividida en doce compañías formalmente independientes. Sin embargo, algo después, cuatro quintas partes de los bienes de I. G. Farbenindustrie pasaron a manos de tres compañías estrechamente vinculadas entre sí. El periódico alemán *Handelsblatt* decía, con mucha razón, en marzo de 1953: "El rey ha muerto, pero los tres consorcios herederos poseen fuerza suficiente y es de suponer que pronto ocuparán de nuevo su lugar en el mercado mundial". Ciertamente, los monopolios químicos germano-occidentales aún no han conseguido establecer por completo sus posiciones en los mercados exteriores, pero se hallan muy cerca de lograrlo. Año tras año van aumentando sus partes de exportación.

La extracción de cobre en el mercado capitalista está repartida en lo fundamental entre tres corporaciones estado-unidenses y varios grupos ingleses y belgas. El "gran trío" norteamericano controla tres cuartas partes de las reservas de cobre en EE. UU., así como un tercio del cobre en el mundo capitalista allende sus confines.

La Aluminium Corporation of America (ALCOA), perteneciente al grupo financiero de los Mellon, controla la parte del león de la producción capitalista mundial de aluminio.

La General Electric es un potente monopolio en la esfera de la producción de equipos eléctricos. En 1945, a ella pertenecían del 15 al 49 por ciento de las acciones de los trusts electrotécnicos más importantes de Japón, Alemania, Francia, Inglaterra e Italia, y a partir de 1948 también las acciones en Austria, Bélgica, Holanda, España, Suecia, Turquía y Chile. Este trust poseía, además, fábricas de producción de equipos eléctricos en Argentina, Brasil, México, Uruguay y África del Sur.

Los monopolios internacionales comienzan a controlar la producción de materias primas agrícolas, artículos alimenticios y frutas. Todo el mundo conoce a compañías tales como la Unilever y la United Fruit. Entre los monopolios internacionales figura asimismo la ya citada firma Anderson Clayton and Company.

Estos monopolios, cual pulpo gigante, han envuelto con sus tentáculos todos los países del mundo capitalista, los han puesto bajo su dependencia económica, absorben sus jugos vitales.

Ellos despojan de sus riquezas minerales a los países subdesarrollados, y adquieren en ellos productos agrícolas a precios irrisorios. Al mismo tiempo, en esos países se realiza la producción industrial que se fabrica en las metrópolis, bien por esos mismos monopolios internacionales, bien por otras compañías industriales o por las agrupaciones de venta. Las potencias imperialistas reciben ganancias colosales en ese trueque no equivalente. La potencia de los monopolios industriales es suficiente para mantener en un nivel elevado los precios de su producción. Y los países subdesarrollados, enredados de pies y manos en la maraña de la dependencia financiero-económica, no pueden mantener precios altos en las materias primas minerales y los productos agrícolas. Estas "tijeras de precios", que se forman constantemente a favor de los monopolios industriales, les reportan beneficios gigantescos. Esa es una de las formas importantes de explotación de los países subdesarrollados y dependientes de las metrópolis imperialistas. Remitámonos de nuevo al ejemplo de América latina.

La explotación de los países latinoamericanos por el imperialismo de Estados Unidos se manifestó en los años de posguerra en la brusca intensificación de su saqueo por medio del intercambio no equivalente. Esto llevó a esos países a una mayor dependencia económica general respecto de Estados Unidos, puesto que conducía al retiro de una parte cada vez mayor de su producto nacional, reducía las posibilidades de superar su atraso económico, los obligaba a aumentar la exportación en condiciones de rebaja continua de los precios de sus mercancías, los empobrecía y, así, los subordinaba cada vez más a la imposición de los monopolios estadounidenses.

Si se toman como base 100 los precios de las mercancías de exportación e importación de los países de América latina

correspondientes a 1953, en 1960 los precios de las primeras disminuyeron hasta 88, y los de las otras subieron hasta 104. De ese modo, las "tijeras de precios" fueron evidentemente desfavorables para esos países.

Según datos del periódico *Tribuna Popular* del 21 de marzo de 1959, como resultado de la baja de los precios en los productos básicos de su exportación, América latina en el período de 1950 a 1958 sufrió pérdidas por una suma aproximada de 2.000 millones de dólares. Dichas pérdidas rebasan en mucho las "ventajas" de las inversiones extranjeras y de la llamada "ayuda" de Estados Unidos.

Las condiciones del comercio con dicho país son desfavorables en extremo para los países de América latina. El volumen físico de la exportación a Estados Unidos fue, en 1959, 1/10 mayor que en 1958; sin embargo, en la expresión monetaria dicho volumen no experimentó cambios. Especialmente tirante fue la situación creada con el café. En 1959, los países latinoamericanos exportaron a Estados Unidos 17 por ciento más de café que en 1958, y sin embargo, los ingresos en divisas procedentes de esa operación aumentaron sólo en el 5 por ciento.

Una situación análoga se viene observando también en el comercio con otras mercancías. Así, por ejemplo, en 1958 el volumen físico de la exportación de cobre descendió en el 28,7 por ciento respecto del año 1956, mientras que por su valor se redujo en el 58,6 por ciento. El volumen físico de las exportaciones de plomo incrementóse en ese mismo período en el 34,6 por ciento, en tanto que en la expresión monetaria continuó casi sin cambios (101,5 por ciento). La exportación de cinc creció en el 6,7 por ciento, con la baja simultánea de su valor en el 18 por ciento. En 1958 el volumen físico de la exportación de lana constituyó el 75,2 por ciento del nivel de 1956, mientras que los ingresos monetarios equivalieron al 57,5 por ciento.

Debido al empeoramiento de las condiciones del comercio, en los últimos cincuenta y siete años la Argentina ha perdido 19.024 millones de dólares (en valores de 1950). Dicho con otras palabras, a consecuencia del descenso constante en los precios de los productos de exportación argentina y del aumento en los precios de los productos que importa, de la Argentina se esfumaron anualmente casi 250 millones de dólares, que fueron a parar a las cajas fuertes de los monopolios extranjeros. En 1928, la Argentina pagó por un tractor 42 toneladas de tri-

go; en 1937, 50 toneladas, y en 1956, 111 toneladas. Según el curso del cambio existente, en 1959 en la exportación de productos agrícolas se pagaban 52 pesos por cada dólar, y en la importación de implementos y máquinas agrícolas, 92 pesos.

En 1958, el precio medio del café exportado del Brasil disminuyó hasta 53 dólares por saco (60 kilogramos), mientras que en 1954 era de 87 dólares. Ahora, para comprar un automóvil Brasil debe vender en el mercado de Estados Unidos diez veces más café que hace treinta años.

En 1950, por cien toneladas de lana Uruguay podía comprar ciento doce tractores o seiscientas sesenta máquinas agrícolas, en tanto que a principios de 1956 sólo podía comprar cuarenta y cuatro tractores o doscientas cincuenta y cuatro máquinas agrícolas.

La política de los monopolios de Estados Unidos en América latina consiste en vender más a los países latinoamericanos y comprar menos, pagando más baratas las materias primas y vendiendo sus mercancías más caras. A consecuencia de esta política discriminatoria, la mayoría de los países de América latina tiene un balance comercial pasivo con Estados Unidos. Esta política colonial se aplica con especial actividad en los períodos de las crisis económicas, cuando Estados Unidos intenta con todas las medidas descargar el peso de las crisis sobre los pueblos de los países subdesarrollados. Tanto en 1957 como en 1958, casi todos esos países tuvieron un gran déficit en el comercio con Estados Unidos. Especialmente grande es la desproporción entre la exportación y la importación que se observa en Bolivia, México, Honduras, Nicaragua, Uruguay y Panamá. En 1958, por ejemplo, Bolivia exportó tres veces menos de lo que tuvo que comprar; Uruguay, dos veces y media; México, dos; Panamá, más de tres, etc.

El comercio unilateral con Norteamérica trae aparejado el hambre de dólares en América latina. Debido a ello, sus países se ven obligados a dirigirse en demanda de préstamos a Estados Unidos, lo que acentúa aun más su dependencia de monopolios norteamericanos.

Norteamérica se esfuerza por reducir el volumen de sus compras en América latina, prohibiendo al mismo tiempo a los países latinoamericanos establecer vínculos económicos con otros Estados. Las restricciones cuantitativas introducidas en Estados Unidos a fin de 1958 en la importación de plomo y de

cinc, condujeron al cierre de muchas empresas mineras latino-americanas. Con la particularidad de que las consecuencias de ello las sufrieron principalmente las empresas pequeñas y medias, que son, por lo general, propiedad del capital nacional. Así, según manifestaciones de Enrique Alatríste, presidente de la Unión de Sindicatos de Mineros de México, como resultado de la crisis de venta de metales no ferrosos cesaron en su actividad todas las empresas pequeñas y muchas medias de México dedicadas a la extracción de minerales y a la fundición de metales no ferrosos. A principios de 1959, Estados Unidos estableció una cuota para la importación del petróleo venezolano. Estas restricciones suscitaron una amplia protesta entre los medios comerciales y la opinión venezolanos.

El monopolio internacional Anderson, Clayton and Company, o como lo llaman todavía en América latina, la "ACCO", estableció el control sobre la producción de la mayor parte del algodón destinado a la exportación, impone los precios del algodón que compra a los propietarios de tierras, los saquea por medio de préstamos a elevado interés, etc. Para tener una idea más completa de la opresión y saqueo a que somete esta compañía norteamericana, por ejemplo, a los propietarios de tierras mexicanos, citaremos algunos rasgos característicos del contrato tipo firmado por dicha compañía con los campesinos, descrito en el libro del conocido periodista mexicano Mario Gill: *Nuestros buenos vecinos*.

La ACCO actúa directamente o por medio de sus filiales —dice Mario Gill—. Una de éstas, la Algodonera del Valle, S. A., por ejemplo, exige de los campesinos la firma de un contrato, que no tiene precedentes en la historia de los convenios comerciales. En primer término, al firmarlo el campesino no tiene siquiera derecho a leerlo. La infracción de esa condición anula automáticamente todo el convenio. Por el crédito que la compañía concede al 12 por ciento de interés anual, el campesino está obligado a presentar, en calidad de garantías, todo el sembrado y la cosecha presente y futura de algodón en un sector dado, así como los préstamos, premios, etc., obtenidos o que deben o pueden ser recibidos por él en el cultivo de algodón, del gobierno federal o de cualquier otra organización. A la compañía que otorga los créditos se le confiere el derecho de percibir las mencionadas sumas, así como el de reclamarlas a favor suyo.

Si el campesino vende su cosecha a otra compañía, incluso devolviendo a la ACCO el crédito recibido de ella y los réditos que adeuda por el mismo, queda obligado a pagar 200 pesos por cada hectárea de sembrado. Si la propia compañía no hace uso del derecho de adquisición de la cosecha, también en ese caso el campesino está obligado a entregar el 2 por ciento del valor del algodón vendido. Luego es esquilmo en las empresas desmotadoras de algodón, donde la compañía descuenta del peso el 4 por ciento en el primer desmotado y el 14 por ciento en el tercero, con el pretexto de que el algodón se ha atascado, etc.

El artículo 5º del contrato obliga al campesino a pagar el sustento del inspector designado por la compañía para vigilar la actividad de los campesinos, inspeccionar el estado de cosas en sus haciendas, etc. Pero aun en ausencia del inspector, los campesinos están obligados a pagar a la compañía a razón de 30 pesos por hectárea. Por ese procedimiento, la ACCO extrae de los campesinos del valle de Mexicali casi 7 millones de pesos anuales.

De este modo, por medio de diferentes formas de saqueo y de extorsión "del buen vecino Clayton —escribe M. Gill—, afluye a sus manos el 45 por ciento del valor de la cosecha".

De todo el algodón mexicano que se exporta (el promedio anual de la cosecha es igual a 450.000 toneladas), casi el 67 por ciento se envía a Estados Unidos, que luego lo revende a otros países, extrayendo en esta mediación beneficios inmensos. Con ello se causa un daño económico enorme, tanto a México como a los países a que se exporta el algodón.

Hemos citado una serie de ejemplos, que demuestran cómo los monopolios saquean por diferentes conductos a los países económicamente subdesarrollados, repartándose sus mercados.

La división económica del mundo entre las asociaciones de capitalistas se realiza asimismo por medio de acuerdos interestatales (tales como la Unión Europea del Carbón y el Acero, el Mercado Común, la Asociación Europea del Comercio Libre, etc.).

Los científicos burgueses se esfuerzan por presentar a los monopolios internacionales como un instrumento de paz. Se esfuerzan por hacer creer que pueden resolver por vía pacífica las contradicciones del imperialismo. Pero estas afirmaciones no tienen nada en común con la realidad. La creación de los

monopolios internacionales conduce a agravar las contradicciones entre los Estados imperialistas. Cualquier convenio internacional entre los monopolios tiene un carácter inconsistente. El acuerdo se concluye siempre sobre la base de la correlación de fuerzas existente en el momento de concertarlo. Pero esa correlación cambia como resultado del desarrollo desigual del capitalismo, y esto plantea la cuestión del cambio de las antiguas condiciones de reparto de las fuentes de materias primas y los mercados de venta. ¿Pero qué capitalista quiere renunciar a sus posiciones ventajosas en favor de otro? Se comprende, ninguno. Por eso, el desarrollo y crecimiento de los monopolios internacionales recrudecen aun más las contradicciones entre los grupos monopolistas y entrañan choques militares entre los Estados imperialistas. Precisamente fueron los monopolios imperialistas los que desencadenaron la primera y la segunda guerras mundiales de nuestro siglo.

5. TERMINACION DEL REPARTO TERRITORIAL DEL MUNDO ENTRE LAS GRANDES POTENCIAS Y LA LUCHA POR SU NUEVO REPARTO

En las décadas del 60 y 70 del siglo pasado, las posesiones coloniales de los Estados burgueses europeos ocupaban una parte relativamente pequeña de las tierras trasoceánicas. Hacia finales del siglo XIX se intensificó bruscamente la tendencia a conquistar nuevas tierras y a transformarlas en colonias.

El paso al imperialismo determinó la rápida conquista de todas las tierras "libres" en el globo terráqueo. De 1870 a 1900, Inglaterra conquistó un territorio de cuatro millones de millas cuadradas con 88 millones de habitantes.

Sin embargo, no sólo Inglaterra, sino también todos los demás grandes países capitalistas emprendieron el camino de la conquista de nuevos territorios. Hacia finales del siglo XIX, Francia se convirtió en una gran potencia colonial, poseedora de 3.700.000 millas cuadradas de colonias. Bélgica tenía un territorio colonial de 900.000 millas cuadradas con 30 millones de habitantes. Holanda era dueña de enormes colonias. En los quince últimos años de la centuria XIX, Alemania se apoderó de colonias con una superficie de 1.000.000 de millas cuadradas y 14.700.000 habitantes.

La burguesía imperialista de Alemania formulaba abiertamente sus fines invasores. En el libro del inglés Jackson *La paz de la posguerra*, cuya cuarta edición salió en Londres en 1938, se cita una resolución del Congreso Colonial de Alemania, adoptada en 1902. En dicha resolución se dice: "El Congreso Colonial estima que, en aras de los intereses económicos de la patria, es necesario hacer a nuestro país independiente de los extranjeros en lo tocante a la importación de materias primas y crear mercados seguros al máximo para las mercancías industriales de Alemania. Este doble papel deben desempeñarlo las futuras colonias alemanas, aunque la población autóctona de las colonias tenga que trabajar en obras públicas o en la agricultura".

Norteamérica se apoderó de las islas Filipinas, Hawai, Samoa, Cuba, Guam, Puerto Rico. Por medio de la coacción más descarada recibió la zona del canal de Panamá. Estableció de hecho su dominio en una serie de países de América del sur y central.

De 1876 a 1914, las grandes potencias se apoderaron de casi 25 millones de kilómetros cuadrados de tierras, vez y media más que su propia superficie. China, Irán, Turquía y otros muchos países se convirtieron en semicolonias.

¿Qué es una colonia? En su primera acepción, significaba el establecimiento en masa de ciudadanos de cualquier Estado fuera de sus fronteras. En el sentido moderno es la incorporación violenta por uno u otro Estado capitalista de una posesión ultramarina o periférica, cuyos pueblos, al perder su soberanía estatal e independencia nacional, son sometidos al yugo y a la explotación imperialistas.

En el período del imperialismo existen también países semicoloniales y dependientes. Son formalmente independientes, pero de hecho dependen en el orden financiero, económico y político de los Estados imperialistas. Todos estos países, lo mismo que las colonias, están condenados al atraso económico y cultural. Baste decir que todavía en 1929 en los países de Asia, Africa y América latina, donde habitaba más del 70 por ciento de la población del mundo capitalista, se fabricaba únicamente el 2 por ciento de la producción industrial total de los Estados capitalistas.

El imperialismo dividió el mundo capitalista en países

opresores y oprimidos. Surgían los imperios coloniales, compuestos de dos partes desiguales: las metrópolis imperialistas y sus colonias.

La historia de la política colonial imperialista es una cadena ininterrumpida de las guerras más inmundas y rapaces contra los pueblos, así como de guerras mundiales entre los Estados imperialistas por un nuevo reparto de las colonias. En la fase del imperialismo, el capitalismo es el tiro y el opresor más grande de las naciones. Condenó a los países coloniales y dependientes a una opresión y esclavitud sin precedentes, a la falta de derechos y a la miseria, al hambre y a la ignorancia. De estos países coloniales y dependientes, los monopolios han recibido ganancias fabulosas.

¿Cómo se explica esa conquista tan intensa, por los Estados burgueses, de territorios ajenos en el último tercio del siglo XIX? Por el crecimiento de los monopolios. Por la tendencia de las uniones monopolistas a instaurar su dominio en los mercados mundiales. Al conquistar colonias, consolidan sus posiciones en la lucha contra los monopolios de los demás Estados. La posesión de colonias asegura a los monopolios ventajas considerables en la lucha contra sus rivales. Son fuentes de enriquecimiento creciente de los monopolios.

El mayor Imperio colonial era Inglaterra. Ésta extraía ganancias inmensas de sus colonias. Y cuantas más acumulaba, tanto más condenaba a los pueblos de las colonias a la falta de derechos, a la miseria y la incultura. Citaremos algunos ejemplos.

Hasta el presente, bajo el protectorado de Inglaterra se encuentran los principados árabes de Kuwait (superficie: 15.500 kilómetros cuadrados; población, 210.000 habitantes), Bahrein (superficie: 60 kilómetros cuadrados; población, 143.000 habitantes), Katar (superficie: 22.000 kilómetros cuadrados; población, 40.000 habitantes). Estas colonias de Inglaterra son fuentes petrolíferas ubérrimas, poseen un cuarto de todas las reservas exploradas de petróleo en el mundo capitalista. Toda la extracción en los citados principados se encuentra en manos de monopolios petroleros ingleses y norteamericanos. En la extracción de petróleo, Kuwait ocupa el tercer lugar, después de Venezuela y Estados Unidos. Solamente de Kuwait, en 1959 los monopolios extrajeron 70 millones de toneladas de pe-

tróleo. Los beneficios obtenidos por la compañía anglonorteamericana Kuwait Oil en 1956 ascendieron a 228 millones de libras esterlinas, y mientras tanto, las masas populares de estas colonias viven en la miseria. El salario de los obreros árabes es cinco o seis veces más bajo que el de los europeos y norteamericanos allí ocupados.

La población de las citadas colonias lucha por su independencia nacional. Pero los monopolios de Inglaterra y de Estados Unidos no quieren abandonar esos manantiales de ganancias fabulosas. Por eso, Inglaterra mantiene sus tropas en Kuwait.

Kenia formaba parte de las colonias inglesas. Su superficie es de 582.600 kilómetros cuadrados y tiene 6.450.000 habitantes, de los cuales 62.700 son europeos. En este país, las mejores tierras —más de 4 millones de hectáreas— eran ocupadas por colonos ingleses. La población indígena se hallaba concentrada en 134.000 kilómetros cuadrados de reservas. Un campesino de Africa caracterizó con mucho acierto la "labor" de los misioneros europeos: cuando vinieron aquí, tenían un precepto sagrado, y nosotros, la tierra; ahora la tierra pertenece a ellos, y el precepto sagrado a nosotros. En las tierras que poseen los europeos se producen cultivos básicos de exportación: sisal, café y té. A ellas pertenecen las 9/10 partes de toda la producción de exportación. La población de Kenia arrastra una existencia lamentable. Por un trabajo igual, el africano percibe diez o veinte veces menos que el europeo. La segregación estaba difundida en vasta escala. A las escuelas secundarias sólo concurría el 0,65 por ciento de los niños africanos. Únicamente 126.600 africanos gozaban de derechos electorales. En el Consejo legislativo, regido por un gobernador inglés, de 92 personas sólo 26 eran africanas. En Kenia se sostuvo de 1952 a 1956 una guerra colonial que costó la vida de 10.000 nativos. La lucha por la liberación nacional del país fue dirigida por la Unión de Africanos de Kenia, fundada en 1960.

Así están las cosas también en las demás colonias. Según datos de la Organización de las Naciones Unidas, en 1957 los ingresos para cada africano de Tanganica fue de 8 libras esterlinas al año, y para los europeos de 400 libras esterlinas. En Rodesia del Sur, 2.300.000 africanos tienen 15 millones de hec-

táreas de tierra, y 215.000 europeos, 24 millones de hectáreas, es decir, dieciocho veces más por habitante.

En las colonias y semicolonias los obreros y campesinos sufren calamidades y privaciones inauditas. Viven en la miseria extrema, experimentan los tormentos del hambre, trabajan en condiciones horribles, son sometidos a una explotación cruel.

Los datos publicados por el Consejo Económico y Social de la Organización de las Naciones Unidas, correspondientes a 1952-1956, arrojan clara luz sobre la situación y el nivel de vida de los pueblos de los países coloniales y semicoloniales. Según estos datos, los ingresos anuales por persona en las zonas desarrolladas son, término medio, diez veces mayores que en las poco desarrolladas del mundo capitalista. La duración de la vida es el doble, y el número de personas que saben leer y escribir es de 98,5 por ciento en las zonas desarrolladas y el 13,5 por ciento en las poco desarrolladas, respectivamente. En las primeras, a cada habitante le corresponden 3.140 calorías al día, y en las segundas, 1.850. Estas cifras constituyen una severa sentencia contra el imperialismo. Demuestran a qué estado ha llevado a extensas zonas del globo terráqueo. ¿Cabe extrañarse, después de esto, de que los pueblos de esos países odien al imperialismo, que no quieran resignarse más y que hayan desplegado una potente lucha anticolonialista?

A comienzos de la primera guerra mundial ya no existían en el mundo tierras "libres", no conquistadas por los imperialistas. El reparto entre las grandes potencias había terminado, todo estaba repartido. Se creó una situación en que cada nueva conquista suponía arrebatar un territorio determinado a su poseedor. En la orden del día se planteó la lucha por el nuevo reparto del globo. Esta lucha constituye uno de los rasgos distintivos del imperialismo. Lleva inevitablemente a conflagraciones imperialistas universales, cuyo objetivo consiste en la conquista del dominio mundial por un país determinado o por un grupo de países imperialistas.

¿Cómo se explica el resurgimiento del sistema colonial del imperialismo y de los imperios coloniales?

En el curso de su desarrollo, el capitalismo engendró la aspiración al acercamiento económico de países aislados. Condujo a la destrucción del aislamiento económico, a la unión de

territorios inmensos en un todo. Convirtió las economías nacionales aisladas en eslabones de una cadena única, llamada economía mundial. Pero esa unión económica, el capitalismo la edificó sobre la base de la conquista de territorios ajenos y su transformación en colonias, privando a los pueblos de su independencia nacional. De esta manera, el acercamiento económico de los pueblos bajo el capitalismo se realiza por los métodos de la violencia, por medio de los saqueos y conquistas coloniales, de la arbitrariedad imperialista, de la opresión nacional y del sojuzgamiento colonial, mediante la lucha entre los Estados imperialistas por instaurar su dominio sobre los pueblos. El imperialismo ha puesto las cadenas de la esclavitud colonial a centenares de millones de personas, manteniéndolas durante siglos al margen de la civilización. Convirtió a continentes enteros en cárceles de los pueblos.

¿Por qué las potencias imperialistas se afanan por transformar los territorios conquistados en colonias? Porque es más fácil gobernarlas y explotarlas. Sometiendo a los países políticamente independientes y convirtiéndolos en colonias, los imperialistas se apoderan de todas las fuentes de materias primas existentes en ellos.

Muchas materias primas importantísimas, los Estados imperialistas las reciben exclusivamente, o en su mayor parte, de las colonias y semicolonias. Por ejemplo, durante la primera guerra mundial los países coloniales y dependientes producían casi todo el caucho natural que se consumía en el mundo capitalista, casi todo el estaño, el 100 por ciento del yute, el 50 por ciento del petróleo, una serie de importantes productos alimenticios: caña de azúcar, cacao, café, té. Especialmente aguda es la lucha por las materias primas indispensables para hacer la guerra: carbón, petróleo, mineral de hierro, metales no ferrosos y raros, caucho, etc.

Los monopolios reciben de las colonias y de los países dependientes estas clases de materias primas a precios irrisorios. Los poseedores de estas fuentes de materias primas son fuertes en la lucha competitiva: pueden establecer precios monopolistas en el mercado capitalista mundial, obtener enormes ganancias. De ahí la enconada lucha entre los monopolistas, que conduce a guerras entre los países imperialistas.

Las colonias son importantes también para los imperialistas como mercado de venta de sus mercancías.

En las presentes condiciones, los monopolios de cada país, después de conquistar el mercado interior propio, se esfuerzan por no dar entrada en él a los de otros países. Tratan de dar al comercio entre los países burgueses un carácter unilateral. En tales condiciones, cobra especial importancia el papel de las colonias como mercados de venta.

En este sentido, históricamente, las posiciones de Inglaterra fueron singularmente fuertes. Inglaterra exportaba muchas mercancías a sus colonias, sin pagar aranceles elevados. Al mismo tiempo, obstaculizaba la exportación de mercaderías de otros países a sus colonias mediante el establecimiento de altos aranceles sobre aquéllas.

Las colonias son igualmente el mercado más seguro y lucrativo para la exportación de capital.

Naturalmente, los imperialistas no confesarán nunca para qué necesitan de las colonias. Intentan presentar su política de rapiña como un bien. La afirmación más difundida es la de que los imperialistas acuden en ayuda de los países incultos con fines de instrucción. Eso es un engaño.

La India estuvo más de dos siglos bajo el dominio de Inglaterra. Mas ¿la ayudó Inglaterra a marchar por el camino del progreso? Ni mucho menos. Hizo cuanto le fue posible para que la India no se desarrollase en el orden económico y cultural. Desde luego, como Inglaterra explotaba el subsuelo de la India, veíase constreñida, en uno u otro grado, a fomentar la industria en ese país. Sin embargo, de no haber sido por el régimen colonial la economía nacional y la cultura de la India se habrían desenvuelto de manera mucho más rápida.

Los imperialistas afirman a menudo que se desvelan por los intereses de las colonias. Entonces, ¿por qué no fomentan allí las industrias metalúrgicas, de construcción de maquinaria, de combustibles y otras ramas importantísimas, sin las cuales es inconcebible el desenvolvimiento normal de un país?

Ellos temen más que al fuego el desarrollo de la industria pesada en las colonias, puesto que ello significa contribuir al surgimiento de competidores, privarse de materias primas baratas. Los imperialistas se esfuerzan por perpetuar el atraso económico de los países coloniales, imprimen a su economía un carácter unilateral y deformado, para mantener eternamente sometidos a esos países. A pesar de las riquísimas posibilidades naturales y de la existencia de gran cantidad de bra-

zos obreros, los países subdesarrollados arrastran, bajo la dominación de los colonizadores, una existencia penosa y lúgubre en extremo.

Los imperialistas aseguran que conceden préstamos a los países atrasados para ayudarlos a desarrollarse. Pero esto es también un engaño.

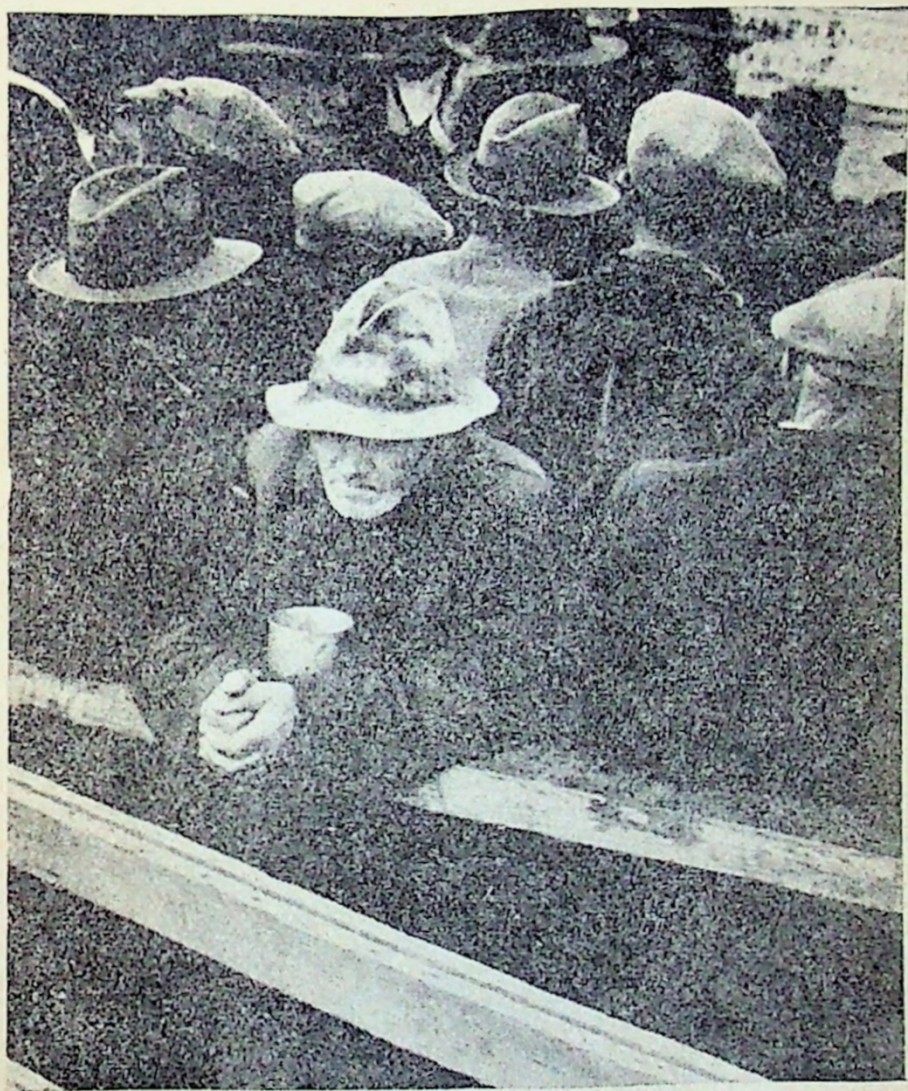
De hecho, los préstamos no se confieren para fomentar la industria pesada de dichos países, sino para despojarlos de sus riquezas. Ese dinero se dirige sólo a las ramas que necesitan los imperialistas. En unos países estimulan únicamente el desenvolvimiento del cultivo del algodón y se apoderan totalmente de él; en otros, el fomento de las plantaciones de caucho, y arramblan con todo el caucho. En una palabra, los imperialistas prefieren desarrollar las ramas que proporcionan materias primas (petróleo, cobre, estaño, plomo, etc.).

Dicen que difunden la civilización europea en el mundo subdesarrollado y colonial. Pero a consecuencia de esa "preocupación" de los "civilizadores" imperialistas por las colonias, la población de muchos países de Asia, Africa y América latina continúa padeciendo inanición, hambre, permanece analfabeta y privada de asistencia médica. Más del 90 por ciento de la población de Africa y casi el 70 de la de América latina no sabe leer ni escribir. En Africa, por cada cuatro niños de hasta un año, muere uno. Ese es el aspecto que ofrece el "desvelo" de los imperialistas por las colonias. La civilización del mundo imperialista ha sido pagada a un precio muy elevado.

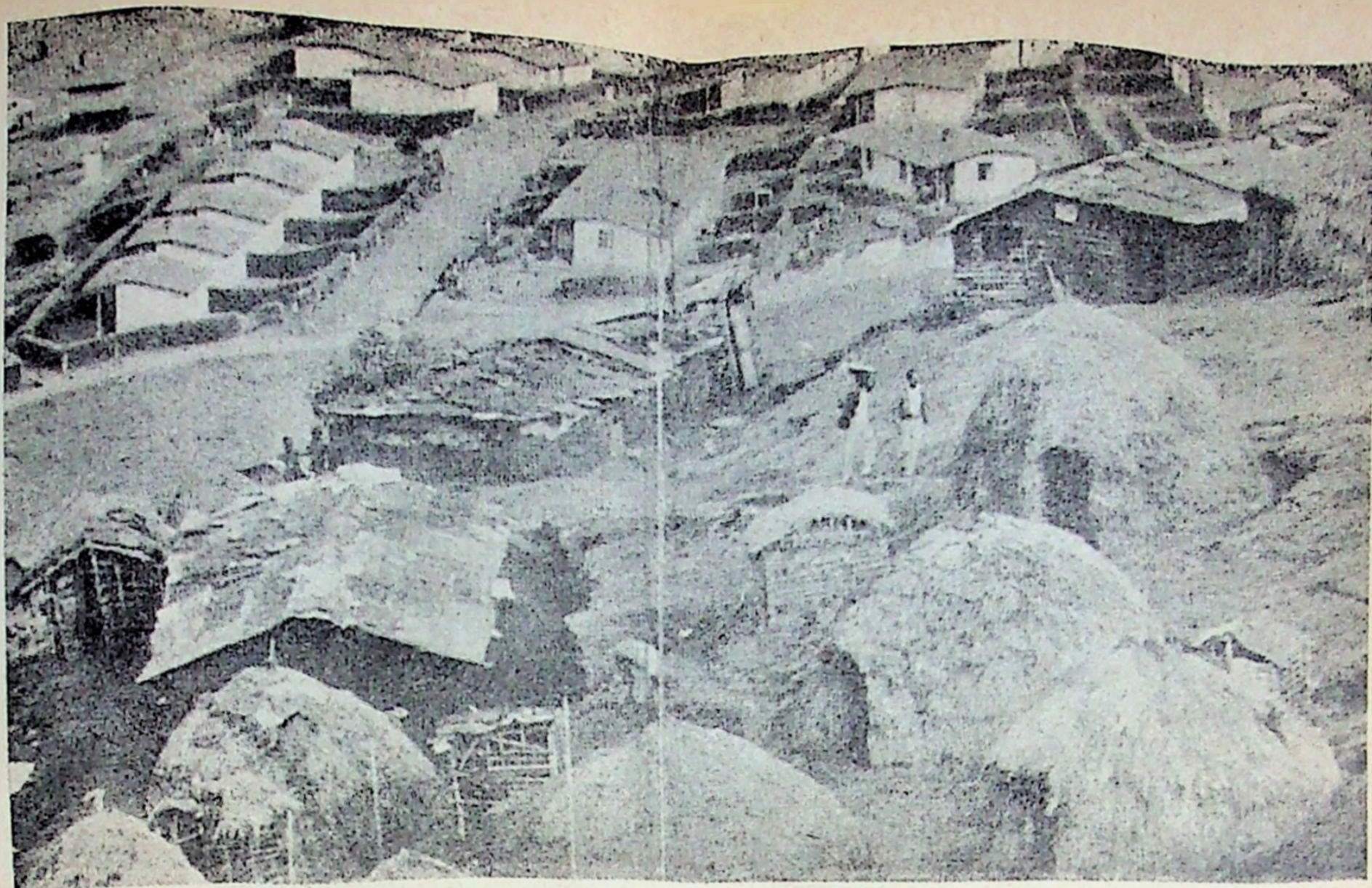
El imperialismo es el sistema mundial de opresión de los pueblos de los países coloniales y dependientes por un puñado de Estados imperialistas. Sin embargo, cuanto más se acentúa esa opresión, tanto más crece la indignación de los pueblos coloniales contra los imperialistas. La revolución nacional liberadora es el camino para sacudirse ese yugo. La vigorosa intensificación de la lucha de liberación nacional está socavando todo el sistema del imperialismo.



Adlai Stevenson, estadista norteamericano, refiriéndose a América Latina expresó: "En esta rica zona, la mitad de la población pasa hambre, la mitad no tiene cama, la mitad es analfabeta." ¿Dónde hallar las causas de las calamidades y del infortunio de estos países y de sus pueblos?



Sin duda el régimen económico del imperialismo (etapa superior del capitalismo) tiene mucho que ver con esa situación. La desocupación, como la sombra al cuerpo, persigue al imperialismo, y la creación de un "ejército de desocupados" resulta ser una necesidad del "sistema de producción".



Chozas de barro o desechos de cartón y lata, se han transformado en una geografía común en torno a los grandes centros fabriles. Allí nacen y viven generaciones de trabajadores que, pese a aportar con su esfuerzo, con su "fuerza de trabajo" a la creación de la riqueza social, viven marginados del uso de los propios bienes que producen.



La emigración en busca de "fuentes de trabajo" es otro fenómeno común en el régimen económico del imperialismo. Jóvenes campesinos parten hacia las zonas de cosecha, con algunas ropas en el bolso y una esperanza incierta en la mirada. ¿Sus ansias de trabajo encontrarán conchabo?



Aquí el éxodo rural abarca la familia entera. El latifundio, rémora mantenida por el sistema económico del imperialismo, los lanza al camino, en la alforja sus escasos enseres. ¿Qué les espera al final? ¿Trabajo? ¿Bienestar? ¿Alojamiento?



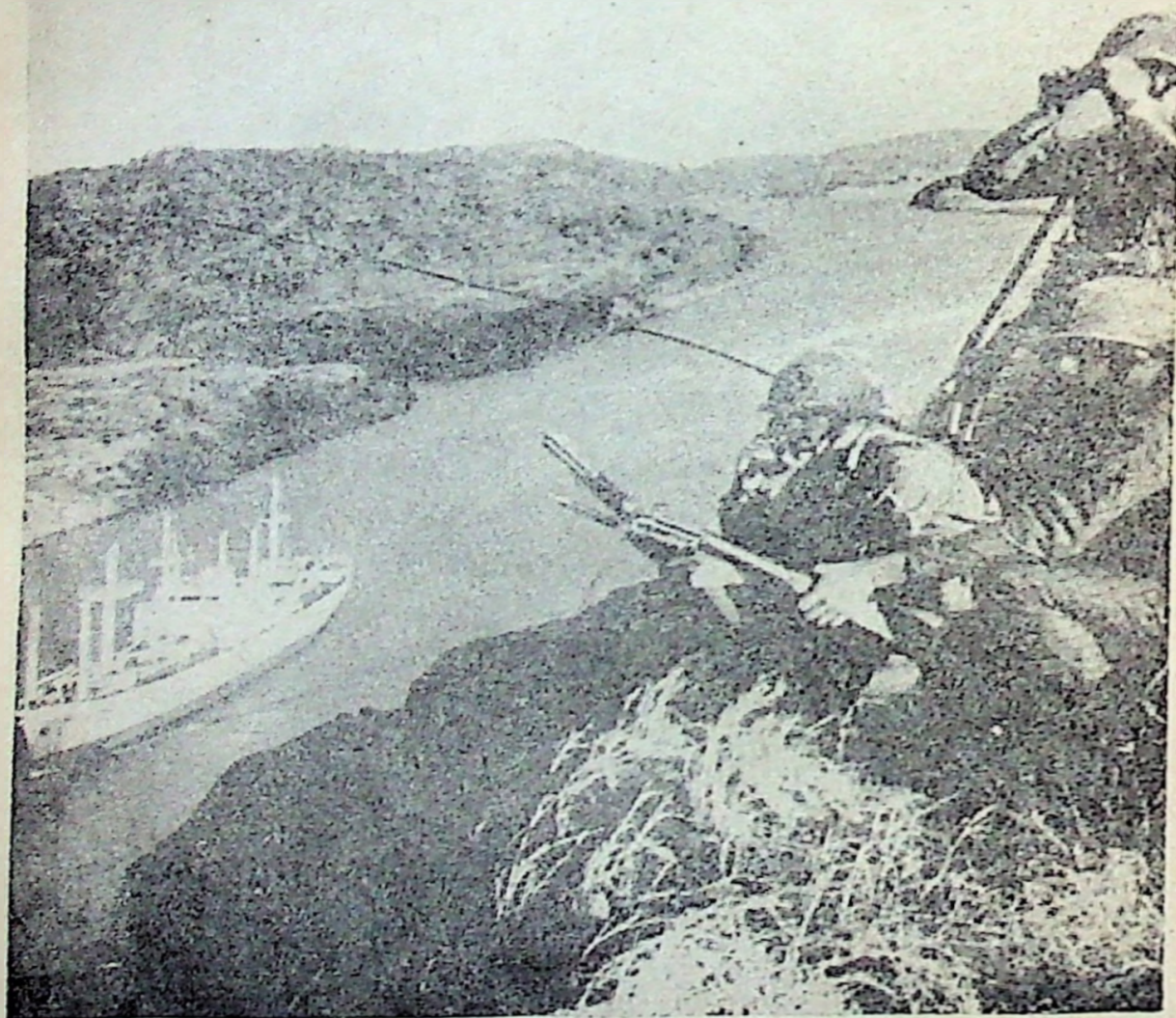
En otras latitudes, Corea del sur, la enorme ayuda militar de los monopolios más poderosos del mundo, no ha podido cambiar cuadros como este. Recorrer largas distancias para juntar un poco de leña cuya venta se transforma en comida.



El trabajo manual primitivo de los campesinos sigue mantenido, pues la mano de obra barata se encuentra por doquier. La moderna maquinaria agrícola, producto de la genial inventiva del hombre "no conviene" al principio moral del sistema imperialista: "las máximas ganancias, con el mínimo de inversiones".



En Africa, donde confluye la labor "civilizadora" de los monopolios de todo el mundo, siglos de dominio del sistema económico del imperialismo, ha dado sin duda, grandes beneficios a las metrópolis, pero no ha erradicado la vestimenta miserable ni los vientres hinchados.



El dominio de las vías marítimas conviene a los monopolios del imperialismo. Para su cuidado y preservación de las iras de los pueblos donde impera, cuenta con el brazo armado. Soldados de EE.UU. vigilan en la zona del canal de Panamá.



Pero los pueblos no se resignan. Las duras condiciones de vida, la explotación o la ocupación militar extranjera, generan protestas. Los trabajadores, los campesinos, las masas populares, los estudiantes, estallan en protestas, al principio esporádicas, luego cada vez más concientes y organizadas.



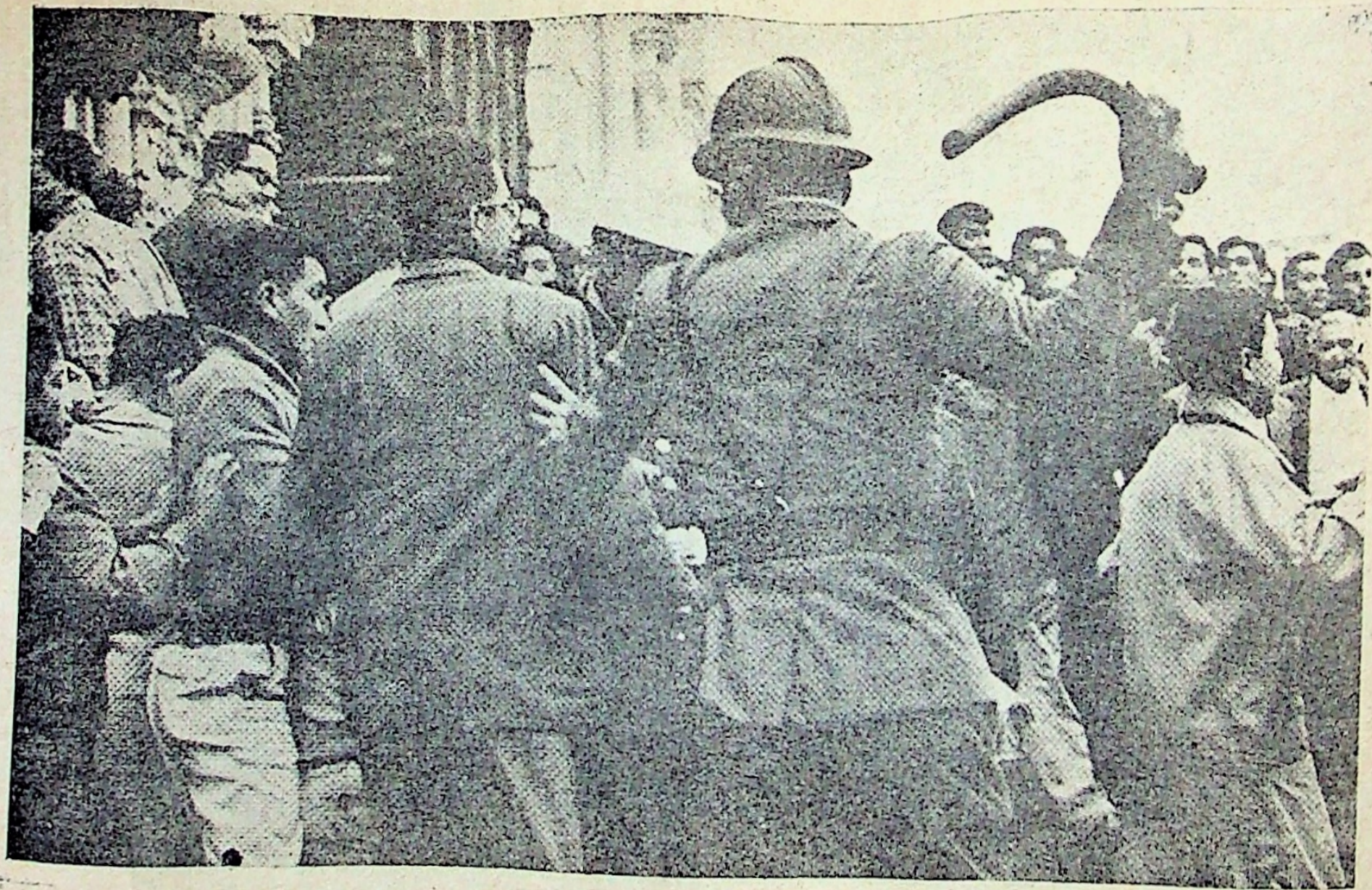
Manifestación de huelguistas belgas, protestan contra su gobierno de monopolios. El sistema económico del imperialismo, en este caso el belga, no sólo oprime a los pueblos de sus colonias (Congo, etc.) sino a sus propios conciudadanos. El objetivo del lucro máximo se expresa como la "esencia" moral del imperialismo.



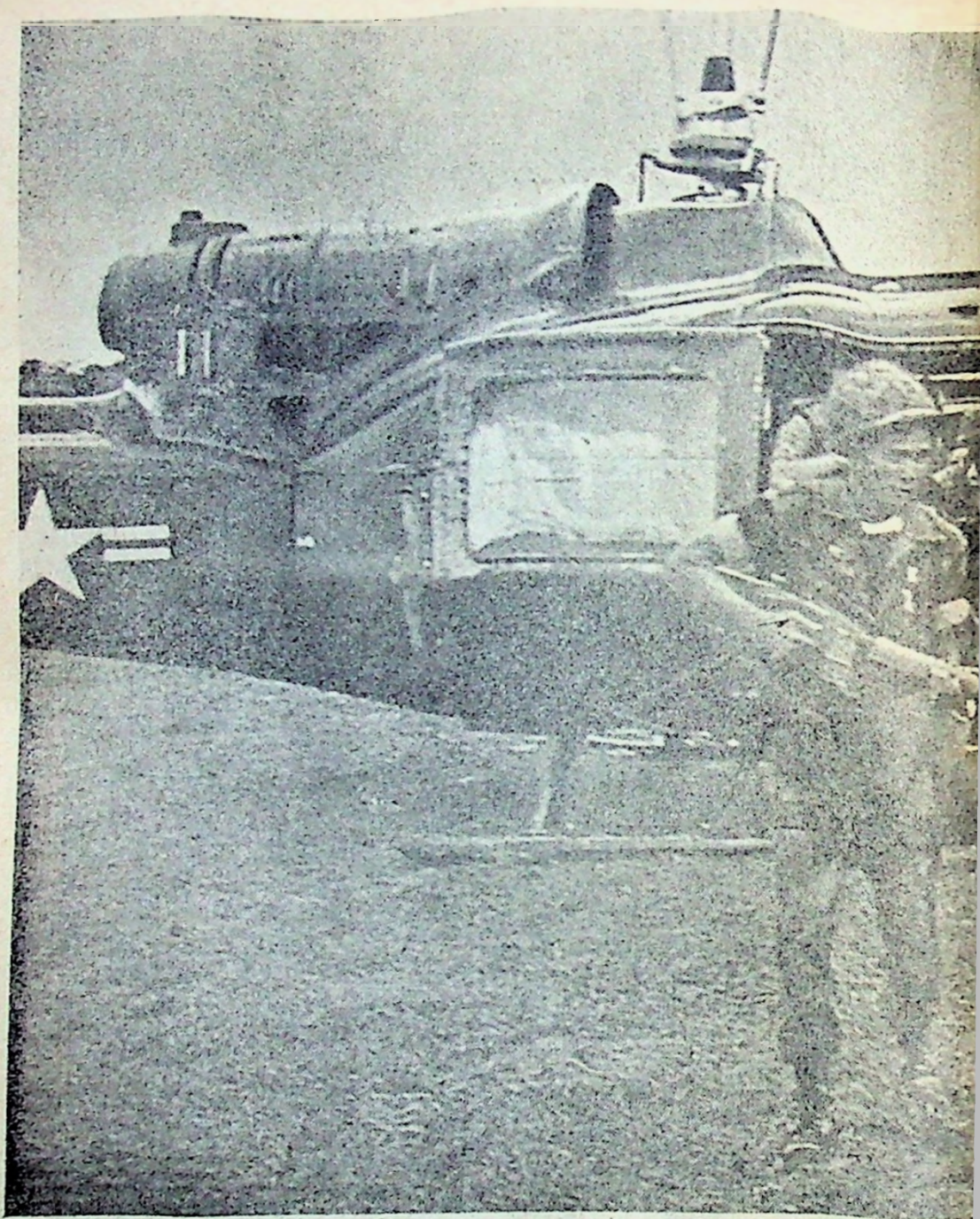
Estudiantes vietnamenses expresan en Saigón su protesta, contra el régimen despótico feudal que los oprime. Es sabido que los regimenes feudales y monárquicos atrasados, fueron combatidos en su hora por la burguesía naciente que se apoyó en las masas populares para acceder al poder. Hoy los más destacados representantes del capitalismo moderno, encuentran que su mejor aliado en sostener el régimen económico del imperialismo, de "defensa de la democracia occidental" está precisamente en esos bárbaros representantes de regimenes caducos.



Las protestas populares, por una vida digna, o por la soberanía nacional, intentan ser acalladas con procedimientos como el que ilustra el grabado. El empleo de gases por las fuerzas represivas (llamadas del orden) ya es de uso común en todo el orbe, sujeto al régimen del imperialismo.



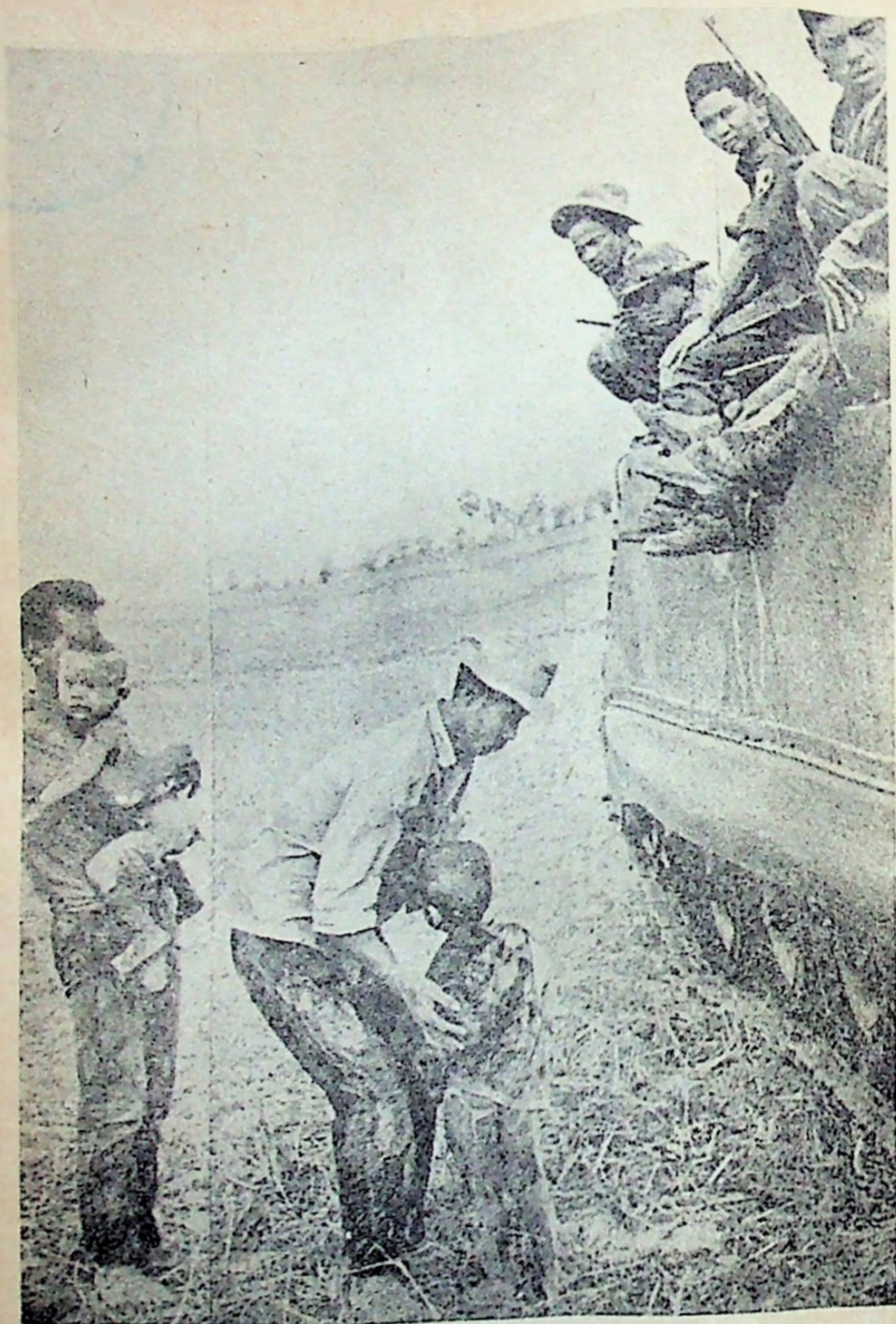
Y cuando ello no es suficiente, se apela a otros métodos que también ya son comunes en esta época de la "civilización moderna".



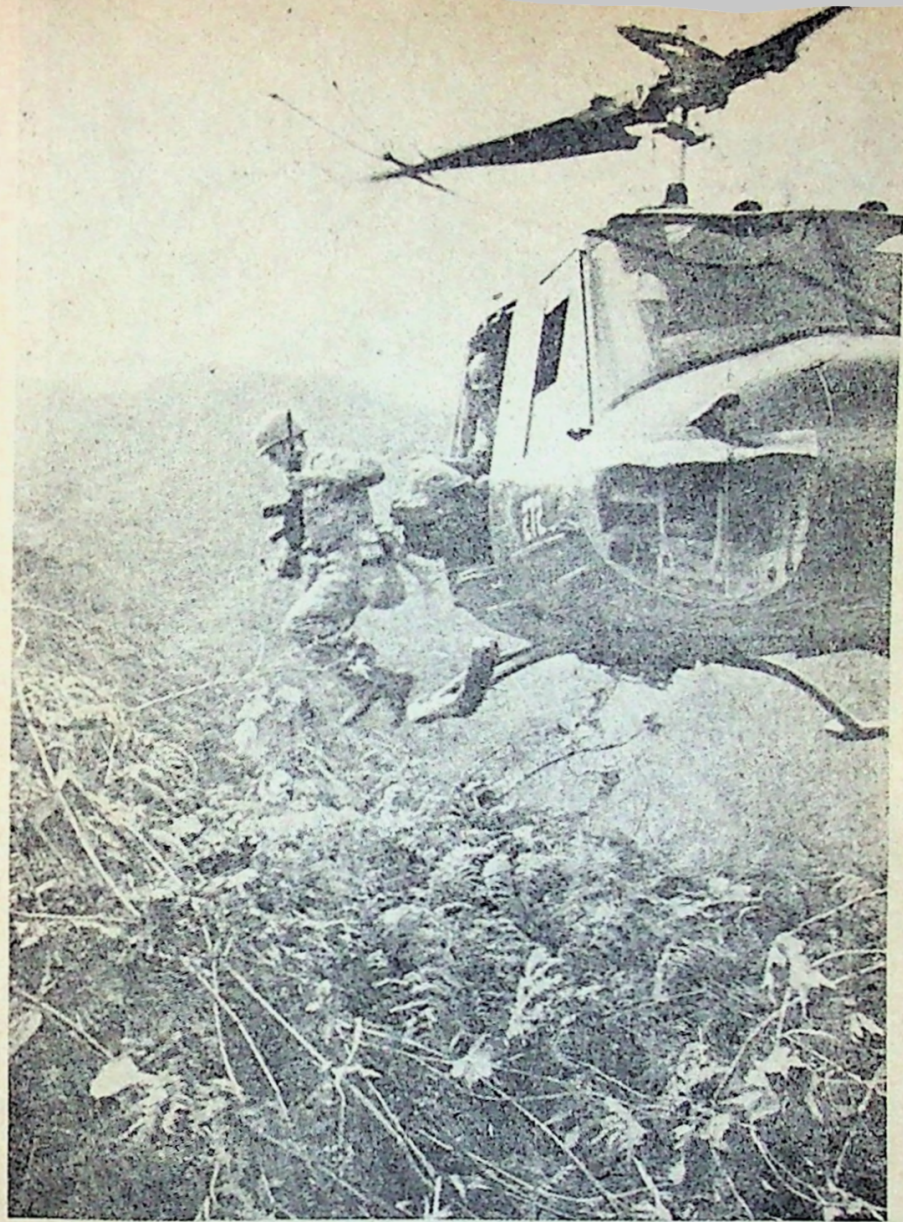
Pero cuando dichos métodos "persuasivos" no logran acallar la
lucha popular alcanza mayores niveles, el brazo armado del si-
cuentemente lo ilustra el grabado. El moderno armamento que
ultimar a un joven campesino



luntad de los pueblos de lograr una vida más justa y libre, y la
nma imperialista muestra todo el poder de su "garrote", como elo-
nmerosamente" suministran los monopolios, va a ser utilizado para
vietnamita hecho prisionero.



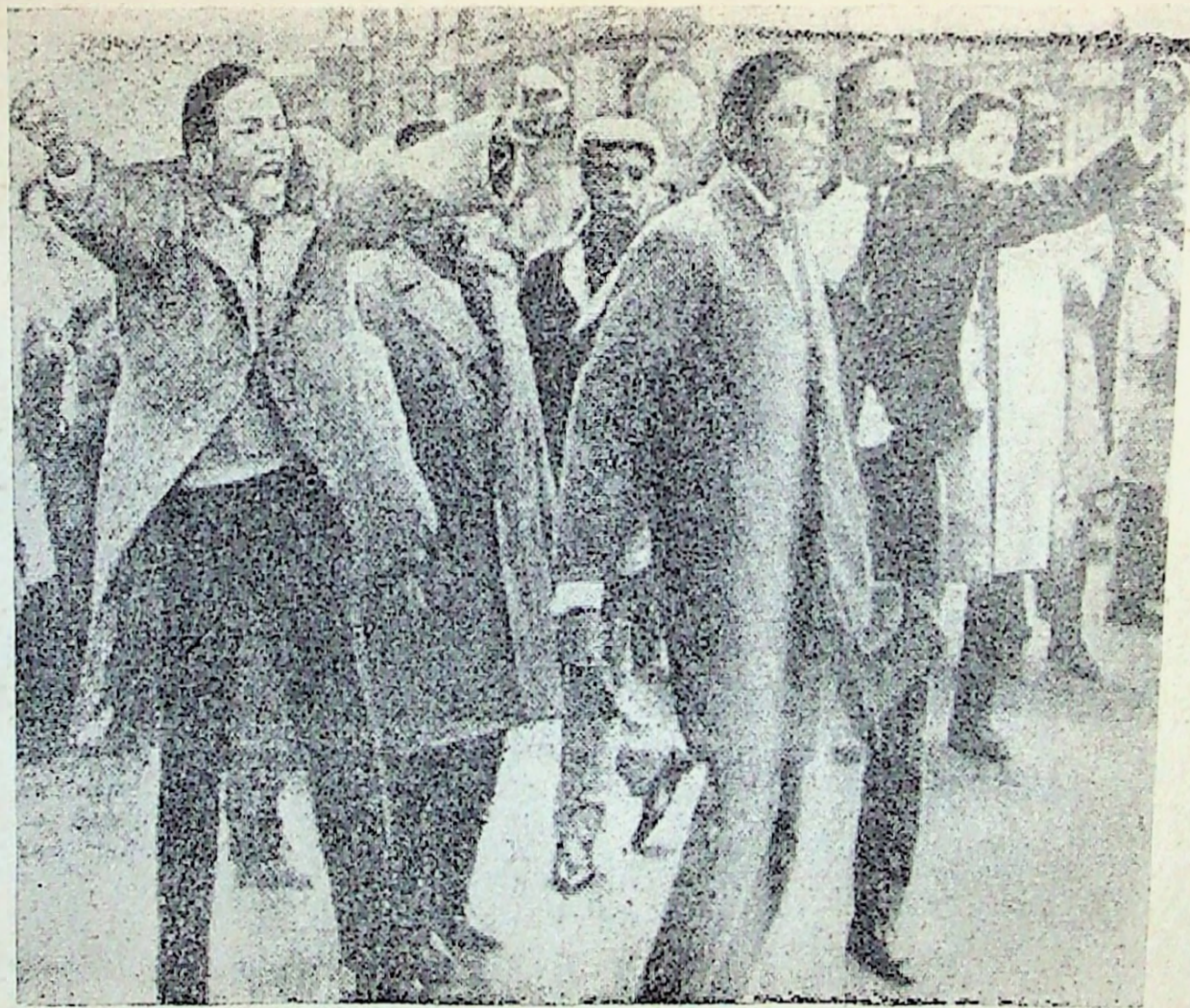
Las bombas de napalm (nafta gelatinosa) produce estragos en la población civil de los pueblos campesinos de Vietnam. ¿Se habrán convencido estos niños, "de la razón" que asiste a los agresores?



Día a día crece la preocupación de los monopolios imperialistas. Su régimen económico, basado en la "producción social" de los bienes (con el esfuerzo de todos), y el disfrute a cargo de un sector privilegiado (las clases altas y sus servidores), lleva en su entraña el germen revolucionario: el deseo de los trabajadores de que también el usufructo de los bienes sea social (socialismo). Para prevenir esa perspectiva cercana, el imperialismo crea modernos destacamentos armados de "lucha antiguerrillera". En la foto, realizando ejercicios.



El asesinato de los líderes más concientes de los pueblos sojuzgados que despiertan a la lucha, pasa a ser otra de las "modalidades" represivas del sistema imperialista. El precepto bíblico de "no matarás" no es obstáculo para conseguir obsecuentes mercenarios para ejecutar los crímenes. En el grabado, el legendario líder congoleño Lumumba preso, en vísperas del crimen.



En todas partes del mundo, al igual que estos estudiantes africanos en París, frente a la embajada Belga, se expresa la indignación de los pueblos por el aleroso asesinato.



El muro muestra rastros de las balas disparadas contra el pueblo por las tropas de ocupación de los monopolios. Pero expresa también la indignación de la gente sencilla del pueblo.



Fidel Castro, un líder muy discutido. Mientras los monopolios consideraron que se trataba de un muchacho romántico, soñador inofensivo, que agitaba solamente la esperanza de justicia y redención de su pueblo; no había peligro. Pero el querer hacer realidad dichos sueños, alfabetizando al pueblo, nacionalizar las empresas en manos de extranjeros para que el "producto social" quede en el país y para el pueblo, dando la tierra a los campesinos, créditos, maquinaria, semilla; salir del monocultivo, desarrollar industrias, construir el socialismo ("usufructo social"), terminó siendo una personalidad "odiosa" para los monopolios.

III

LA UBICACION HISTORICA DEL IMPERIALISMO

1. EL IMPERIALISMO ES LA FASE MONOPOLISTA Y ULTIMA DEL CAPITALISMO

El imperialismo no suprime los atributos fundamentales del viejo capitalismo. La explotación de los obreros, la ruina de los campesinos, la depauperación de los trabajadores, el enriquecimiento de la reducida clase de los capitalistas, la falta de planificación de la economía y las crisis económicas: todas estas características del capitalismo subsisten y son rasgos imprescindibles del imperialismo. Pero a los viejos atributos del capitalismo, el imperialismo añade además una serie de nuevas peculiaridades que acentúan en extremo las contradicciones del capitalismo, que lo convierten en capitalismo agonizante. El imperialismo no es un régimen social especial, distinto del capitalismo, sino la fase de desarrollo del capitalismo en que éste debe y puede ser sustituido por otro régimen social superior, por el socialismo. El imperialismo, como escribió Lenin, abre la era de la revolución social.

¿En qué consiste el rasgo económico cardinal del imperialismo? En la sustitución de la libre competencia por el monopolio. Este halla su expresión en la formación de asociaciones monopolistas (cárteles, sindicatos, trusts, consorcios), en la concentración de la inmensa masa de los capitales monetarios de todo un país en manos de unos cuantos grandes bancos (fundación de trusts bancarios), en la conquista de las fuentes principales de materias primas y de combustible por las asociaciones monopolistas, en la creación del sistema colonial del imperialismo, en la posesión monopolista de colonias como consecuencia del reparto del mundo, de la esclavización y la explo-

tación más cruel de los pueblos coloniales, de la lucha por el reparto y el nuevo reparto del mundo (monopolio colonial).

Al intervenir en la producción y en los asuntos bancarios, al controlar los mercados de materias primas y los de venta, al poseer el monopolio de las colonias y semicolonias, al subordinar a países enteros, inclusive los políticamente independientes, la burguesía monopolista establece su dominio sobre la vida de las naciones, sobre extensas regiones del globo terráqueo. En el imperialismo, los frutos del trabajo social los recibe un puñado de monopolistas, pero las masas trabajadoras vegetan en la indigencia y la pobreza. La esencia del imperialismo, su rasgo económico cardinal, reside en la dominación del monopolio.

He ahí por qué al imperialismo se le puede llamar en forma sucinta capitalismo monopolista.

Esta breve definición abarca lo principal en el capitalismo moderno, a saber: que los monopolios son la fuerza decisiva de la vida económica de la sociedad capitalista. Lenin señala: "El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo, en la cual ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido una importancia de primer orden la exportación del capital, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y terminado el reparto de todo el territorio del mismo entre los países capitalistas más importantes".

En esta definición del imperialismo se subrayan sus rasgos económicos principales. Pero necesitamos elucidar también la actitud del imperialismo frente al capitalismo en general y respecto del socialismo, es decir, hace falta esclarecer la ubicación histórica del imperialismo. Esto es importante en extremo para tener en cuenta las nuevas condiciones de la lucha de la clase obrera y la definición de sus tareas prácticas en la lucha por el derrocamiento del capitalismo.

Al definir su ubicación histórica, Lenin escribió: "El imperialismo es una fase histórica peculiar del capitalismo que tiene tres particularidades: es: 1) capitalismo monopolista; 2) capitalismo parasitario o en descomposición; 3) capitalismo agonizante".

El imperialismo es el capitalismo que ha entrado en la última fase de su desarrollo. En esta etapa, la revolución socialista es prácticamente ineluctable.

¿Por qué? Porque el capitalismo monopolista crea todas las condiciones materiales indispensables para el tránsito al socialismo. Al mismo tiempo, se van forjando las fuerzas revolucionarias que pueden y deben realizar ese tránsito. El dominio de los monopolios conduce al recrudecimiento extremo de las contradicciones del capitalismo, a la opresión insoportable de los pueblos, a la necesidad de la sustitución revolucionaria del capitalismo por el socialismo.

Los monopolios vinculan entre sí a empresas gigantescas, unifican el trabajo de centenares de miles de hombres, usurpan los mercados de venta, las fuentes de materias primas y de combustibles, se apoderan de las realizaciones científico-técnicas, disponen de cuadros obreros, ingenieros y técnicos calificados, llevan al límite la socialización capitalista de la producción. Pero de los frutos del trabajo social, gozan los monopolios.

De ejemplo típico puede servir EE. UU., donde el puñado de multimillonarios que domina descaradamente, disfruta de todos los resultados del trabajo social, mientras el pueblo se encuentra bajo el penoso yugo de los monopolios.

Estos han intensificado aun más la opresión y el dominio sobre la vida de la nación, subordinando el Estado burgués. En el capitalismo, el Estado es un instrumento de dominación de la burguesía sobre los trabajadores. Las formas de Estado pueden ser distintas. En unos países, por ejemplo Inglaterra, puede ser una monarquía constitucional. En otros, por ejemplo, EE. UU., puede ser una república. Mas por doquier y en todas partes la esencia del Estado capitalista es la dictadura de la burguesía. Al dominar la economía, mantiene en sus manos todos los instrumentos y resortes del poder. El aparato estatal está sometido a la burguesía, y dicho aparato se preocupa de defender las condiciones generales de la explotación de los obreros y de todos los trabajadores. Toda la legislación, todos los órganos judiciales, el ejército, la policía, las cárceles, están dirigidos contra las masas populares.

Bajo el imperialismo, el Estado, como hemos dicho ya, es un instrumento de dominación de la burguesía imperialista.

En la época imperialista, el Estado no se circunscribe únicamente a proteger las condiciones generales de la explotación capitalista. También antes el Estado burgués se inmiscuía en la vida económica. Pero esa labor económica tenía entonces un carácter limitado. Del Estado se exigía que adoptase medidas

para meter en cintura a los trabajadores, que protegiera las condiciones generales de explotación de la clase obrera. En la época del imperialismo, la labor económica del Estado burgués se amplía considerablemente y adquiere nuevos rasgos cualitativos. Naturalmente, también en la actualidad interviene como protector de las condiciones exteriores generales de la producción capitalista, pero su papel no se limita a eso. El Estado se inmiscuye directamente en la vida económica, para asegurar las superganancias a los monopolios.

Además de los monopolios privados, surgen los de Estado. El Estado burgués se hace el mayor propietario. En sus manos están concentrados los bancos, las empresas nacionalizadas y ramas enteras de la industria. Con los impuestos recaudados construye nuevas empresas de la industria de guerra. Es cosa sabida que también antes el Estado tenía propiedades. Pero, hablando en rigor, explotaba únicamente los medios de comunicación (ferrocarriles, correos, teléfonos y telégrafos). Le era inconveniente regir la producción en ramas enteras de la industria. Hoy, además de poseer propiedades inmensas, rige la producción en ramas enteras de la economía.

Pero lo principal no reside en que el Estado es un gran propietario, sino en que, al intervenir directamente en la vida económica, asume la función de garantizar la dominación y los intereses de los monopolios, la misión de su "salvamento" del hundimiento ineluctable. El Estado, particularmente en un período de guerra, distribuye los materiales deficitarios, las materias primas, el combustible, la mano de obra. Además, regula la economía de manera que de esa regulación salgan ganando los grandes monopolios. Concede a los monopolios diferentes franquicias, les entrega en forma de subsidios recursos enormes, coloca en sus empresas grandes pedidos, en primer término militares, contribuyendo con ello al aumento de las ganancias monopolistas. Y al mismo tiempo compra a precios elevados toda la producción de materiales de guerra fabricada por los monopolios. Simultáneamente, éstos utilizan el Estado como ariete para abrirse paso allende las fronteras de sus países.

Lo utilizan para mantener los altos precios monopolistas en el mercado interior. Por medio del Estado, a las mercancías extranjeras que se importan al país se les imponen altos aranceles aduaneros, con lo que los monopolios se protegen de la

competencia foránea en el mercado interior. Mientras tanto, para la conquista de nuevos mercados exteriores, los monopolistas, con el concurso del Estado, organizan la exportación de mercaderías a otros países a precios de *dumping* (muy bajos), manteniendo altos precios monopolistas en el mercado interior. También utilizan el Estado para conquistar colonias, imponer préstamos leoninos a los países subdesarrollados, firmar convenios comerciales ventajosos, obtener concesiones rapaces, etc. etc.

Los monopolios han convertido el presupuesto público en su comedero. La mayor parte de los impuestos que el Estado extrae de los trabajadores por distintos conductos va a parar a los bolsillos de los mismos monopolistas. En la época del imperialismo, los monopolios refuerzan considerablemente todos los medios de coerción y de violencias estatales a fin de mantener a raya a los obreros, para aplastar su resistencia y sofocar su lucha, para intensificar su explotación. Utilizan el Estado para reprimir el movimiento de liberación nacional en las colonias.

De esa manera, la enorme fuerza de los monopolios se une a la del aparato estatal con el fin de enriquecerse y conservar su dominio. En ello estriba la esencia del capitalismo monopolista de Estado.

Su crecimiento no significa que en el desenvolvimiento del capitalismo haya comenzado una nueva fase, distinta del capitalismo monopolista, del imperialismo. No significa tampoco que el Estado se haya transformado en un tribunal de arbitraje, que defiende por igual los intereses del trabajo y los del capital. Únicamente significa que la fuerza de los monopolios y la del Estado están unidas en un mecanismo único, subordinado por completo a los intereses egoístas de los monopolios. El capitalismo monopolista de Estado no ha modificado la situación de las clases fundamentales de la sociedad en la producción. Como antes, los monopolios continúan siendo la base de la vida económica. En manos de la burguesía monopolista está concentrada la riqueza del país. Y los obreros, como antes, son sometidos a la explotación. El poder político en los países del capital está dirigido contra los hombres de trabajo. Las condiciones de lucha de los trabajadores por sus intereses económicos se han hecho más difíciles. Ahora, los obreros tienen que luchar, no contra capitalistas aislados, sino contra el fren-

te único del capital monopolista y el Estado burgués. Ahora, junto con los monopolios, y contra la clase obrera, los campesinos y granjeros, lucha también el Estado. En cuanto los obreros hacen uso de su derecho de huelga, el Estado se inmiscuye en el conflicto laboral, poniéndose siempre de parte de los monopolios. El gobierno pone en juego su fuerza armada, las tropas, para quebrantar la voluntad de los obreros.

La burguesía imperialista busca su salvación en el capitalismo monopolista de Estado. Cuanto más hondas y agudas son las contradicciones del imperialismo, más activamente recurren los monopolios a las medidas del capitalismo monopolista de Estado, al concurso del Estado. Las guerras mundiales, las crisis económicas y otras conmociones políticas y económicas que se producen en el campo del imperialismo, contribuyeron a acelerar el crecimiento del capitalismo monopolista de Estado. Pero las contradicciones del imperialismo no se debilitaron, sino, al contrario, se agravaron. El mismo desarrollo del capitalismo monopolista de Estado demuestra la necesidad del tránsito al socialismo. Con sus actos, los monopolios confirman a cada paso que son enemigos de la nación, y se alzan como un freno en la senda de la solución de los magnos problemas sociales, ya maduros. Esta es la razón de que todas las fuerzas progresistas dirijan su lucha contra los monopolios; a ello se debe que se agrupen en un frente único antimonopolista.

El alto grado de socialización de la producción no se reconcilia ya con la propiedad privada de los medios de producción. El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad es imposible si no se destruye la propiedad privada capitalista, si no se entrega la tierra, las fábricas, las minas y los bancos en propiedad a toda la sociedad. Las crisis económicas y las guerras mundiales que se producen en la sociedad burguesa, que conducen a la devastación, a la muerte estúpida de millones de seres, exigen insistentemente la destrucción de las relaciones capitalistas.

El alto nivel de socialización de la producción significa que el capitalismo, en la fase del imperialismo, ha llevado de lleno a la sociedad humana al socialismo, para el cual se han creado todas las condiciones materiales indispensables. La sociedad debe suprimir a los capitalistas por la vía revoluciona-

ria, tomar en sus manos las fábricas, los bancos, la tierra, para utilizarlos en bien de todo el pueblo.

2. EL IMPERIALISMO ES EL CAPITALISMO PARASITARIO O EN DESCOMPOSICION

En el período premonopolista de desarrollo del capitalismo, la libre competencia obligaba a los capitalistas, bajo la amenaza de la ruina, a perfeccionar constantemente la técnica. En el imperialismo, los monopolios pueden, durante cierto tiempo, mantener artificialmente los precios a un alto nivel y obtener las ganancias máximas. Por eso, no siempre están interesados, ni mucho menos, en aplicar los adelantos técnicos, en sustituir los modelos anticuados de máquinas y equipos por otros más perfeccionados y productivos.

La ciencia y la técnica se desarrollan ininterrumpidamente, amplian el poder del hombre sobre la naturaleza. El imperialismo reduce las posibilidades de aplicación de los nuevos descubrimientos e inventos más prometedores. Los cárteles y trusts, con fines egoístas, frecuentemente compran las patentes de los principales inventos y las mantienen en secreto. Aplican los últimos adelantos únicamente cuando les prometen ganancias más altas.

La ciencia y la técnica modernas han planteado, en la orden del día, la vasta automatización de la producción. En el capitalismo, la automatización está supeditada exclusivamente a los fines de los monopolios. A consecuencia de ello, se vuelve contra la clase obrera: provoca el aumento del desempleo en masa y la baja del nivel de vida de los obreros. Su introducción conduce en la sociedad capitalista moderna a la permanente utilización incompleta del potencial de la industria, al incremento del ejército de desocupados.

Eso significa que el imperialismo obstaculiza el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, frena el progreso de la técnica, su implantación en la producción.

En efecto. Después de dividir el mundo capitalista en dos partes —metrópolis y colonias—, el imperialismo se cruzó en el camino de la industrialización de los países coloniales y semicoloniales. Estos países han sido convertidos en apéndices proveedores de productos agrícolas y de materias primas a las

metrópolis. Los monopolios cayeron cual plancha de plomo sobre la economía de esos países, condenándola al atraso secular.

El papel reaccionario del imperialismo y la descomposición del capitalismo se manifiesta claramente en la persistencia del retraso que se observa en la mayoría de los países del mundo capitalista.

Los monopolios han paralizado el desarrollo de las fuerzas productivas en muchos países de Asia, Africa y América latina. Pero no pueden aprovechar las fuerzas productivas modernas tampoco en el interior de los países imperialistas. Remitámonos de nuevo al ejemplo de Estados Unidos. En este país existe la mayor cantidad de fábricas y establecimientos industriales. Dispone prácticamente de una cantidad ilimitada de materias primas y combustible. Hay cantidad suficiente de brazos obreros. Y pese a ello las fábricas en los últimos tiempos se utilizan allí aproximadamente sólo en dos terceras partes de su potencial. En el período posbélico, hay permanentemente varios millones de desocupados, sin hablar ya de la década de preguerra, cuando los desempleados ascendían a 10 millones, y a veces a más. Nunca, en ninguna época de la humanidad, se conoció un cuadro semejante. ¿Acaso no es esta la manifestación más evidente de la descomposición del capitalismo? ¿Acaso los hombres no tienen derecho a preguntar si es posible resignarse a tal régimen social, en el que las fábricas no funcionan a pleno rendimiento y todas las personas tienen trabajo solamente cuando los imperialistas desencadenan una guerra mundial y niegan trabajo y paralizan las fábricas cuando termina la guerra?

La producción se desarrolla a ritmo elevado en la economía nacional de la Unión Soviética y demás países socialistas.

La producción social se desenvuelve en estos países invulnerable, constante y a un ritmo varias veces más veloz que la capitalista. Desde luego, su desarrollo en los países capitalistas no se detiene. No puede permanecer estancada aunque sólo sea por el hecho de que la población de esos países aumenta. Pero la producción crecería en ellos a un ritmo mucho más rápido, y los países subdesarrollados podrían superar en breve plazo su atraso, si no se lo impidiesen los imperialistas. Sólo bajo el imperialismo se puede observar que en el mundo existen millones de seres necesitados y hambrientos, mientras en EE. UU., al mismo tiempo, se reducen las áreas de siembra

y producción de artículos agrícolas. El gobierno de ese país ha retirado del cultivo —a través del Banco Agrícola— 28 millones de acres de tierra fértil, pagando a los granjeros enormes sumas de dinero sólo para que dichas tierras no fuesen sembradas. Eisenhower, ex presidente de EE. UU., en su mensaje al Congreso del 9 de febrero de 1960 proponía ampliar hasta 60 millones de acres —a través del Banco Agrícola— la superficie de tierra no aprovechada. Además, se retiraron del mercado 9.000 millones de dólares de productos agrícolas “excedentes”, parte de los cuales fue destruido deliberadamente.

La descomposición del capitalismo se manifiesta asimismo en el crecimiento del parasitismo, que se evidencia en todos los aspectos de la vida económica y social de la sociedad capitalista. Si en el siglo XIX la burguesía todavía participaba en la producción y dirigía las empresas, en la época del imperialismo la mayor parte de los capitalistas ha perdido toda ligazón con la producción. La burguesía monopolista es un tumor maligno en el organismo social. El gobierno de las empresas se encuentra en manos de personal técnico asalariado, pero toda la ganancia la recibe el capitalista, que es el propietario de la empresa.

La mayor parte de los terratenientes y de la burguesía se han convertido en rentistas, es decir, que poseen títulos-valores (acciones, obligaciones) y viven de los ingresos de ellos. En 1960, en EE. UU., los ingresos de los rentistas ascendían a un total de 40.800 millones de dólares. Allí estos ingresos parasitarios rebasan el valor de la renta nacional de la India, con sus cuatrocientos millones de habitantes.

El parasitismo se intensifica con la exportación de capital. Como resultado de ello crece el número de rentistas y sus ganancias. Por ejemplo, en 1913 en Norteamérica las de los rentistas, procedentes de los títulos-valores, fueron de casi 2.000 millones de dólares, y en 1931 ascendieron a más de 8.000 millones. Es decir, casi una vez y media más que todos los ingresos monetarios obtenidos por los 30 millones de granjeros norteamericanos en ese mismo año.

El carácter parasitario del capitalismo en el período del imperialismo también se expresa claramente en el hecho de que países imperialistas enteros, como rentistas, conceden a otros préstamos usurarios, los supeditan en el orden económico y político, extrayendo de ello beneficios inmensos.

En el período del imperialismo alcanza proporciones colosales el número de personas que no trabajan en la producción, que no crean valor alguno, que se dedican exclusivamente a servir a la burguesía. Crece el número de empleados del aparato estatal, de policías y carceleros. Aumentan los desembolsos improductivos de todo género, en forma de gastos en anuncios, etc.

La descomposición del capitalismo se manifiesta también en el atraso de la agricultura y la industria. En el mundo capitalista, la agricultura está equipada con relativamente poca maquinaria, y en los países coloniales y en algunos subdesarrollados se carece en absoluto de ella. El capitalismo es incapaz de utilizar la ciencia moderna para ejecutar trabajos en vasta escala a fin de elevar la fertilidad del suelo. Pero en cambio suben los precios de la tierra, aumenta la renta, y a los bolsillos de los terratenientes y monopolistas, que llevan una vida de parásitos, afluyen millones y millones.

Riquezas inmensas creadas por el trabajo de los obreros son absorbidas por los gastos descomunales en la carrera armamentista y en las guerras. Los gastos improductivos que éstas provocan constituyen el rasgo más característico del capitalismo en descomposición. Un ingeniero alemán ha calculado que las guerras del siglo XX han costado cinco billones de dólares. Esto es una suma gigantesca. ¡Cuánto habría ganado la humanidad si esos recursos se hubiesen invertido en fines productivos! La guerra, a la vez que es uno de los procedimientos principales para extraer los máximos beneficios para los capitalistas, destruye implacablemente a millones de trabajadores y enormes valores materiales.

Se produce la corrupción de la ciencia y la cultura burguesas. La ciencia burguesa moderna es un vivero de "teorías" misantrópicas y de oscurantismo de todo género. Trata por todos los medios de justificar la política de pillaje y de exterminio de los pueblos. Con la difusión de las ideas deletéreas del chovinismo y el racismo intentan indisponer entre sí a las naciones, avivar la hostilidad y el odio nacionales. Con la prédica de "teorías" raciales, de concepciones reaccionarias sobre el valor desigual de las razas humanas, el imperialismo se esfuerza por encubrir su política bandidesca de opresión de los pueblos.

La descomposición del capitalismo se expresa igualmente

en la formación de la llamada burocracia obrera en los países capitalistas. La burguesía la soborna, para escindir con su concurso a la clase obrera y socavar sus fuerzas desde el interior. La burocracia obrera, corrompida por las migajas que le echa la burguesía, se convierte en una agencia de ésta en el movimiento obrero. Esta burocracia ocupa los puestos dirigentes en los sindicatos reformistas, en las cajas de seguro de enfermedad, en las cooperativas, en las municipalidades urbanas, etc. Por el género de ocupaciones y sueldos, los representantes de la burocracia obrera constituyen la categoría de lacayos que trabajan para la burguesía. Distanciándose cada vez más de la clase obrera, constituye el núcleo activo de los partidos reformistas, es un puntal de la burguesía, sirve en cuerpo y alma al imperialismo.

Los reformistas se pronuncian contra la lucha revolucionaria de los obreros por la emancipación de la esclavitud asalariada capitalista. Si hasta el presente, en muchos países, la burguesía permanece en el poder, la causa principal de ello se debe a la labor traicionera de los partidos reformistas, que a menudo se encubren con la denominación de socialistas, pero que en la práctica defienden los intereses de la gran burguesía. Por eso, la tarea esencial de la clase obrera y de los partidos comunistas consiste en desenmascarar a esos reformistas burgueses como traidores a la causa de la clase obrera.

3. EL IMPERIALISMO ES EL CAPITALISMO AGONIZANTE

El imperialismo agrava en extremo todas las contradicciones del régimen burgués.

En primer lugar, exacerba la que existe entre el trabajo y el capital. Además de la fundamental entre el trabajo y el capital, entre la clase obrera y la burguesía, surgió y recrudece la contradicción entre el puñado de monopolios y la inmensa mayoría de la nación. La profundización se produce como consecuencia del aumento de la explotación al proletariado, de la ruina de los campesinos y la depauperación de todos los trabajadores. Los omnipotentes monopolios capitalistas, después de subordinar el Estado burgués, refuerzan la ofensiva sobre el nivel de vida de la clase obrera y amputan los derechos políticos y económicos de los trabajadores, ya de por

sí mutilados. El abismo entre la riqueza de la burguesía monopolista, por un lado, y la miseria de las masas populares, por otro, se agranda cada vez más. La clase obrera y todos los trabajadores de los países capitalistas se alzan cada vez más enérgicos y activos en la lucha contra el yugo y la explotación imperialistas. Se agrupan cada vez más estrechamente en torno de los partidos revolucionarios obreros y comunistas, y bajo su dirección sostienen la lucha por el derrocamiento del poder de los capitalistas. El imperialismo lleva de lleno a la clase obrera a la revolución.

En segundo lugar, se profundiza la contradicción entre los países coloniales y dependientes, de un lado, y los Estados imperialistas, de otro.

Los imperialistas intensifican el saqueo de las colonias, pero al explotar a los pueblos de éstas, se ven obligados a construir fábricas y ferrocarriles. En las colonias crece el proletariado autóctono, nace la intelectualidad local. Se robustece la alianza de la clase obrera y del campesinado, se acrecienta su conciencia nacional. En las colonias y semicolonias se intensifica el movimiento de liberación nacional contra el imperialismo. Esto conduce inevitablemente al hundimiento del sistema colonial del imperialismo.

En tercer lugar, crece la contradicción entre los propios Estados imperialistas en la lucha por territorios ajenos. Los imperialistas de cada país se esfuerzan por mantener las viejas fuentes de materias primas y conquistar otras nuevas, ampliar a costa de otros sus mercados de venta de productos y de exportación de capital.

La carrera de las superganancias monopolistas conduce al recrudecimiento de la lucha entre los países imperialistas. Estos luchan por los mercados, las fuentes de materias primas, las esferas de influencia y el dominio mundial. Sin embargo eso está ya repartido. El reparto de territorios en el globo terráqueo ha terminado hace mucho tiempo. Pero, ¿pueden los imperialistas conformarse con el reparto ya consumado? No, no pueden. Porque al capitalismo le es inherente el desarrollo desigual. De un modo desigual se desarrollan ramas y empresas aisladas, de un modo desigual se desarrollan asimismo países enteros. En el período premonopolista, este desarrollo desigual trascurrió más o menos paulatinamente. Era el período en que en el globo terráqueo existían territorios exten-

sos no ocupados por nadie. El país capitalista desarrollado podía aumentar sus posesiones a costa de los territorios aún no conquistados. Las cosas trascurrían sin choques bélicos de escala mundial.

La situación cambia radicalmente bajo el imperialismo. En las condiciones del imperialismo, la desigualdad del desarrollo se produce a asaltos, recrudece y se intensifica de manera gigantesca. Los países capitalistas que se habían rezagado en su desarrollo, han obtenido la posibilidad de utilizar la nueva técnica y de aventajar rápidamente, a saltos, a sus rivales, desplazando del mercado a los países del viejo capitalismo. El rápido desenvolvimiento de unos países y el atraso de otros se convierte en un fenómeno típico bajo el imperialismo. EE. UU. y Alemania, que entraron más tarde en la vía de desarrollo del capitalismo, hacia comienzos del siglo XX desplazaron con rapidez a Inglaterra, este antiquísimo país capitalista. Sin embargo, esos Estados no tenían entonces los mercados y las colonias con que contaba ya Inglaterra. El desarrollo a saltos de esos países se operó en condiciones en que el reparto de tierras en el mundo ya había terminado.

Con el tiempo, todo eso conduce a la alteración del equilibrio entre los países capitalistas. El grupo de ellos que se considera menos asegurado de materias primas y de mercados de venta, por lo general intenta cambiar la situación y reparar de nuevo el mundo a su favor. La contradicción entre el reparto existente del mundo y la nueva correlación de fuerzas lleva a la división del mundo en dos campos imperialistas hostiles. En la situación del dominio indiviso del imperialismo en el mundo, estas contradicciones provocaron dos terribles guerras mundiales.

Todas estas contradicciones convierten al imperialismo en capitalismo agonizante. Esto no significa que morirá por sí solo, que se pudrirá de raíz. Sin la revolución de la clase obrera, apoyada por las vastas masas trabajadoras, no puede ser destruido. La exacerbación extrema de todas las contradicciones capitalistas en el período del imperialismo significa que la revolución proletaria es prácticamente inevitable, está a la orden del día. El imperialismo es el preludio de la revolución socialista.

Los partidos comunistas en los países capitalistas, encabezando la lucha de la clase obrera, cohesionan en torno suyo

a las grandes masas trabajadoras. Bajo la dirección de los partidos marxistas-leninistas revolucionarios se robustece la alianza de la clase obrera con los campesinos. Esta alianza constituye la fuerza social llamada a destruir el capitalismo.

Después de estudiar los nuevos fenómenos existentes en el desarrollo del capitalismo, Lenin llegó a la conclusión de que es posible que el socialismo empiece triunfando en unos cuantos países capitalistas, o incluso en uno solo, aisladamente, pues el triunfo simultáneo del socialismo en todos los países es imposible debido a la madurez desigual de la revolución en ellos.

Lenin señala que no es obligatorio que la revolución socialista triunfe donde el capitalismo está más desarrollado y el proletariado constituye la mayoría de la población. La revolución socialista triunfa ante todo en aquellos países donde la cadena del frente imperialista es más débil. El imperialismo ha creado el sistema mundial de economía capitalista. En conjunto, este sistema está maduro para la revolución socialista. La insuficiencia de desarrollo de algunos países en el orden industrial no puede ser un obstáculo para la revolución socialista. Para el triunfo de ésta se necesita que en el país exista siquiera el nivel medio de desarrollo del capitalismo, se necesita la existencia de un proletariado revolucionario, de un partido marxista revolucionario, la existencia de un buen aliado del proletariado: los campesinos, capaces de seguir al proletariado en la lucha por el derrocamiento del imperialismo.

Lenin enseña que la revolución socialista triunfante en un país es el comienzo de la revolución socialista mundial y una potente base para su desarrollo sucesivo. El desarrollo de la revolución mundial puede producirse más rápida y firmemente, cuanto con más éxito se construya el socialismo y el comunismo en el primer país de la revolución socialista triunfante.

En las condiciones actuales, cuando el socialismo ha triunfado por completo y definitivamente en la URSS, cuando se ha creado el potente campo socialista, el eslabón más débil del frente imperialista puede ser también el de países en que la industria está muy débilmente desarrollada. Los trabajadores de esos países, después de instaurar su poder en condiciones propicias, con el apoyo de todo el campo socialista, sin pasar por el capitalismo, llegarán al socialismo.

IV

LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

1. LOS RASGOS FUNDAMENTALES DE LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO

Hemos caracterizado al imperialismo, su esencia y rasgos fundamentales, afirmando que es el capitalismo agonizante, el preludio de la revolución social de la clase obrera y de todos los trabajadores. La conclusión principal que se deriva de la teoría marxista-leninista del imperialismo, es que la revolución socialista es ineluctable. Esta representa para la clase obrera, los campesinos y todos los trabajadores el único camino para liberarse de la explotación y del yugo de los capitalistas y terratenientes, de los tormentos del trabajo forzado, de los sufrimientos y privaciones a que el imperialismo ha condenado a las masas populares.

La revolución socialista tiene un carácter internacional. Debe realizarse en todos los países, puesto que el dominio de las relaciones capitalistas en el mundo entero ha preparado todas las condiciones y premisas materiales indispensables para su triunfo. Sin embargo, la revolución socialista no puede producirse simultáneamente en todos los países al mismo tiempo. La desigualdad en el desarrollo económico y político de los países capitalistas conduce a que las revoluciones socialistas en los Estados burgueses no se produzcan simultáneamente, sino en tiempos distintos. En unos países triunfan antes, y en otros más tarde; pero deben inevitablemente realizarse en el mundo entero. Primero, la revolución socialista triunfó en un país que, como se sabe, fue Rusia.

Entre la victoria de la revolución socialista de la clase

obrero en el primer país y el hundimiento definitivo del imperialismo en todos los países media toda una época histórica: la del hundimiento del capitalismo y de afirmación del socialismo, que es precisamente la época de la crisis general del capitalismo.

Este conoce diferentes crisis: económicas, sociales y políticas. Hemos señalado ya que, en la sociedad capitalista (a partir de 1825), una vez cada 6, 8, ó 10 años se producen periódicamente crisis económicas. Las guerras son el resultado de las profundas crisis sociales y políticas. Suele haber también crisis políticas, a consecuencia de las cuales unos gobiernos burgueses vienen a sustituir a otros.

La crisis general del capitalismo se distingue de todas las anteriores. Significa que el capitalismo ha entrado en un período de su desarrollo en que la enfermedad mortal abarca todo su sistema. Esto no es una enfermedad cualquiera que pueda curarse. No es un viraje casual, un zigzag de la historia, sino un proceso que tiene que ocurrir, condicionado por las contradicciones del imperialismo. No es un fenómeno típico de un aspecto aislado de la vida del capitalismo. No, es una enfermedad que corroe todo el organismo del modo capitalista de producción. La crisis general no golpea a un país por separado o a un grupo de países capitalistas, sino a todo el capitalismo en conjunto, que no puede salir de esa crisis, como sale de las crisis económicas periódicas o de las guerras. La crisis general lo ha abarcado todo, desde la base hasta la cumbre: su régimen económico y estatal, su política e ideología. Ya no puede salir de esta crisis. No tiene salida. Bajo el peso de sus propias contradicciones, el capitalismo debe perecer. La sociedad puede, eso sí, acelerar el proceso únicamente por la vía revolucionaria.

¿En qué se expresa la crisis general del capitalismo? En que, a consecuencia de las revoluciones socialistas, del sistema del capitalismo se separan cada vez más y más países. Estos, después de formar el sistema socialista mundial de economía, compiten con el capitalismo en el terreno pacífico, en la esfera de la economía, la cultura, la ciencia, la técnica, poniendo de relieve su superioridad y debilitando con ello el régimen capitalista. La crisis general del capitalismo se expresa en la disgregación y en el hundimiento del sistema colonial. Los pueblos de los países coloniales y semicoloniales se al-

zan contra el imperialismo, conquistan la independencia política, crean sus Estados soberanos, nacionales. La economía capitalista se hace interiormente inestable; el capitalismo no está en condiciones de utilizar todas sus fuerzas productivas; parte de las fábricas se paralizan en tanto se incrementa el desempleo, el ritmo de desenvolvimiento de la economía se retarda en extremo. Crecen las contradicciones de la economía capitalista mundial. Recrudece la lucha de los trabajadores contra la burguesía. Los capitalistas intensifican la reacción política, mutilan las libertades y derechos democráticos de los trabajadores, instauran regímenes tiránicos, los cuales sofocan en sangre los movimientos populares. Pero todas estas medidas no pueden evitar el ascenso sucesivo de los movimientos antimperialistas de las masas, el desarrollo de la revolución socialista.

La esencia de la crisis general del capitalismo reside en que las revoluciones socialistas y de liberación nacional, la lucha revolucionaria de los trabajadores del mundo entero, lo debilitan notablemente, exacerban de manera inusitada sus contradicciones interiores, acentúan la corrupción y la disgregación del régimen burgués.

Así, pues, la crisis se agrava y profundiza, de un lado, como resultado del recrudecimiento de las contradicciones internas del capitalismo, de la intensificación de la lucha revolucionaria de los trabajadores contra éste, su descomposición y disgregación, y por otro lado, a consecuencia de la creciente potencia económica de los países socialistas, de su emulación exitosa con el capitalismo.

En el programa del Partido Comunista de la Unión Soviética se da la siguiente definición: "La crisis general del capitalismo se expresa en el hecho de que nuevos países se desgajan del capitalismo; se debilitan las posiciones del imperialismo en la emulación económica con el socialismo; se disgrega su sistema colonial; se agudizan las contradicciones del imperialismo al desarrollarse el capitalismo monopolista de Estado y el militarismo; se agravan la inestabilidad interna y la putrefacción de la economía capitalista, lo que se manifiesta en la creciente incapacidad del capitalismo para aprovechar la totalidad de las fuerzas productivas (ritmo bajo de crecimiento de la producción, crisis periódicas, desocupación crónica); cobra incremento la lucha entre el trabajo y el ca-

pital; se agravan enormemente las contradicciones de la economía capitalista mundial; aumenta inusitadamente la reacción política en todas las esferas, se renuncia a las libertades burguesas y en varios países se instauran regímenes fascistas, tiránicos: la ideología y la política burguesas experimentan una honda crisis”.

En su desarrollo, la crisis general del capitalismo ha atravesado una serie de etapas.

La primera guerra mundial (1914-1918) y, en particular, la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia, marcan el comienzo de esa crisis.

El 25 de octubre (7 de noviembre según el nuevo calendario) de 1917, la clase obrera y los campesinos pobres derrocaron el régimen capitalista y terrateniente en Rusia e instauraron el poder soviético. Por vez primera en la historia, los trabajadores empuñaron el timón del Estado. Fundaron su Estado: el Estado soviético de los obreros y campesinos.

Rusia era el eslabón más débil en la cadena del imperialismo. Era el nudo de todas las contradicciones. Allí, los trabajadores soportaban las formas más inhumanas de la opresión capitalista, colonial y militar. Esta opresión se intensificó aun más en el curso de la primera guerra mundial; el desbarajuste abarcó a todo el país. Mientras tanto, en el país había fuerzas capaces de derribar el zarismo y el capitalismo. A comienzos del siglo XX, el centro del movimiento revolucionario internacional se desplazó a Rusia. Allí maduraba y se desarrollaba la clase obrera más organizada. A ese proceso contribuyó el que la clase obrera estuviese concentrada en grandes fábricas; el proletariado acumuló así una gran experiencia revolucionaria. Contaba con un aliado tan seguro como el campesinado revolucionario. Al mismo tiempo, la burguesía rusa era flácida y cobarde, no poseía la experiencia, la habilidad y la astucia para engañar a las masas como lo hacía la de los países de Europa occidental. El partido de los comunistas preparó y condujo con seguridad a la clase obrera y a todas las masas trabajadoras revolucionarias al asalto del imperialismo y al triunfo de la revolución socialista.

La victoriosa Revolución Socialista de Octubre en Rusia abrió una enorme brecha en el régimen social capitalista. Liberó para siempre del yugo del capitalismo y llevó a la senda del socialismo a un país gigantesco. Significó un viraje radical

en la historia de la humanidad: del mundo viejo, explotador, al nuevo mundo socialista, que desconoce la explotación del hombre por el hombre, la opresión social y nacional. Abrió una nueva era en la historia de la humanidad: la del socialismo. El imperialismo entró en el período de su ocaso y hundimiento.

Así comenzó la crisis general del capitalismo.

La segunda etapa de la crisis general del capitalismo se desarrolla en el curso de la segunda guerra mundial, especialmente como resultado de la victoria de las nuevas revoluciones socialistas en Europa y Asia.

La segunda conflagración mundial, así como la primera, surgió como un resultado inevitable de las profundas contradicciones del imperialismo.

El equilibrio formado entre los países imperialistas, después del nuevo reparto del mundo a consecuencia de la primera contienda universal, resultó muy inconsistente. Las posiciones de Inglaterra y de Francia en el mercado mundial fueron debilitadas. Los monopolios norteamericanos, enriquecidos con los suministros bélicos, reforzaron considerablemente sus posiciones. La Alemania vencida restableció rápidamente su industria pesada y las fuerzas militares con la ayuda de capitales norteamericanos e ingleses, y comenzó a exigir un nuevo reparto de las colonias, los mercados de venta y las fuentes de materias primas. Japón emprendió el camino de la conquista de China. Italia inició la conquista de posesiones ajenas en Africa. De esa manera se produjo nuevamente la división del mundo capitalista en dos campos hostiles.

Tratando de resolver sus agudas contradicciones a expensas de la URSS, los imperialistas de EE. UU., Inglaterra y Francia azuzaban al imperialismo alemán y nipón contra la Unión Soviética. Hacían concesiones de toda suerte a los imperialistas alemanes y japoneses, estimulándolos por todos los medios a desencadenar una guerra antisoviética. Sin embargo, las contradicciones entre los propios países imperialistas, el deseo de hundir a sus rivales, resultaron tan fuertes, que en primer término la guerra comenzó entre ellos mismos.

La pérfida agresión de la Alemania hitleriana a la Unión Soviética tuvo consecuencias fatales, no sólo para el agresor, sino también para todo el mundo imperialista.

Las esperanzas de las potencias imperialistas, que contaban con el hundimiento, o por lo menos con un debilitamiento

considerable de la URSS como resultado de la guerra, fracasaron. La segunda conflagración universal, que tenía un carácter antifascista y liberador de los pueblos víctimas de la agresión fascista, terminó con resultados completamente imprevistos para los imperialistas. Culminó con la derrota total de los Estados fascistas y el reforzamiento de la URSS, con el crecimiento de su autoridad internacional.

Como resultado de la segunda contienda universal, del sistema imperialista mundial se desprendió una serie de países de Europa y Asia. La victoria de la revolución popular en China y la formación de la República Popular China asestaron un golpe demoledor a todo el sistema del imperialismo mundial. Este golpe estaba dirigido en primer término contra el imperialismo norteamericano, que intentaba convertir a China en su colonia.

Después del triunfo de Octubre de 1917, el acontecimiento histórico universal de mayor importancia es la victoria de las revoluciones socialistas en una serie de países de Europa y Asia. Desplegóse un proceso de crecimiento incontenible de las fuerzas del socialismo, de intensificación de su influencia en la marcha del desarrollo histórico de la sociedad humana.

A mediados de la década del 50 de nuestro siglo comenzó una nueva etapa, la tercera, de la crisis general del capitalismo. Esta etapa se ha desarrollado en condiciones pacíficas, no en medio de una guerra mundial. El comienzo de la nueva etapa de la crisis general del capitalismo no se puede vincular forzosamente con una guerra. Por lo común, no se puede suponer que las revoluciones socialistas están vinculadas obligatoriamente a una guerra. El hecho de que las dos conflagraciones universales, desencadenadas por los imperialistas, terminasen con revoluciones socialistas no significa, ni mucho menos, que la senda de la revolución socialista pase forzosamente por una guerra universal, sobre todo en nuestros tiempos, cuando existe el potente sistema socialista mundial. También en tiempos de paz se puede llegar a un cambio radical en la correlación de fuerzas entre el socialismo y el imperialismo, que suscite un brusco agravamiento de la crisis general del capitalismo. Así sucedió a mediados de la década del 50 de nuestro siglo.

¿Cuáles son los cambios que determinaron el surgimiento de la tercera etapa de la crisis general del capitalismo?

En primer lugar, los éxitos de los países socialistas en

todas las esferas de la vida condujeron a un serio progreso histórico en el desarrollo de la sociedad. Puede decirse, con pleno fundamento, que el socialismo ha obtenido una victoria definitiva y rotunda, no sólo en la URSS, sino también en los ámbitos de todo el sistema socialista. Hoy no hay en el mundo fuerzas que puedan retrotraer la historia, liquidar las conquistas socialistas y restablecer regímenes capitalistas en los países del socialismo. Esto introdujo un cambio radical en toda la situación internacional, comprendida la situación militar-estratégica. En su desarrollo, el socialismo ha alcanzado una posición desde la cual ha comenzado ya una nueva ofensiva económica en toda la línea, sobre el capitalismo, para, en un plazo históricamente corto, aventajarlo en todos los aspectos: en el peso relativo en la producción mundial, en la producción *per capita*, en la productividad del trabajo, en el nivel de vida. La victoria económica del socialismo sobre el imperialismo constituirá un potente acelerador del desarrollo social, del hundimiento del capitalismo.

Ya en nuestros días los progresos del sistema socialista mundial en el fomento de la ciencia y la técnica, en el terreno militar y en otros, han introducido un cambio tan radical en la situación internacional, que es posible, aun antes del triunfo del socialismo en la tierra, aun conservándose el capitalismo en una parte de ella, plantear como objetivo real de la política internacional la realización de tareas grandiosas: conjurar la guerra, llevar a cabo el desarme mundial, suprimir los regímenes coloniales y el atraso de los países subdesarrollados. La revolución socialista mundial, las fuerzas que la determinan, se han elevado a un nuevo peldaño, en la lucha contra el imperialismo, condicionando la entrada del capitalismo en la nueva etapa de su crisis general.

En segundo lugar, la nueva etapa de la crisis general del capitalismo se determina por el hecho de que la disgregación del sistema colonial del imperialismo se va transformando en su hundimiento total y universal. La combinación de las revoluciones socialistas con las nacional-liberadoras en un torrente común de lucha contra el imperialismo crea la posibilidad real de la supresión completa del oprobioso sistema colonial.

En tercer lugar, el paso a la nueva etapa de dicha crisis se debe al nuevo y brusco recrudecimiento de las contradicciones cardinales del imperialismo, que se acentúan al mismo

tiempo que el capital monopolista se va trasformando en capitalismo monopolista de Estado. Las posiciones del imperialismo se debilitan a consecuencia de que las grandes masas populares de los países capitalistas se incorporan a la lucha contra los monopolios. Un rasgo típico de la economía capitalista es su inestabilidad. Al mismo tiempo, el debilitamiento del imperialismo está ligado a la quiebra de su política "desde posiciones de fuerza". La crisis de la política y la ideología del imperialismo es una prueba evidente de la nueva etapa de la crisis general del capitalismo.

Esos son los cambios más importantes que condujeron, en la segunda mitad de la década del 50, en nuestro siglo, al comienzo de la nueva etapa de la crisis general del capitalismo.

La Gran Revolución Socialista de Octubre y el triunfo del socialismo en la URSS han ejercido un influjo poderoso en la marcha del desarrollo de la sociedad humana. La Revolución de Octubre refutó las patrañas de los científicos y políticos burgueses, de que los sistemas capitalistas son eternos e inmutables. La victoria del socialismo en la Unión Soviética ha demostrado que la clase obrera no sólo puede destruir el viejo mundo de la violencia y la explotación, sino que también sabe edificar un mundo nuevo, un mundo mejor, con el que los trabajadores soñaban a lo largo de los siglos. Todo esto dio un potente impulso a la lucha de la clase obrera internacional y de los pueblos coloniales por su emancipación del yugo del imperialismo.

En el mundo se está operando un gran proceso liberador revolucionario. Las revoluciones socialistas, las antimperialistas y nacional-liberadoras, las democráticas populares, el movimiento democrático general contra los monopolios y la opresión nacional, los vastos movimientos campesinos, la lucha de las masas populares por el derrocamiento de los regímenes fascistas y demás regímenes tiranos: todas estas revoluciones y todos estos movimientos se funden en un único proceso revolucionario mundial, que socava y destruye el capitalismo. No todas estas fuerzas ni todos estos movimientos se plantean como objetivo conciente la lucha por el derrocamiento del capitalismo, por el socialismo. Sin embargo, objetivamente, es decir, independientemente de la voluntad y la aspiración de los participantes en dichos movimientos, sus acciones están dirigidas contra el imperialismo, y, en resumidas cuentas, con-

tra el capitalismo. Porque este proceso revolucionario internacional no puede ser eliminado y se desarrolla felizmente, la crisis general del capitalismo se agravará inevitablemente, cada vez más. Las fuerzas del imperialismo se debilitarán; las fuerzas del socialismo crecerán.

El desarrollo del proceso revolucionario internacional ha modificado de manera cardinal el mapa político del mundo. En 1917 la Rusia socialista era una isla en medio del enfurecido mar imperialista. Ocupaba una sexta parte del globo terráqueo y tenía casi el 8 por ciento de la población del mundo entero. Ahora, el sistema socialista mundial ocupa el 26 por ciento del territorio del orbe y en él habita más de un tercio de la población mundial. Seis grandes potencias imperialistas —EE. UU., Inglaterra, Francia, Alemania, Japón e Italia— con sus colonias ocupaban, cuando se produjo la Revolución de Octubre de 1917, el 45,2 por ciento del territorio del orbe, y en ellas estaba concentrada casi la mitad de la población del mundo. Ahora ocupan casi la décima parte del globo terráqueo y cuentan con menos de un quinto de la población del mundo entero. Inmediatamente después de la Revolución de Octubre, las colonias, semicolonias y los llamados dominios ocupaban casi siete décimas partes del globo terráqueo y contaban con unos cuatro quintos de su población. Ahora el sistema colonial se ha disgregado; en las colonias ha quedado únicamente el 3 por ciento de la población del mundo y ocupan casi el 9 por ciento del globo terráqueo. Después de la segunda guerra mundial se emanciparon del yugo imperialista más de 1.500 millones de seres, es decir, más de la mitad de la población del mundo.

Estos cambios demuestran que los pueblos ya no quieren resignarse a la opresión imperialista. Van rompiendo con el imperialismo y edificando una vida nueva y la carretera principal por la que han avanzado es el socialismo. El mundo del socialismo se ha ampliado; el del capitalismo se ha reducido. Al propio tiempo, el movimiento de liberación nacional condujo a la disgregación y al hundimiento del sistema colonial.

El imperialismo resultó impotente para evitar el proceso revolucionario emancipador desarrollado en el mundo. Ha perdido irrevocablemente su antiguo dominio sobre la mayor parte de la humanidad. La crisis del capitalismo mundial se agra-

va y recrudece. En el mundo no hay fuerzas que puedan evitar su hundimiento.

La humanidad ha entrado en una nueva etapa de su desarrollo. Como se dice en la Declaración de la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros reunida en Moscú en noviembre de 1960, esta época, cuyo contenido fundamental lo constituye el paso del capitalismo al socialismo, es la época de la lucha entre dos sistemas sociales diametralmente opuestos; es la época de las revoluciones socialistas y de liberación nacional; del hundimiento del imperialismo, de la liquidación del sistema colonial; del paso de más y más pueblos al camino socialista; del triunfo del socialismo y el comunismo en escala universal. El principal rasgo de nuestra época consiste en que el sistema socialista mundial se va convirtiendo en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana. Ese sistema, formado por todos los países donde venció la revolución socialista, es la conquista fundamental y decisiva del proletariado revolucionario internacional. Es la base principal del ulterior movimiento victorioso de la revolución socialista mundial. La existencia y el desarrollo del sistema socialista mundial acelera la disgregación y el hundimiento del capitalismo, fortalece y multiplica las fuerzas revolucionarias de la clase obrera y de los campesinos en los países capitalistas, facilita la lucha por sus derechos e intereses económicos y políticos, crea nuevas condiciones favorables tanto para la conquista del poder por los trabajadores, como para el desarrollo del movimiento de liberación nacional.

2. EL CAMBIO RADICAL EN LA CORRELACION DE FUERZAS ENTRE LOS DOS SISTEMAS MUNDIALES

La crisis general del capitalismo se exagera y recrudece ante todo debido a que del capitalismo se van desprendiendo cada vez más países, y a la exitosa emulación del socialismo con el capitalismo. El rasgo principal y el indicio decisivo de las crisis del capitalismo mundial consiste en la escisión del mundo en dos sistemas opuestos, el socialista y el capitalista, y la lucha entre ellos. La correlación de fuerzas entre los dos sistemas sociales es la que determina las posiciones del prole-

tariado y de la burguesía en la palestra mundial de su lucha histórica.

El rasgo típico del último decenio consiste en el cambio radical en la correlación de fuerzas entre los dos sistemas mundiales. Ahora ya no es el imperialismo, sino el socialismo, el que se va convirtiendo cada vez más en el factor dominante y determinante del desarrollo universal. Para el socialismo ha llegado el período de auge gigantesco de sus fuerzas; para el capitalismo, el período del agravamiento creciente de su crisis general.

Entre los dos sistemas mundiales se libra una lucha y una emulación ininterrumpidas.

El pueblo soviético y su Partido Comunista defienden enérgicamente los principios de la coexistencia pacífica de los Estados con diferente organización social-económica. Estos principios fueron los proclamados por vez primera por Lenin, fundador del estado soviético y guía del Partido Comunista de la URSS.

¿Qué significa la política de coexistencia pacífica?

En su artículo "Sobre coexistencia pacífica", escrito a pedido de la Redacción de la revista norteamericana *Foreign Affairs* y publicado en el otoño de 1959, el Primer ministro soviético responde a esta pregunta de la siguiente manera: "En su expresión más simple, la política de coexistencia pacífica significa renunciar a la guerra, como medio para resolver las cuestiones litigiosas. Sin embargo, con esto no se agota, ni mucho menos, el concepto de coexistencia pacífica. Además del compromiso de no agresión, dicho concepto predetermina asimismo el de no violar la integridad del territorio y la soberanía mutua de los países en manera alguna ni bajo ningún pretexto. El principio de la coexistencia pacífica significa la renuncia a inmiscuirse en los asuntos internos de otros países con el fin de cambiar su régimen estatal o género de vida por unos u otros motivos. La doctrina de la coexistencia pacífica estipula asimismo que las relaciones políticas y económicas entre los países deben basarse en la igualdad total de las partes y en las ventajas recíprocas".

La coexistencia pacífica puede y debe expresarse en la emulación pacífica de los dos sistemas sociales. La Unión Soviética propone a los estados capitalistas: emular sin guerra, comprobar en la práctica cuál es el mejor sistema. Esto es mucho

más ventajoso que competir en la producción de armas mortíferas. El pueblo soviético ha abogado y abogará siempre por una emulación que contribuya a aumentar el bienestar de las masas.

En Occidente hay todavía algunos propagandistas que afirman que la consigna de la emulación pacífica entraña una seria amenaza, que significa ni más ni menos que trasladar la "guerra fría" a la esfera de la economía. Esto, naturalmente, no es cierto.

En la tierra vencerá, en definitiva, el régimen social que brinda a los pueblos grandes posibilidades en el mejoramiento de su vida material y espiritual. Precisamente el socialismo abre horizontes inusitados para llevar a las masas populares a impulsar el auténtico florecimiento de las fuerzas productivas, la ciencia, la técnica y la cultura. Crea vastísimas perspectivas para plasmar en la realidad el viejo sueño de la sociedad: una vida dichosa, sin pobres ni desempleados, una infancia feliz, una vejez tranquila, la realización de los proyectos humanos más audaces, el derecho del hombre a la libertad individual y al trabajo creador en bien de la sociedad.

En la emulación pacífica debe vencer ciertamente el socialismo, por ser un régimen social más progresista y más equitativo que el capitalismo. Esta es una ley natural del desarrollo social. Sin embargo, esa victoria será conquistada, no por medio de la ingerencia de los Estados socialistas en los asuntos internos de los países capitalistas. Los comunistas son enemigos decididos de la "exportación de la revolución".

La revolución es, en primer término, un resultado del desarrollo de las contradicciones internas y la lucha de clases en los países capitalistas. No puede exportarse, pues para su victoria deben madurar todas las condiciones indispensables en uno u otro país capitalista. La elección del régimen es cosa del propio pueblo. Es ridículo pensar que las revoluciones se hacen por encargo. Son los imperialistas los que tratan de exportar la contrarrevolución, como lo evidencia la experiencia de Cuba y de algunos otros países.

La emulación económica pacífica no supone una amenaza para país o pueblo alguno. De ella salen ganando únicamente los pueblos.

El socialismo ha retado al capitalismo a la emulación económica pacífica. Han transcurrido ya 45 años desde que se ini-

ció esta emulación, que cada año que pasa socava y debilita más al imperialismo y refuerza al socialismo.

El socialismo ha reportado éxitos gigantescos a la URSS y a todos los países de democracia popular. Como es sabido, la Rusia zarista se encontraba muy rezagada en su desarrollo económico respecto de los países de Europa occidental y de EE. UU. En 1913, la Rusia zarista, si bien tenía el territorio más vasto (el primer lugar en el mundo), una población numerosa (el tercer lugar en el mundo) y recursos naturales excepcionalmente copiosos, fabricaba el 2,6 por ciento de la producción industrial mundial. Por el volumen global de la producción industrial, estaba ocho veces atrasada con respecto de EE. UU., cuatro veces y media de Inglaterra y 5,9 veces de Alemania. Especialmente grande era el atraso de la Rusia pre-revolucionaria en la esfera de la producción de máquinas.

El socialismo ha terminado con ese atraso. El pueblo soviético, después de realizar la industrialización del país y la colectivización de la agricultura, llevó adelante la economía de su país con botas de siete leguas. Las ventajas del socialismo se pusieron brillantemente de relieve en el rápido ritmo de desarrollo de la producción social, mucho más elevado que el de EE. UU. y demás países capitalistas. Este ritmo veloz de crecimiento de la producción dio la posibilidad a la Unión Soviética de sobrepasar en el volumen de la producción a todos los países del mundo, excepto EE. UU. Pero la URSS no se convirtió en una gran potencia industrial en el transcurso de siglos, sino en la vida de una generación.

¿Cómo explicar ese milagro? Sólo por el paso de los pueblos de Rusia a la senda del socialismo. Este logró ese milagro porque en la Unión Soviética no existe la explotación del hombre por el hombre, ni la opresión social y nacional, no hay desempleo, todos gozan del derecho al trabajo, laboran según su capacidad y perciben según su trabajo. El pueblo está alfabetizado en su totalidad, los hijos de los obreros y campesinos tienen acceso a la escuela superior. Todas las riquezas —las fábricas, las minas, los medios de comunicación y enlace, etc.— pertenecen al pueblo, la producción se desarrolla conforme a un plan, desconoce intermitencias en su desenvolvimiento, desconoce las crisis económicas inherentes al capitalismo. La renta nacional no se distribuye en interés de la clase explotadora y parasitaria, sino en el de los trabajadores.

Los políticos y economistas de EE. UU., Inglaterra y demás países capitalistas abrigaban la esperanza de que, con el tiempo, el ritmo de crecimiento de la economía soviética disminuiría. Por espacio de años han venido afirmando que el ritmo superior de crecimiento de la economía soviética se explica por su inmadurez. Decían que en cuanto la URSS fuese un país altamente desarrollado en el orden industrial, su ritmo de crecimiento disminuiría de golpe y sería idéntico al de la economía de EE. UU. Sin embargo, la URSS es hace ya tiempo la segunda potencia industrial del mundo. Su madurez industrial la caracteriza el hecho de que su industria produce tanto como los países industriales más antiguos tales como Inglaterra, Francia, Italia, Canadá, Japón, Bélgica y Holanda juntos. Empero, el ritmo de desarrollo de la economía soviética continúa siendo elevado.

En efecto, el ritmo medio anual de incremento de la producción industrial en cuarenta años (1918-1957) fue en la URSS del 10 por ciento; en EE. UU., del 3,2 por ciento; en Inglaterra, del 1,9 por ciento, y en Francia, del 3 por ciento. Este cuadro permanece invariable también ahora. De 1954 a 1960, el ritmo medio anual de incremento de la producción industrial en la URSS fue del 11,1 por ciento, y en EE. UU., del 2,4 por ciento. La economía de la URSS se desenvolverá a ritmo rápido también a todo lo largo de los próximos veinte años (1960-1980).

Desde su nacimiento, la Unión Soviética ha alcanzado los éxitos más notables en el desarrollo de su economía. Estos éxitos han sido silenciados durante años enteros por los políticos, economistas y periodistas burgueses. No querían que la verdad acerca de la URSS llegase a las masas populares de los países capitalistas. La prensa, la radio y la televisión burguesas difundían y continuaban difundiendo patrañas sobre la URSS.

Sin embargo, su victoria sobre la Alemania fascista y el Japón militarista rasgó el velo creado por la política y la propaganda burguesas. La verdad sobre la URSS fue poco a poco penetrando en el mundo capitalista. Se hizo ya imposible ocultar por más tiempo sus éxitos, especialmente después del lanzamiento de los satélites artificiales de la tierra y los vuelos al cosmos de Iuri Gagarin, Guerman Títov, Nikoláev y Popovich, sin precedentes en la historia de la humanidad.

Ahora, ya nadie duda de que la Unión Soviética va a la

cabeza del progreso científico-técnico mundial, de que en los dominios más importantes de la ciencia y la técnica, de la cultura y la instrucción, en el sistema de la formación de cuadros de especialistas altamente calificados, ha dejado atrás a los países capitalistas, y entre ellos a EE. UU. Ahora, ya en muchas esferas importantísimas de la vida económico-social no es la URSS la que debe alcanzar a EE. UU., sino que éste se esfuerza por alcanzar a la URSS. Pero no lo consigue.

Los enemigos del socialismo se ven hoy obligados a reconocer los éxitos de la URSS. "La Unión Soviética ha alcanzado un éxito fantástico en el crecimiento económico —escribe Richard Hartner, profesor norteamericano de la Universidad de Columbia—. En el corto lapso de ocho lustros se ha convertido de un país atrasado, campesino, en una potencia industrial [...]. Su rápido ritmo de desarrollo tiene una significación psicológica impresionante. Esto lo siente nuestro pueblo [es decir, el pueblo norteamericano], el pueblo soviético y, lo que es más importante, los numerosos pueblos de los países subdesarrollados. Si se conserva la presente desproporción en el ritmo de crecimiento entre la economía soviética y la americana, la URSS nos vencerá. Esto influirá en la opinión de muchas personas, quienes comparan los éxitos de nuestros sistemas para resolver sus propios problemas".

De aquí en adelante, desde mediados del siglo XX, se ha hecho evidente que no es el imperialismo, sino el socialismo el que determina los destinos y las perspectivas de la sociedad humana. Las ideas del socialismo se han convertido en la fuerza material poderosa de la actualidad. El sistema mundial socialista es la fundamental fuerza motriz y transformadora en el majestuoso torrente de la historia. La nueva sociedad construida en la URSS es un factor progresista de enorme importancia mundial. No hay pueblo ni aspecto de la vida de la humanidad en que no se haya reflejado el influjo favorable de este ejemplo histórico.

En los primeros años del poder soviético, Lenin dijo que la Unión Soviética ejerce su principal influencia en todo el mundo y en el desarrollo de la revolución mundial con su construcción económica. Hoy es especialmente manifiesta la clarividencia de este pensamiento leninista. La emulación económica de los dos sistemas es ahora el frente decisivo de la

lucha entre el capitalismo y el socialismo. Constituye el punto central en que se despliega la lucha de clases entre el trabajo y el capital en escala internacional. Esta emulación ejerce actualmente el influjo decisivo en el curso de la historia universal. Precisamente ella condujo a este cambio radical en la correlación de fuerzas que permite decir que la crisis general del capitalismo ha entrado en una nueva etapa.

Los éxitos de la construcción del comunismo causan pavor a los políticos y economistas burgueses. Así, el conocido profesor norteamericano Walt Rostow, puesto al servicio del aparato estatal de EE. UU., después de la elección de Kennedy como presidente, escribe: "Las amenazas a América no residen en la ayuda económica de los Soviets a los países latinoamericanos y a otros, ni en la ampliación del comercio soviético con esos países. Lo peligroso es el método socialista de administración, que permite en un plazo muy corto transformar un país de atrasado en adelantado". Este peligro es señalado asimismo por el dirigente socialista de derecha de Francia, Jules Moch: "Cuando la URSS —dice— alcance el nivel de vida norteamericano [...] numerosos visitantes, invitados a testimoniar la situación en la Unión Soviética, al volver a su patria se convertirán en propagandistas del sistema bolchevique. En esto estriba el principal peligro para nosotros".

Los ideólogos burgueses sagaces y sensatos ven ya que el socialismo administra mejor, desarrolla más de prisa la producción, consigue un efecto económico mayor que el capitalismo. En esta perciben ellos el peligro principal para el régimen capitalista y exhortan a los gobiernos burgueses a adoptar medidas urgentes a fin de modificar el estado de cosas, es decir, atestiguan que el hundimiento del capitalismo es inevitable.

A los ideólogos burgueses les inquieta especialmente la influencia de los éxitos de la URSS en los países subdesarrollados, que están atravesando un momento de viraje en su historia. Una influyente personalidad política norteamericana, William Douglas que es miembro del Tribunal Supremo, escribió *Un reto contra América*, obra en la que expresa: "Inclusivo el hecho de que al norte de Turquía, Siria, Irak, Irán y Afganistán se encuentra la potente Rusia, ejerce influencia en estos países [...]. Si ustedes los recorren a lo largo de la frontera rusa, les dirán que la gente en Rusia sabe leer y escribir, que

allí para los enfermos hay hospitales, que la asistencia médica es gratis, que las ciudades son modernas y los hijos de los campesinos reciben instrucción superior [...]. Todo esto son grandes acontecimientos para el campesino del Cercano Oriente, que vive en una casucha de barro, su mujer da a luz en el suelo, no recibe asistencia médica y sueña con dar instrucción a sus hijos. En las aldeas del Cercano Oriente circulan constantemente rumores de que en Rusia los hijos de los campesinos se hacen grandes médicos e ingenieros, y eso es una propaganda eficaz. La dinámica economía soviética en ese lado de la frontera posee una fuerza de atracción difícil de valorar".

Más adelante, William Douglas dice que, mientras haya tiempo, Estados Unidos "debe revisar resueltamente su forma de pensar y su estrategia, pues de otro modo el centro de gravedad político se desplazará al Oriente, y la potencia del bloque comunista crecerá tanto, que nosotros nos encontraremos en un islote y el timón de la historia nos dejará a un lado".

En todas estas manifestaciones se trasluce la alarma, el temor por el futuro del capitalismo. En ellas comienza a dejarse sentir el reconocimiento del hecho de que no es con la ficticia "exportación de la revolución", sino con la fuerza de su admirable ejemplo cómo la Unión Soviética sirve al noble objetivo del triunfo del socialismo en el mundo entero.

El haber cumplido con éxito y aun excedido las metas del plan septenal de desarrollo de la economía de la URSS, para los años 1959-1965, constituye la poderosa palanca en la realización de la tarea de alcanzar y adelantar a EE. UU. en los índices económicos fundamentales.

Este plan prevé el aumento en un 80 por ciento de la producción industrial soviética en el septenio, con un ritmo medio anual de crecimiento del 8,6 por ciento. Los resultados de los dos primeros años de cumplimiento del plan septenal demuestran que en esos años la producción industrial ha aumentado, no en el 17 por ciento, como se proyectaba inicialmente, sino en más del 22 por ciento. En dos años y medio del septenio la industria ha producido tanto como en todo el quinquenio 1951-1955. Con este ritmo de crecimiento, en los años del septenio la producción industrial de la URSS se acrecentará, no en el 80 por ciento, como se suponía antes, sino en el doble. El plan establecido por el XXI Congreso del Partido Comunista

de la Unión Soviética para sobrepasar a EE. UU. en el volumen absoluto de producción, será reducido considerablemente.

¿Cuáles son los primeros resultados de la emulación económica entre la URSS y EE. UU.? Estos primeros resultados patetizan los serios éxitos de la URSS.

Ya hemos dicho que el ritmo de crecimiento de la producción industrial de la Unión Soviética ha superado siempre al de EE. UU. Pero la Unión Soviética hace algún tiempo iba a la zaga de EE. UU. en el monto absoluto del incremento anual de la producción industrial. El dos o tres por ciento de crecimiento de la industria de EE. UU. proporcionaba más mercancías que el 10 ó 15 por ciento de crecimiento de la industria de la Unión Soviética. En la actualidad, ya, aproximadamente en el transcurso de siete u ocho años, la URSS sobrepasa a EE. UU., no sólo en el ritmo de crecimiento, sino también en la magnitud del incremento absoluto de producción anual. Por eso, la desproporción de los niveles de producción entre ambos países ha comenzado a disminuir rápidamente.

En el último quinquenio, en la Unión Soviética la fundición de acero aumentó en 20 millones de toneladas, mientras que en EE. UU. incluso disminuyó. En ese tiempo, la extracción de petróleo incrementóse en la URSS en 77 millones de toneladas, mientras que en EE. UU., sólo en 12,2 millones. En la Unión Soviética crecen también con rapidez las inversiones básicas (la construcción de fábricas nuevas, la ampliación de las antiguas, el aumento de los equipos).

En total sólo hace diez años, es decir, en 1950, la Unión Soviética alcanzaba a menos del 30 % del nivel de producción industrial de EE. UU., pero ahora llega al 60 por ciento.

El nivel de desarrollo de la economía nacional y el ritmo de crecimiento económico en la Unión Soviética y en EE. UU., permiten establecer con exactitud científica los plazos en que el socialismo obtendrá la victoria en la emulación económica con el capitalismo. En el proyecto de Programa del PCUS se expone la perspectiva general del desarrollo en los próximos veinte años. Esta es una perspectiva cautivante, con la particularidad de que no sólo se ocupa de lo que atañe al futuro lejano, sino también en lo referente al próximo decenio. Precisamente en este decenio, el socialismo obtendrá la victoria económica sobre el capitalismo. La URSS alcanzará y so-

brepasará a EE. UU. tanto en el volumen general de la producción como en la producción *per capita*.

Esto constituirá una magna victoria del socialismo y una derrota tremenda del imperialismo.

La emulación económica tiene lugar no sólo entre la URSS y EE. UU. Naturalmente, éstas son las dos más grandes potencias del mundo actual, y poderosas en todos los sentidos, que encabezan dos sistemas sociales opuestos. El desenlace de la emulación reviste una importancia decisiva. Pero al mismo tiempo tiene lugar la emulación pacífica de todo el sistema mundial del socialismo con el del capitalismo.

Todos los países socialistas desarrollan su economía considerablemente más de prisa que los países capitalistas. El ritmo medio anual de crecimiento económico de todos los países que forman el sistema mundial del socialismo fue casi del 15 por ciento. De esto se deduce que ya no está lejos el momento en que el sistema socialista mundial proporcionará más de la mitad de la producción mundial, es decir, dejará atrás al capitalismo en la esfera decisiva de la actividad humana: la de la producción material.

El socialismo alcanza cada vez más victorias. La URSS ha entrado en el período histórico de la construcción del comunismo en toda la línea. La mayoría de los países de democracia popular están por culminar la edificación del socialismo, mientras que las posiciones del capitalismo se debilitan cada vez más. La correlación de fuerzas en la arena internacional continúan cambiando en favor del socialismo. Walter Lippman, conocido comentarista norteamericano, escribía en el otoño de 1960: "Desde finales de la década del 40 [...] la correlación de fuerzas, que antaño estuvo a nuestro favor, comenzó a cambiar. Durante la guerra de Corea empezó a cambiar de manera bastante evidente, pero aproximadamente a partir de 1957 nuestra potencia relativa militar y económica en el plano internacional va disminuyendo de modo catastrófico".

Tales son, sucintamente, las perspectivas de la emulación. El capitalismo caduco no puede modificar el giro de la emulación en su favor. Esto debilita en extremo al capitalismo mundial, conduce a nuevas conmociones en el sistema capitalista, contribuye al acrecentamiento de las dificultades internas del capitalismo, socava sus posiciones, propicia la lucha revolucionaria de la clase obrera.

3. HUNDIMIENTO DEL SISTEMA COLONIAL

Un rasgo imprescriptible del colapso general del capitalismo es la crisis, trasformada ahora en la disgregación y el hundimiento del sistema colonial. El movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos es un potente factor de la destrucción revolucionaria del imperialismo.

Después de la formación del sistema mundial del socialismo, el segundo fenómeno en importancia histórica es el desmoronamiento del sistema colonial bajo el embate de las revoluciones nacional-liberadoras.

La esclavización de los pueblos de Asia, Africa y América latina era uno de los crímenes más atroces de la burguesía mundial. El imperialismo dividió al mundo en países industriales y atrasados, en metrópolis y en colonias, en países opresores y oprimidos. La cúspide parasitaria de un puñado de naciones privilegiadas, por medio del pillaje se atribuyó el "derecho" a saquear y explotar a centenares de millones de seres, a la población de países y continentes enteros. El fin de esta tremenda injusticia debía llegar y está llegando a ojos vistas.

En extensas regiones de la tierra van triunfando las revoluciones nacional-liberadoras. Ya hemos dicho que en los últimos quince años se han emancipado del yugo político del imperialismo más de 1.500 millones de personas, o sea, más de la mitad de la humanidad. En ese lapso, en Asia y Africa han surgido aproximadamente cuarenta nuevos Estados soberanos.

La potente ola de las revoluciones nacional-liberadoras va destruyendo y barriendo de la faz de la tierra el sistema colonial. Los antiguos imperios coloniales se han venido abajo: el monstruoso sistema de opresión colonial está agonizando. Asia se ha emancipado casi totalmente del yugo político de los colonizadores, aunque en el continente asiático cerca de 10 millones de seres continúan padeciendo la esclavitud colonial. La fisonomía de Asia ha cambiado radicalmente. Ha surgido la gran China socialista. India e Indonesia forman en las filas de las grandes potencias. Se desmoronan los regímenes coloniales en el último refugio de los colonizadores: Africa. Sólo en 1960, se han formado en Africa diecisiete nuevos Estados soberanos. La tierra tiembla bajo las plantas de los imperialistas en América central y del sur. La victoria de la revolución cuba-

na ha impreso un impulso poderoso a la lucha de los pueblos de los países latinoamericanos por su emancipación nacional completa.

Ha comenzado un nuevo período histórico en la vida de la humanidad: los pueblos liberados de Asia, Africa y América latina se han incorporado de manera activa a la política internacional. Los pueblos de las antiguas colonias y semicolonias se han alzado como artífices de la nueva vida, se van convirtiendo en una fuerza capaz de influir en los destinos de la humanidad. Están creando sus Estados nacionales, rompiendo y arrojando al muladar de la historia las relaciones políticas y económicas desiguales, que les había impuesto el imperialismo. El imperialismo va perdiendo su antiguo dominio sobre vastísimas extensiones del globo. Ya no puede disponer a su arbitrio en ellos. Los imperialistas están perdiendo el "derecho de propiedad" sobre la tierra, las aguas, el subsuelo; allí donde existía, van perdiendo el derecho al mangoneo monopolista, pierden las posiciones claves en la esfera monetaria y crediticia, el transporte y las comunicaciones; en materia de irrigación, el "derecho" a imponer a la población diferentes contribuciones. Se va destruyendo una fuente de los beneficios imperialistas tal como el tributo directo impuesto por los imperialistas a las colonias. Los monopolios se ven constreñidos en su actividad económica. En una serie de países, los pueblos que han conquistado la independencia política han nacionalizado parte de las empresas pertenecientes al capital extranjero.

El hundimiento total del sistema colonial del imperialismo es ineludible y está ya cerca. Los últimos restos del colonialismo en todas sus formas y manifestaciones deben ser y serán liquidados.

¿Cuál ha sido la causa principal y decisiva en la disgregación del sistema de esclavitud colonial? ¿Qué es lo que conduce a su hundimiento total y definitivo?

La condición decisiva de los éxitos de las revoluciones nacional-liberadoras estriba en el crecimiento y consolidación del sistema mundial del socialismo. La Gran Revolución Socialista de Octubre despertó a los pueblos de Oriente. Incorporó a los pueblos coloniales y semicoloniales al torrente general del movimiento revolucionario universal. Con la victoria de la Revolución de Octubre apareció el primer factor decisivo en la futura

emancipación nacional de los países coloniales y dependientes. La lucha de los pueblos en esos países contra la opresión imperialista se agudizó. En lugar de los movimientos espontáneos de las masas, aparecieron los movimientos nacionales organizados políticamente. Comenzó la crisis del sistema colonial.

Pero a la lucha no se habían incorporado aún los pueblos de muchas colonias y semicolonias. La revolución socialista había triunfado únicamente en un país, todavía no existían las condiciones para impedir que las potencias imperialistas destruyeran el movimiento nacional-liberador de los pueblos, que acababan de alzarse en lucha organizada contra los regímenes coloniales. El imperialismo era aún fuerte.

La victoria de la URSS y la derrota del fascismo en la segunda guerra mundial, y los subsiguientes acontecimientos históricos —el triunfo de la revolución china, la formación de una serie de Estados de democracia popular en Europa y Asia y el surgimiento, como resultado de todo esto, del sistema socialista mundial—, predeterminaron la potente envergadura del movimiento de liberación nacional en el mundo colonial. Los pueblos de todas las colonias se pusieron en movimiento, y éste adquirió un carácter verdaderamente de masas. Comenzó la disgregación del sistema colonial, como uno de los rasgos más importantes en la segunda etapa de la crisis general del capitalismo. India, Indonesia, Egipto, Birmania y otros países conquistaron la independencia nacional, sacudiéndose la opresión imperialista. Los golpes asestados debilitaron al imperialismo, que ya no estuvo en condiciones de sofocar, por vía militar u otras, el movimiento nacional-liberador de los pueblos y salvar el sistema de los regímenes coloniales. Remitámonos al pasado reciente.

Durante la agresión anglo-franco-israelí a Egipto en 1956, la Unión Soviética se pronunció inmediata y resueltamente en defensa del pueblo egipcio. La advertencia enérgica e inequívoca del gobierno soviético a los organizadores de la oprobiosa intervención los obligó a retroceder en el mismo momento en que, al parecer, los agresores casi habían alcanzado ya sus objetivos militares.

En 1957, cuando los imperialistas de EE. UU. y sus cómplices de la camarilla de Menderes en Turquía preparaban la intervención contra Siria, la Unión Soviética de nuevo desmascaró ante el mundo entero los planes de los agresores. La

intervención fue frustrada. En 1958, cuando en Irak se produjo la revolución antimperialista, y EE. UU. e Inglaterra enviaron sus tropas al Líbano y Jordania para intentar reprimir el movimiento nacional-liberador árabe, la Unión Soviética volvió a pronunciarse enérgicamente en interés de la paz y la libertad de los pueblos. El gobierno soviético dio a entender a las potencias occidentales que no estaba dispuesto a permanecer impasible ante lo que sucedía en el Cercano Oriente, que no estaba dispuesto a consentir el pillaje imperialista en una zona cuyos pueblos habían resuelto ser independientes. Y otra vez, como en el período de la crisis del canal de Suez, la iniciativa y firmeza de la Unión Soviética desempeñaron el papel decisivo en la eliminación de una situación tirante, preñada de serios peligros para la paz del mundo. Los agresores retrocedieron.

En la primavera de 1960, el imperialismo yanqui, con la ayuda de bandidos mercenarios, intentó estrangular la revolución cubana. Esa tentativa terminó con el fracaso. El campo socialista ayudó y ayudará al pueblo de Cuba en la lucha contra la agresión imperialista y en la consolidación de su independencia nacional. Los imperialistas sabían que la URSS no bromeaba cuando les advertía contra la intervención abierta y declaraba que prestaría a Cuba toda la ayuda que necesitase para rechazar la agresión.

¿Qué conclusiones pueden extraerse de esos acontecimientos? A lo largo de los últimos años, la humanidad se ha visto expuesta reiteradamente al peligro de una guerra mundial debido a los actos agresivos e insensatos de los colonizadores, que no quieren resignarse al triunfo de la causa de la emancipación nacional de los pueblos. Las batallas más grandes de estos años entre las fuerzas del movimiento de liberación nacional y el imperialismo fueron ganadas por los pueblos que luchan por la libertad.

¿Por qué fue posible eso? Porque en el mundo ha aparecido el sistema socialista mundial, convertido en baluarte seguro que protege a los jóvenes Estados soberanos de los actos agresivos del imperialismo. El sistema socialista actúa en nuestros días como garantía de la independencia de los países pequeños que luchan contra los agresores imperialistas.

Después de la Gran Revolución de Octubre en Rusia, la lucha victoriosa del proletariado y el movimiento de liberación

nacional en las colonias se fundieron en el cauce único de la lucha emancipadora mundial. El desarrollo ulterior de ese proceso revolucionario universal condujo a la unión inmediata de las fuerzas del socialismo y del movimiento nacional-liberador en la lucha antimperialista general, con la influencia determinante de las revoluciones socialistas sobre el movimiento nacional democrático. Como resultado de ello, el imperialismo resultó impotente para cerrar el paso a las revoluciones nacional-liberadoras, y la disgregación del sistema colonial está culminando ahora con su hundimiento definitivo.

Así, pues, si el imperialismo ponía a los pueblos los grilletes de la esclavitud colonial, el socialismo abría la era de la emancipación para los pueblos sojuzgados por el yugo imperialista. Para que los pueblos pudiesen destruir el sistema colonial, se necesitaba que surgiera el socialismo, y se trasformara en un potente sistema mundial.

Al imperialismo se le ha infligido la derrota más contundente. Sin embargo, sería ingenuo pensar que los imperialistas se han resignado con esta situación y que no hacen intentos para cambiarla. Hacen esfuerzos desesperados para continuar, por nuevos métodos y con nuevas formas, la explotación de los pueblos de las antiguas colonias. Los monopolios tratan de mantener en sus manos las palancas del control económico y de la influencia política en los países de Asia, Africa y América latina. Esos esfuerzos tienden a conservar las viejas posiciones en la economía de los países emancipados, y a conquistar otras nuevas al socaire de la "ayuda" económica. Los imperialistas intentan atar a ellos a los jóvenes Estados independientes, arrastrándolos a bloques agresivos bélico-coloniales del tipo de la SEATO y la SENTO, concluyendo con ellos acuerdos desiguales, etc. Los colonizadores se afanan por implantar en los países liberados regímenes de dictadura militar, crear allí bases militares. Tratando de no tolerar el desarrollo verdaderamente independiente de esos países, el imperialismo lleva al poder en una serie de países a "sus hombres", instaura la dictadura despótica de camarillas antipopulares corrompidas, financia pródigamente a los elementos reaccionarios. Utiliza la ponzoñosa arma de la discordia nacional para debilitar las fuerzas de los Estados jóvenes, aún no afianzados.

El proceso de disgregación y hundimiento del sistema colonial transcurre en medio de una resistencia desesperada de la

reacción imperialista y sus agentes en los países coloniales y subdesarrollados. Los imperialistas pugnan por presentar el desmoronamiento de los imperios coloniales como una "concesión generosa de la independencia a los pueblos de Oriente". Esto es un puro engaño. Intentan interpretar así su repliegue forzoso con el objeto de imponer a los pueblos de Asia y Africa nuevas formas de dominio y opresión imperialistas. El baluarte principal del colonialismo moderno es Norteamérica.

No se puede olvidar que si bien el sistema colonial se ha venido abajo, sus restos aún no han sido liquidados. Los colonizadores se aferran a sus últimas posiciones. Son todavía muchos los millones de seres que padecen la esclavitud colonial y luchan por su emancipación.

Los patriotas argelinos estuvieron más de siete años vertiendo su sangre en la lucha por la libertad. Las reiteradas promesas del gobierno francés de conceder la independencia de Argelia resultaron palabras huecas. Los monopolios franceses no querían el cese de la guerra en Argelia, aunque esta guerra sucia estaba segando miles de vidas de franceses y caía como un pesado fardo sobre el pueblo francés.

Bastó con que Túnez exigiese de Francia que retirase las tropas de su territorio —de la ciudad de Bizerta—, para que el gobierno francés iniciase operaciones militares contra el pueblo tunecino.

Portugal, un Estado pequeño, mantiene en la esclavitud a colonias cuya superficie es 25 veces mayor que su propio territorio. Los colonizadores holandeses se negaban en redondo a devolver al pueblo indonesio su tierra secular: Irán occidental. Estados Unidos mantiene la isla china de Taiwán, ocupada por ellos.

Las fuerzas del imperialismo se pronuncian contra todo intento de los pueblos de lograr la libertad y la independencia. Al amparo de "compromisos" de distinto género, los imperialistas tienden a estrangular el movimiento de liberación nacional, intervienen groseramente en los asuntos internos de otros Estados, confabulándose con las fuerzas reaccionarias. Así procedieron en Irán, Pakistán, el Congo; así proceden en Kuwait, en Angola, en todas partes. Examínense los acuerdos concluidos en los últimos años por EE.UU. con sus socios de bloques militares agresivos. En dichos acuerdos existe un punto obligatorio referente a la lucha contra la llamada agresión indirecta.

Esto, en la práctica, significa el "derecho" de las potencias imperialistas a emplear sus fuerzas armadas para reprimir a las masas populares, que luchan contra los regímenes reaccionarios.

¿Qué demuestran los acontecimientos en el Congo? Que los colonizadores no quieren renunciar a una fuente de enormes ganancias coloniales. Bélgica succiona de ese país beneficios colosales. Citaremos un ejemplo. La Unión Minière du Katanga es la principal empresa minera, que posee concesiones en Katanga. Por los ingresos que obtiene, ocupa el noveno lugar entre todas las empresas de los países capitalistas, incluido EE.UU. En 1959 obtuvo 57 millones de dólares de ganancias netas, extraídas de 24.011 obreros. Dicho con otras palabras, cada obrero reportó en un año a esa empresa 2.400 dólares de beneficio. ¿Qué salario percibe el obrero congolés? Allí el salario mínimo es de seis dólares al mes, mientras que el obrero belga percibe treinta veces más.

En el mundo capitalista, Katanga ocupa el primer puesto en la producción de cobalto. Allí se extrae mucho uranio, cobre y otros minerales. Esa es la razón de que los imperialistas no quieran soltar el Congo, que han explotado durante decenios enteros. En los 80 años de dominio colonial belga, el número de habitantes indígenas en el Congo disminuyó de 20 a 14 millones. El pueblo estaba privado de la posibilidad de recibir instrucción, sin hablar ya de la enseñanza superior. En el país no hay ni diez congoleses con instrucción superior. En el Congo reinaba la misma discriminación racial que en Africa del Sur.

Pero por más que aterrorizaron los colonizadores belgas a la población, el movimiento emancipador se desarrolló, y el gobierno belga tuvo que proclamar la "independencia" del Congo. Pero eso fue un engaño. El gobierno belga quería conceder una independencia política ficticia, y al propio tiempo continuar explotando las riquezas del Congo. En el acuerdo concluido a finales de junio de 1960 entre Bélgica y el gobierno "independiente", se estipulaba que en el Congo permanecerían las bases militares belgas, continuarían en sus puestos los oficiales y funcionarios belgas, y la política exterior se realizaría por medio del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bélgica.

Mas el pueblo congolés no quería aceptar a los colonizadores belgas. Entonces, éstos, con el concurso de EE. UU. y de-

más Estados imperialistas, tramaron una ofensiva contra el pueblo congolés. No tuvo tiempo de secarse la tinta en el documento de proclamación de la independencia, cuando los monopolios internacionales fraguaron una conspiración contra la libertad del pueblo congolés, pusieron en juego todo: el terror y el soborno, la creación de regímenes títeres y la provocación de luchas entre las tribus. Para decapitar al pueblo congolés, asesinaron vilmente al héroe nacional, Patricio Lumumba, y a sus compañeros de armas más cercanos. Este infame asesinato se cometió con conocimiento de los representantes del imperialismo en la Organización de las Naciones Unidas.

Así, pues, en aras de la conservación de sus ganancias, los imperialistas no se detienen ante nada para sofocar el movimiento de liberación nacional y uncir de nuevo a los pueblos al yugo colonial.

Vemos cómo, además de utilizar nuevos métodos y formas cada vez más amplios de explotación colonial, los imperialistas no renuncian tampoco al empleo de los antiguos procedimientos groseramente agresivos y abiertos para someter a los jóvenes Estados subdesarrollados a su dictado. La "diplomacia de los cañoneros", la política del *big stick*, permanece en el arsenal de los colonizadores, que traman intervenciones directas como en los viejos tiempos.

Más, de una manera u otra, las revoluciones nacionales-liberadoras asestaron un potente golpe al imperialismo, provocando la disgregación del sistema colonial. El imperialismo no logra evitar la quiebra definitiva de ese oprobioso sistema. Esto es una ley del desarrollo social.

Los pueblos de las antiguas colonias y semicolonias tienen ahora expedito el camino del desenvolvimiento nacional independiente. ¿Son fáciles las tareas que tienen planteadas? No, distan de serlo.

Aquí no abordamos la cuestión relativa a los antiguos países coloniales y semicoloniales que han abrazado la senda socialista. Ellos han resuelto de manera radical el problema de su independencia y del desarrollo económico-social, puesto que han roto definitivamente con el capitalismo y comenzado a construir con éxito el socialismo.

Respecto de los demás países alzados en lucha contra el imperialismo, han logrado en diferente grado desembarazarse del yugo político del imperialismo. Si en muchos países que

formaron su Estado nacional los pueblos han conseguido conquistar por completo la independencia política, existen bastantes que no lo han logrado todavía. Así, por ejemplo, Pakistán, Irán, Tailandia, Filipinas y algunos otros países, siendo Estados soberanos y miembros de la Organización de las Naciones Unidas, han sido arrastrados a bloques bélico-políticos y atados al carro del imperialismo. No pueden dar un paso sin permiso de su amo yanqui, que controla su política y economía. Es difícil hablar de la independencia política real de países tales como Camerún, Gabón o de la República Malgache, que dependen del imperialismo. Una serie de antiguas colonias francesas redujeron de hecho a la nada su soberanía al conceder a los imperialistas de Francia importantes posiciones militares y políticas. En una serie de países subsistieron también los regímenes pro imperialistas, los cuales se sostienen únicamente con las bayonetas de los imperialistas yanquis (Corea del Sur, Vietnam del Sur).

Estas medidas demuestran que la lucha por la independencia política no ha terminado en muchos países, aunque sus pueblos constituyeron formalmente sus Estados nacionales. La lucha en pro de la independencia nacional continúa. La independencia política es el primer paso hacia el progreso social y la elevación del nivel vital de las masas populares, hacia el resurgimiento y la renovación económica y cultural. Pero hasta el presente, en muchos países, ese primer paso continúa siendo también el único. La situación de las masas populares mejora despacio, el atraso económico de las ex colonias y semicolonias no disminuye, sino que se acentúa. Los monopolios imperialistas siguen controlando como antes a muchos países políticamente independientes.

La liquidación de los regímenes coloniales no significa el cese de la explotación imperialista. Los ideólogos de la burguesía —escribió Lenin— “hablan de la liberación *nacional* [...], dejando en la sombra la liberación *económica*. Pero, en la práctica, precisamente esto último es lo principal”.

¿Qué es lo principal en el colonialismo moderno? No es difícil responder a esta pregunta.

En las condiciones actuales, el colonialismo consiste principalmente en el sojuzgamiento económico de los países subdesarrollados por los monopolios imperialistas. Por ese conducto, el imperialismo quiere reducir la independencia política a una

ficción. Si antes el lugar central en el movimiento emancipador de los pueblos coloniales lo ocupaba la lucha por la independencia política, ahora, debido a que la independencia política ha sido conquistada, adquiere una importancia cada vez mayor su lucha por independizarse económicamente del imperialismo. Los pueblos liberados tratan de trasladar el centro de gravedad del movimiento antimperialista liberador a la lucha contra el atraso y la desigualdad económicos de los países subdesarrollados.

Para lograrlo se necesita, en primer término, liquidar los privilegios del capital extranjero, suprimir la dominación de los monopolios, extirpar los vestigios feudales. Para ello es preciso la unión de todas las fuerzas patrióticas de la nación en un frente único democrático nacional.

Sin eso no pueden resolverse las trascendentales tareas que tienen planteadas los pueblos de las nuevas naciones independientes. Esas tareas consisten en liquidar el atraso económico secular, crear y fomentar la industria nacional, elevar el nivel de vida de la población, democratizar la vida social, determinar la política exterior independiente y pacífica.

Muchos países subdesarrollados han abrazado ya esa senda de desenvolvimiento múltiple de su economía nacional y, en particular, de fomento de la industria pesada. En la actualidad, este proceso apenas se vislumbra, y se ven sólo sus primeras manifestaciones. Se inicia la lucha por la demolición de la estructura colonial de la economía en los países subdesarrollados. Con ello se asesta un golpe muy fuerte a todo el sistema capitalista de economía mundial.

La creación del sistema mundial del socialismo y las revoluciones nacional-liberadoras asestaron el golpe más contundente a los cimientos sobre los que está construido y descansa el sistema capitalista de economía mundial.

El sistema imperialista se derrumba: por el frente lo destruyen las revoluciones socialistas, y por la retaguardia las nacional-liberadoras. Estas dos fuerzas gigantescas de la actualidad han puesto al imperialismo entre la espada y la pared. Ahora, los imperialistas ya no están en condiciones de controlar el mundo a su arbitrio.

No todos los Estados nacionales emancipados del yugo imperialista han escapado ya de la economía mundial capitalista. Sin embargo, ahora ocupan en ella un puesto especial. En

primer lugar, son la parte explotada del mundo capitalista. Por eso, para no ser un apéndice agrario, productor de materias primas para la metrópoli, para desembarazarse de la explotación de los monopolios foráneos, tienden a demoler la estructura económica colonial de su país, a escapar de la tenaza del atraso económico. En segundo lugar, dichos Estados por primera vez en la historia obtienen la posibilidad de desenvolverse de manera independiente en el orden económico y político.

¿Podría existir esa posibilidad sin el sistema socialista? No, no podría. En el pasado, todos esos países sufrían las consecuencias funestas del monopolio del imperialismo. El monopolio del territorio administrativo, del suministro de equipos, de la concesión de créditos, de cuadros científicos y técnicos, y, por último, el del armamento. Por eso, dichos países estaban encadenados al carro imperialista y su papel en la economía mundial residía únicamente en servir de "aldea mundial" de la industria imperialista en las metrópolis.

Ahora el monopolio del imperialismo está socavado por el sistema mundial del socialismo. El rasgo típico de la actualidad consiste en el rápido crecimiento de los vínculos económicos entre los países subdesarrollados y los del campo socialista. Esos lazos obligan al imperialismo a moderar sus apetitos. Al prestar una ayuda desinteresada, basada en el provecho mutuo y en la igualdad de las partes, al contribuir al fomento industrial de los antiguos países coloniales y dependientes, los Estados del campo socialista hacen un aporte considerable a la causa del desenvolvimiento de los países de Asia, Africa y América latina.

En la actualidad, la Unión Soviética ayuda a construir casi cuatrocientas plantas industriales y otras obras en los países subdesarrollados. Esa misma ayuda prestan Checoslovaquia y demás Estados socialistas, los cuales, a cambio de su ayuda no exigen bases militares ni concesiones, no reclaman el derecho a investigar cómo se realizan los planes de desarrollo ni a controlar su cumplimiento. Al prestarles ayuda, no formulan a nadie condiciones ni exigencia alguna. Esta es una ayuda desinteresada; es la ayuda del amigo. El principio del socialismo es la igualdad de derechos y el respeto recíproco. Y no es de extrañar que los hombres de Africa, Asia y América latina vean en la URSS y demás países socialistas a sus propios amigos.

La ampliación sucesiva de los vínculos con los países socialistas corresponde a los profundos anhelos e intereses nacionales de los pueblos de Oriente, de todos los países subdesarrollados. Esto significa que para estos países se abre una nueva perspectiva de desenvolvimiento social y económico, aunque aún no han escapado del sistema de economía mundial capitalista. En primer lugar, la perspectiva de liberarse de la dictadura económica del imperialismo. En segundo lugar, la perspectiva de un desarrollo tal de los vínculos económicos internacionales con el mundo socialista, que permiten a esos países luchar con éxito contra el atraso secular. En tercer lugar, la perspectiva de desenvolvimiento no capitalista.

El sistema capitalista mundial de economía está en crisis, no sólo como consecuencia del desprendimiento de una serie de países y de su paso a las vías del socialismo, sino también porque el imperialismo no se halla en condiciones de mantener en él las viejas relaciones. Las revoluciones nacional-liberadoras han asestado un serio golpe a los propios cimientos de ese sistema y abierto nuevas posibilidades para el desenvolvimiento progresivo de los países subdesarrollados. Todo esto agrava extraordinariamente la crisis general del capitalismo.

La batalla por la independencia económica pone en movimiento a las grandes masas populares. Cada clase, cada partido, interviene con su programa propio en la elección de un camino. Las masas obreras y campesinas comprenden cada vez más claramente que la vía capitalista de desarrollo no podrá sacar a sus países de su atraso de siglos. Para ellos el capitalismo se liga inevitablemente a la presión imperialista. Los comunistas, que encabezan la lucha por el camino no capitalista de desarrollo, demuestran que en el marco del capitalismo los países subdesarrollados no podrán superar su atraso, por cuanto todo el sistema de lazos económicos mundiales en la sociedad capitalista se basa en la explotación de los países subdesarrollados.

Las fuerzas democráticas de esos países abogan por llevar hasta el fin la revolución antifimperialista, antifeudal, democrática. Exigen la aplicación de transformaciones económico-sociales radicales, revolucionarias. Demandan una reforma agraria que dé tierra a los campesinos, resuelva el problema de abastos, barra todos los vestigios medievales que encadenan el movimiento de las fuerzas productivas en la agricultura y la industria. Tratan de conseguir la industrialización, la lucha

enérgica contra las formas nuevas y viejas de la explotación colonial y la penetración del capital imperialista, la liquidación de la prepotencia del imperialismo, la supresión de sus bloques bélico-coloniales y bases militares. Luchan contra la dictadura y el despotismo en el interior del país, por la amplia participación de las masas en la aplicación de medidas económico-sociales ya maduras. Esta es la vía de la democracia nacional, es decir, la de realización consecuente de las tareas de la revolución nacional, antimperialista, democrática.

El desarrollo de los Estados de democracia nacional debilitará considerablemente al imperialismo, contribuirá al triunfo del socialismo en escala internacional.

La cuestión relativa a las vías sucesivas de desenvolvimiento es el eje de la opinión de los países subdesarrollados. Esto es característico de una nueva etapa de la crisis general del capitalismo. El camino de desarrollo que se elegirá es un asunto privado de los pueblos. A medida que se van exacerbando las contradicciones sociales, la burguesía nacional tiende cada vez más a la conciliación con el imperialismo. Las masas populares se convencen de que la mejor vía para liquidar el atraso y mejorar sus condiciones de vida, es la de desarrollo no capitalista. Sólo yendo por ese camino, podrán los pueblos liberarse de la explotación, la miseria y el hambre.

El problema de los caminos de desenvolvimiento de los países subdesarrollados se ventilará en la lucha, y la clase obrera y su vanguardia, los partidos comunistas, están llamados a desempeñar un papel especial en esa lucha.

4. DEBILITAMIENTO DEL IMPERIALISMO MUNDIAL

A medida que el capitalismo se desarrolla, sus contradicciones se agudizan. ¿Qué hay de nuevo, a este respecto, en la presente situación?

Lo principal reside en que la correlación de fuerzas en el seno del campo imperialista ha cambiado de manera radical. Norteamérica ha entrado en un periodo de decadencia.

En el siglo XIX y el primer decenio del XX, el papel de centro económico y político del mundo capitalista lo cumplía Europa occidental, y sobre todo Inglaterra. Sin embargo, ya

entonces comenzó la decadencia del capitalismo europeo-occidental. Esto se expresó con claridad meridiana en la decadencia del imperialismo inglés, en la pérdida de su antiguo papel de explotador fundamental del mundo capitalista. Inglaterra dejó de ser el principal país capitalista, modelo con el cual se comparaba toda la burguesía mundial y por el cual juzgaban el estado de cosas en todo el sistema capitalista.

Después de la primera guerra mundial, el centro económico y político del mundo capitalista se desplazó de Europa occidental a EE. UU. Este proceso alcanzó su punto máximo en los primeros años subsiguientes a la segunda conflagración universal. A la sazón EE. UU. predominaba por completo en la esfera de la producción mundial y del comercio internacional, en el mundo capitalista. Sus debilitados y agotados competidores se encontraban "cautivos" de éste, es decir, dependían económica, financiera y políticamente del imperialismo yanqui. Inglaterra, Francia, Japón, la República Federal Alemana y otros países capitalistas esperaban de EE. UU. un alud de dólares y ayuda en la lucha contra las fuerzas de la democracia y el socialismo.

Desde entonces han pasado 10 ó 12 años. Sin embargo, EE. UU. sigue siendo el mayor explotador mundial y el principal gendarme internacional, el baluarte de la reacción imperialista mundial, la potencia militar más fuerte del mundo capitalista. Empero, el imperialismo norteamericano ha entrado ya, sin duda, en el período de su ocaso.

En los últimos diez o doce años, ha ido perdiendo cada vez más sus posiciones económicas en el mundo capitalista. Su peso relativo en la producción y la exportación mundiales ha descendido bruscamente. En 1948, el peso relativo de EE. UU. en la producción industrial del mundo capitalista era casi de $3/5$, y en 1959, algo más de $2/5$. En ese mismo lapso, su parte en la exportación de los países capitalistas descendió de $1/3$ hasta menos de $1/5$. En los primeros años de la posguerra, el dólar era la divisa capitalista más estable. Ahora se encuentra al borde de la devaluación, y Washington se ve obligado a dirigirse en demanda de apoyo financiero a Bonn, París y Londres.

¿A qué obedecen esos cambios? En todos ellos se expresa la acción de la ley de la desigualdad de desarrollo del capitalismo. En nuestra época, esta desigualdad se manifiesta con mayor agudeza aun. Ello es completamente natural. La lucha com-

petitiva entre las principales potencias imperialistas transcurre en un escenario estrecho, en condiciones en que el territorio del mundo capitalista se ha reducido esencialmente, en que del sistema imperialista se han desgajado países que han abrazado la senda del socialismo, en que los pueblos de muchos países sostienen la lucha nacional-liberadora contra el sistema imperialista.

La decadencia del imperialismo yanqui no sólo se manifiesta en los cambios que se operan en la arena internacional, bajo la acción de la ley de desigualdad de desarrollo capitalista. Las fuerzas del imperialismo norteamericano se desgastan ante todo desde dentro. Se trata de la inestabilidad extrema en la economía interna del primer país del capitalismo.

Estados Unidos fue afectado en mayor medida por la crisis general del capitalismo. Ello se expresa ante todo en el hecho de que el capitalismo monopolista se muestra incapaz de utilizar las fuerzas productivas de que dispone.

Primero: en los años de posguerra, las crisis económicas golpean con frecuencia especial a EE. UU. Después de la segunda contienda mundial, ha sufrido cuatro crisis de descenso de la producción; 1948-1949, 1953-1954, 1957-1958 y, por último, en 1960.

La frecuente repetición de las crisis de superproducción causan un daño colosal a la economía de EE.UU. Los esposos Voitynski, conocidos estadistas norteamericanos, han calculado que las pérdidas directas de la economía norteamericana en las tres primeras crisis de posguerra ascendieron a 115.000 millones de dólares, y las pérdidas indirectas por disminución del ritmo de desarrollo, a otros 300.000 millones de dólares.

Segundo: el país más rico del mundo capitalista —Estados Unidos de Norteamérica— es el país de mayor paro crónico. En la actualidad, el número total de desocupados asciende a cinco millones. Estos son sólo los que están registrados oficialmente; en realidad, el número es mayor.

Los desocupados totales y parciales suman 14 millones. Y no existe perspectiva alguna de que disminuya este enorme ejército de los sin trabajo.

Un año tras otro crece el número de personas que buscan trabajo. Si de 1950 a 1960 el número de estas personas era de 800.000 anuales, según los cálculos de los estadistas norteamericanos, de 1960 a 1970 ascenderá a 1.400.000 por año. Así,

pues, se avecina una perspectiva de aumento del paro, de la enorme cantidad de desocupados, que no perciben subsidio alguno.

Hasta los dirigentes del gobierno de EE.UU. confiesan que no ven la manera de reabsorber rápidamente el desempleo. Tendremos "suerte" —dicen— si logramos disminuir sus proporciones hasta 3 ó 3,5 millones de hombres. ¿Puede haber una confesión más elocuente de la incapacidad del capitalismo para utilizar las fuerzas productivas de la sociedad, de dar trabajo a la gente?

Incluso las autoridades oficiales en EE. UU. reconocen la existencia de numerosas "zonas de depresión crónica", de ciudades y poblados "fantasmas", donde la industria se encuentra en estado de prolongada decadencia, y millones de personas no tienen esperanzas de un futuro mejor. La prensa monopolista, que aún hace poco gritaba altanera y a los cuatro vientos sobre la "prosperidad inusitada" en Norteamérica, ahora habla a regañadientes de la "fracción de miseria" que abarca a 32 millones de norteamericanos. ¡Buena "fracción", que asciende a una sexta parte de la población del país capitalista más rico, más adelantado!

Tercero: en EE. UU. ha llegado a ser un fenómeno constante la creciente utilización incompleta del potencial de la industria. En 1959 estaba paralizado el 37 por ciento del potencial productivo de la industria del acero y hacia finales de 1960 se utilizó en menos de la mitad.

Los cortos períodos que median entre las crisis no reportan a la economía de EE. UU. la prosperidad apetecida por la burguesía. Incluso en el punto máximo de ascenso, la utilización del potencial de producción industrial norteamericano no pasa del 70 al 80 por ciento, y el número oficial de parados totales no baja del 4 al 5 por ciento del total de asalariados.

"En los últimos tres años y medio —declaró el 2 de febrero de 1961 el presidente Kennedy—, la desproporción entre lo que podemos producir y lo que producimos, amenaza convertirse en crónica."

Cuarto: EE. UU. ha entrado en un período de ritmo extremadamente bajo de desarrollo económico. Los propios economistas norteamericanos llaman hoy a la suya "economía lenta". Pero no es simplemente "lenta", sino que, como hemos visto, está preñada de profundas conmociones.

¿Cómo están las cosas en la realidad? Si se toma el período 1943-1960, el ritmo de crecimiento de la producción en EE. UU. era inferior al 1,7 por ciento. Después de la guerra de Corea, como hemos señalado ya, ese ritmo equivalía al 2,4 por ciento. El ritmo de crecimiento de la producción en EE. UU. presenta un aspecto aun más catastrófico cuando se le compara con el ritmo de crecimiento de la población. Calculado por habitante, el incremento de la producción no alcanza ni al 1 por ciento.

Quinto: EE. UU. se ha transformado en el país de economía militarizada más deformada. Según los datos publicados —que distan mucho de reflejar por completo el estado real de cosas— invierte anualmente de 45 a 50.000 millones de dólares en la carrera armamentista. De esto salen ganando sólo los grandes monopolios; además, la carrera de armamentos entraña la amenaza de una nueva guerra.

En EE. UU., los científicos lacayos de los monopolios difundían la fábula de que la carrera de armamentos es un medio de eliminar las crisis económicas, de conceder trabajo a todos y asegurar un rápido ritmo de fomento de la economía nacional. Esta era la teoría burguesa de “la prosperidad por medio del armamento”.

Han transcurrido ya dieciséis años desde que terminó la segunda guerra universal. Casi todo este tiempo ha sido un período de carrera armamentista. La producción bélica constituía el 15 ó 20 por ciento del total de la producción industrial. Pero ello no salvó a la economía de EE. UU. de las crisis ni aceleró su ritmo de desarrollo. Precisamente en ese país, que infla más que nadie la producción bélica, menudearon las crisis. Esta carrera de armamentos enriqueció a los consorcios bélicos, pero reposa cual pesado fardo sobre las espaldas de las masas populares, amenazándolas con una nueva e inesperada guerra de exterminio.

La carrera armamentista arrojó una pesada carga fiscal sobre las espaldas de los trabajadores. No reportó la “ocupación total”. El número de parados creció constantemente. La situación de las masas populares empeoró aun más. Según los datos de la estadística norteamericana, el consumo personal de los trabajadores casi no aumenta en los últimos años. Leon Keyserling, destacado economista burgués norteamericano, ex consejero de Truman, en un artículo insertado en noviembre de 1960 en la revista *Progressive*, hubo de confesar que en

EE.UU. la cantidad de familias que recibe bajos ingresos era en 1960 tan enorme como en 1953. "Esto significa —decía— que, en realidad, no se logró ningún progreso en la liquidación de la pobreza."

Pero en EE. UU. se gastan recursos inmensos en fines militares. Sin embargo, con esos recursos se podría crear una masa colosal de valores materiales y culturales, para destinarlos a satisfacer las necesidades de la población.

Así, con el dinero que se invierte en un crucero equipado con cohetes se podría construir una ciudad entera de 16.000 casas. Pero los monopolistas prefieren construir cruceros, aunque la prensa yanqui no oculta que millones de norteamericanos viven en tabucos. En lugar de botar cinco submarinos atómicos (con cohetes Polaris para ellos), se podría construir y equipar por completo cien universidades. Pero en EE. UU. prefieren construir submarinos, aunque se han rezagado en la formación de especialistas. Una base de cohetes antiaéreos Bomarc equivale a 20 hospitales grandes. Pero los monopolistas están contra la edificación de nuevos hospitales. Una estación del sistema semiautomático de la DECA "SAGE" norteamericano cuesta tanto como la construcción de 2.500 aulas escolares. Y aunque el gobierno sabe que faltan escuelas, no aumenta el presupuesto para construirlas. Pero en EE. UU. se producen muchos portaviones, muchos submarinos, muchos bombarderos de reacción. Los medios que se invierten en la carrera de armamentos, podría elevar a más del doble los ingresos de los 23 millones de familias más pobres. ¡Pero qué les importa a los imperialistas las necesidades de los trabajadores! A ellos les interesa el dinero, y solamente el dinero, en aras del cual están dispuestos a bañar en sangre a los pueblos.

Los procesos que se operan en la economía hallan su expresión en la política. Si en los primeros años de la posguerra, muchos países capitalistas debilitados como resultado de la conflagración aceptaban sumisos la dirección política de EE. UU., ahora la dirección política del imperialismo yanqui en el mundo capitalista se pone cada vez más en tela de juicio. El debilitamiento de las posiciones económicas de EE. UU. y el recrudecimiento de la lucha competitiva en los mercados mundiales conducen a la agudización de las discrepancias políticas en el campo del imperialismo, en la llamada "comunidad atlántica". Se observa una epidemia de insurrecciones contra los

gobiernos peleles norteamericanos en una serie de países (Corea del Sur, Vietnam del Sur, Turquía). Ha decaído bruscamente el prestigio de EE. UU.

Se hace evidente que, aunque continúa siendo el centro político y económico del mundo capitalista, es cada vez menos capaz de cumplir su papel principal. Como explotador y gendarme internacional, el imperialismo yanqui lucha por conservar su situación dominante. Pero sus fuerzas ya no son las mismas. EE. UU. subsiste como el principal baluarte de la reacción mundial, de todo el sistema del imperialismo, pero ahora ese baluarte es cada vez menos sólido.

Ahora ya puede extraerse con pleno fundamento la conclusión de que tanto en el plano económico como en el político internacional, la principal potencia capitalista ha entrado en un período de crecientes dificultades y de crisis, en el período de su ocaso.

Este proceso histórico irreversible constituye el factor más importante de la profundización de la crisis general de todo el sistema capitalista. Pues si con la decadencia del imperialismo inglés su papel lo asumieron otras fuerzas, el imperialismo yanqui, que ha entrado en el período de su ocaso, no tiene ni tendrá sucesores.

El acrecentamiento de la inestabilidad de la economía capitalista es característico no sólo para EE. UU. En 1957-1958, la economía capitalista mundial sufrió la correspondiente crisis de superproducción. Se operó un descenso general en todas partes, de la producción industrial capitalista mundial y del comercio exterior en el mundo capitalista. Esto lo evidencian los siguientes datos (en por ciento al año precedente):

	<u>1955</u>	<u>1956</u>	<u>1957</u>	<u>1958</u>	<u>1959</u>
Producción Industrial					
(volumen físico)	+ 11,1	+ 4,5	+ 2,6	— 3,0	+ 7,6
Exportación					
(volumen físico)	+ 8,5	+ 8,7	+ 5,6	— 3,5	+ 5,7

El descenso de la producción lo experimentaron directamente los países en los cuales están concentradas las tres cuartas partes de toda la producción capitalista mundial. En los

otros países, la crisis afectó a las ramas básicas de la economía.

La crisis económica golpeó sobre todo a Norteamérica. Allí, desde el otoño de 1957 hasta abril de 1958 la producción industrial se redujo en el 14,8 por ciento respecto del máximo alcanzado. Esta fue la caída más profunda de la producción en este país, en el período de la posguerra. En Canadá, la producción industrial disminuyó, durante la crisis, en el 10 por ciento en comparación con el máximo, alcanzado a comienzos del año 1957. Redújose la producción industrial en Inglaterra, Bélgica, Holanda, Noruega y Suecia. La crisis de superproducción afectó seriamente también a Japón. Allí, en algunos meses de 1957-1958 el descenso de la producción industrial alcanzó entre el 7 y el 8 por ciento.

En países tales como EE. UU. y Canadá, la crisis abarcó literalmente todas las ramas de la producción. Un cuadro parecido creóse en Inglaterra, Bélgica y algunos otros países.

El carácter de la crisis mundial se puso de relieve claramente en la reducción, por doquier, de las inversiones básicas. La crisis golpeó con fuerza singular a la industria metalúrgica del mundo capitalista. La producción de arrabio y acero se redujo en todo el mundo capitalista, excepto en Francia. Esos países produjeron 28 millones de toneladas de acero y 27 millones de toneladas de arrabio, menos. Muchos altos hornos fueron apagados, y los hornos Martin, paralizados. La elaboración de metales no ferrosos sufrió una dura crisis.

La reducción de la producción en la metalurgia trajo aparejado un descenso en la extracción de carbón y petróleo. Por vez primera, en 1958 la extracción de petróleo en el mundo capitalista apenas aumentó, y en países tales como EE. UU., Venezuela y Canadá, en 1958 incluso disminuyó. A su vez, la crisis golpeó a la construcción naval y de maquinaria de los países capitalistas. La industria productora de artículos duraderos sufrió seriamente.

La crisis industrial se entrelazó con la agraria. La de 1957-1958 se reflejó con fuerza especial en la situación de los países subdesarrollados. La brusca baja en los precios de las materias primas asestó un rudo golpe a los países subdesarrollados, condujo al agotamiento de sus reservas de divisas. Eso se reflejó gravemente en la construcción industrial de los jóvenes Estados nacionales, así como en su situación de abastecimiento de productos alimenticios.

Las conmociones económicas en el mundo capitalista no dejaron piedra sobre piedra de las afirmaciones de la propaganda burguesa acerca de que el capitalismo moderno puede desarrollarse sin crisis y asegurar la ocupación total de las masas trabajadoras. La crisis de 1957-1958 aumentó aún más el desempleo en EE. UU., Canadá y demás países capitalistas. Incluso después de la crisis, la reanimación de la industria no pudo reabsorber el paro. En los países capitalistas adelantados de Europa occidental, Norteamérica, Japón y Australia existen casi 85 millones de obreros industriales, incluidos los ocupados en la construcción, el transporte y las comunicaciones. En dichos países, la estadística oficial cuenta unos 10 millones de parados. Es decir, por cada ocho obreros, uno no tiene trabajo. Mas aquí tenemos en cuenta sólo los parados totales registrados oficialmente, pues el número de parados parciales (que trabajan algunas horas semanales), es varias veces mayor. En los países burgueses nadie se dedica a calcular el paro latente.

¡Y cuántas decenas de millones de desocupados hay en el campo! En el capitalismo, nadie tiene seguridad en el mañana. El que trabaja hoy, mañana puede ir a engrosar el ejército de parados.

Los monopolios imperialistas descargaron el peso de la crisis económica sobre la clase obrera, los campesinos y granjeros de sus países, así como sobre las masas populares de los Estados poco desarrollados en el aspecto económico. La crisis de materias primas, profundizada en los últimos años, descansa cual pesada losa sobre los países que no tienen una industria adelantada y están obligados a vivir principalmente de la exportación de materias primas y comestibles a los países de capitalismo desarrollado. En el mundo capitalista, los precios de las materias primas bajan poco a poco, mientras que los de los artículos industriales elaborados, suministrados por las principales potencias imperialistas, continúan subiendo. Entre 1954 y 1960, los precios de las mercaderías exportadas por los países subdesarrollados bajaron en el 7 por ciento, en tanto que los de los artículos importados de los países capitalistas adelantados, aumentaron en el 9,5 por ciento. Como resultado de estas "tijeras de precios" disminuyó el valor de la exportación de los países productores de materias primas agrícolas y se redujeron a un nivel amenazante sus reservas de divisas.

En los últimos años ha crecido considerablemente la inesta-

bilidad financiera y de divisas del mundo capitalista. Si anteriormente escaseaban las divisas principalmente en los países de Europa occidental y Japón, ahora también Estados Unidos se encuentra en situación semejante. En el último trienio ha perdido más de 5.000 millones de dólares oro. Las reservas de oro de EE. UU. y de una serie de otros países capitalistas son ahora mucho menores que su deuda exterior.

Al prepararse para nuevas aventuras bélicas y agravando la tirantez internacional, los imperialistas de todos los países, en particular EE. UU., echan el creciente fardo del imperialismo sobre las masas populares. Hipócritamente están de acuerdo, de palabra, con las propuestas de la URSS acerca del desarme general y total, pero en los hechos torpedean las negociaciones para conseguirlo. ¿Por qué? Porque se hallan al servicio de los grandes monopolios, y la carrera de armamentos reporta beneficios gigantescos a los consorcios de la industria bélica.

Según los cálculos de algunos investigadores, los gastos para las guerras, sus preparativos, en la primera mitad del siglo XX (1900-1953) ascendieron en el mundo entero a más de cuatro billones de dólares. Con ellos se podía haber entregado pan gratuitamente, durante medio siglo, a toda la población de nuestro planeta, o construir casas cómodas para 500 millones de familias, es decir, a dos tercios de la población del mundo. En la actualidad, el imperialismo obliga a los pueblos a invertir anualmente en fines militares por lo menos 100.000 millones de dólares. Si sólo el 20 por ciento de esta suma se dirigiese anualmente a ayudar a los países subdesarrollados, en el transcurso de 25 años se podrían construir centrales eléctricas con una potencia total de 230 millones de kilovatios, crear fábricas metalúrgicas que fundirían 185 millones de toneladas de acero al año, irrigar más de 100 millones de hectáreas de tierra y realizar muchas otras grandes obras para mejorar la vida de los pueblos.

La militarización de la economía capitalista y el crecimiento de los armamentos va acompañado por una furiosa ofensiva sobre el nivel de vida y las libertades democráticas de los trabajadores en los países del mundo capitalista. El abismo entre la burguesía y el proletariado, entre los ricos y los pobres, se ha ensanchado aun más después de la segunda guerra mundial.

En los países capitalistas constantemente encarece la vida, suben los precios, aumentan los impuestos directos e indirectos. El peso principal de esos impuestos cae sobre los trabajadores, mientras los militaristas encuentran métodos más sutiles para eludir descaradamente el pago de los mismos. Los Estados burgueses traspasan gran parte de los impuestos recaudados a los bolsillos de los militaristas. El imperialismo no puede asegurar trabajo a todos sus esclavos asalariados, no, les crea condiciones de existencia dignas del hombre. La subalimentación: tal es la suerte de los trabajadores de los países capitalistas. Las masas populares no tienen acceso a la enseñanza, carecen de asistencia médica normal.

Incluso un periódico como el *Times*, de Londres, en su número del 7 de octubre de 1959, decía que "el mundo continúa aún siendo un lugar de indigencia, de hambre y de desdichas para la inmensa mayoría de los desposeídos". Se comprende que el periódico se refiere ante todo a las masas populares de los países coloniales, dependientes y subdesarrollados del mundo capitalista.

Los grandes monopolios atacan en todos los frentes los intereses de la clase obrera, de las grandes masas. Recrudece la explotación a los trabajadores, la intensificación del trabajo de los obreros. Se acelera el proceso de rutina de las masas campesinas. Al mismo tiempo crecen las dificultades que atraviesa la pequeña y media burguesía urbana. La opresión de los grandes monopolios es cada vez más dura para las capas de la nación. Como resultado de ello, a la par que se agudiza la contradicción fundamental de la sociedad burguesa —entre el capital y el trabajo—, en la etapa actual se exagera la contradicción entre el puñado de monopolistas y todos los sectores del pueblo.

En los países capitalistas adelantados, las masas populares dirigen cada vez más enérgicamente sus golpes contra los monopolios capitalistas, principales culpables de la carrera de armamentos, baluarte de la reacción y de la agresión. Los intereses de los monopolios se han hecho incompatibles con los intereses de las naciones. De tal suerte, se van creando las condiciones propicias para la cohesión de la clase obrera, los campesinos, los intelectuales, la pequeña y media burguesía de la ciudad contra los monopolios, para liquidar su omnipotencia. La lucha por la democracia no difiere la lucha en pro del socialismo; es un

elemento consustancial de ella. La nueva etapa de la crisis general del capitalismo significa el reforzamiento de la lucha contra los monopolios, la intensificación de la lucha por la salida socialista de la realidad tenebrosa capitalista.

Los monopolios se esfuerzan por destruir o reducir al máximo los derechos democráticos de las masas populares. En algunos países (España y Portugal) continúa imperando el terror fascista abierto. En una serie de países se intensifica el proceso de fascistización en nuevas formas. Allí las formas dictatoriales de gobernar se combinan con el embaucamiento de las masas mediante consignas de parlamentarismo. Pero este parlamentarismo carece de contenido democrático y se reduce a pura formalidad. Muchas organizaciones democráticas, y en primer término los partidos comunistas, son declarados fuera de la ley, teniendo que pasar a la clandestinidad. Miles de combatientes de la causa de la liberación de los trabajadores, de la paz entre los pueblos, se consumen en las mazmorras. Los monopolios han hollado la libertad del individuo, la igualdad de los hombres y de las naciones.

Cierto, los políticos burgueses no se cansan de hablar de libertad y democracia. Sin embargo, en los países capitalistas se hace cada vez más evidente la tendencia a la instauración de la dictadura totalitaria de la cúspide del capital monopolista. Según confesión de los propios ideólogos burgueses, no son los parlamentos ni incluso los gobiernos, sino las organizaciones de los monopolistas, las que se han convertido en el poder real en los países capitalistas.

En una serie de países, como por ejemplo en Francia, los parlamentos conservan su poder tan sólo formalmente, para guardar las apariencias, pero en los hechos el poder está concentrado en una sola persona, en el presidente, quien, en esencia, gobierna personalmente el país. En muchos países, con la connivencia de las autoridades, resurgen y se desarrollan las organizaciones neofascistas. A los generales hitlerianos se les conceden puestos dirigentes en la OTAN. En las paredes de las casas de Europa occidental y de Norteamérica vuelven a aparecer las consignas y los emblemas fascistas. Los posesos racistas resucitan de nuevo la ley de Lynch en EE. UU. Vuelven a estallar golpes militares-fascistas, los mercenarios fascistas de nuevo asesinan a dirigentes del movimiento obrero y democrático.

Tal es la fisonomía de la democracia burguesa, tal es la fisonomía de la "libertad occidental", cuya defensa y difusión se proclaman objetivo de toda la política de los Estados capitalistas. La política burguesa, el parlamentarismo burgués, la democracia burguesa, están atravesando una aguda crisis.

Como respuesta a los actos reaccionarios de los imperialistas, la clase obrera, todos los trabajadores, organizan huelgas de masas, políticas y manifestaciones de protesta. El recrudecimiento de la contradicción entre el trabajo y el capital en la nueva etapa de la crisis general del capitalismo se expresa claramente en el desarrollo del movimiento huelguístico.

En los últimos años, en los países capitalistas se viene produciendo un nuevo ascenso de la lucha de clases de los trabajadores. En tanto que en 1956 en el mundo capitalista se declararon en huelga 13.900.00 obreros, en 1959 el número de huelguistas se elevó a 40.700.000, y en 1960 a 53.200.000. La lucha de la clase obrera prosigue con la misma tensión en 1961.

El auge del movimiento obrero ha abarcado todas las zonas del mundo capitalista. Los obreros de Italia y de Francia no cesan ni interrumpen un solo día la lucha contra la omnipotencia económica y política de los monopolios, contra las provocaciones de la reacción fascizante. En 1959-1961, la lucha del proletariado japonés alcanzó unas proporciones y una tensión sin precedentes. En los últimos años, las huelgas en la ciudadela del capitalismo —EE. UU.— adquieren un carácter tenaz y prolongado. También se ha intensificado la lucha huelguística en Inglaterra. Estas acciones, así como la heroica huelga general del proletariado belga a finales de 1960 y comienzos de 1961, han refutado definitivamente la afirmación de los apologistas burgueses, sobre la "extinción de la lucha de clases" en los países capitalistas adelantados. Demostraron las reservas de energía revolucionaria con que cuenta la clase obrera de esos países. El movimiento obrero en América latina, donde en 1959-1960 se declararon en huelga casi 20 millones de obreros, se encuentra en un período de auge impetuoso.

Se incorporan a la lucha nuevos sectores y destacamentos del ejército mundial del trabajo. En las batallas de clase de los últimos años participa de la manera más activa la juventud, llegada a las empresas en el último decenio, y los empleados, en cuya "lealtad" la burguesía depositaba especiales esperan-

zas, así como los obreros altamente calificados, que han obtenido un salario relativamente elevado.

Cambiaron y se ampliaron las reivindicaciones de los huelguistas. Los obreros comprenden con mayor claridad que en las condiciones de la omnipotencia económica y política de los monopolios no es posible lograr una mejora sensible de sus condiciones de vida, si no se llevan a cabo reformas radicales que limiten el poderío del capital monopolista, si no se amplían considerablemente los derechos del proletariado y de sus organizaciones tanto en las empresas como en todo el plano nacional. Esas reivindicaciones tropiezan con la furiosa resistencia de los monopolios. Pero las organizaciones obreras las presentan con mayor frecuencia; son las reivindicaciones centrales de los huelguistas.

La lucha económica se conjuga cada vez más con la lucha política. Ha crecido aceleradamente el peso relativo de las huelgas políticas. En 1959, los participantes de estas huelgas constituían más de la mitad, y en 1960 más de 3/4 del total de huelguistas. El predominio del proletariado en la lucha por reivindicaciones políticas demuestra que el movimiento obrero ha pasado a un nivel superior. Al luchar por la defensa y la ampliación de sus derechos económicos y sociales, los trabajadores llegan inevitablemente al choque con toda la máquina burocrático-estatal del capitalismo moderno. Esto imprime un carácter político también a muchas acciones económicas del proletariado.

El carácter de masas, ofensivo y político de la lucha del proletariado, la agudización de las formas de esta lucha, los éxitos obtenidos en la unidad del movimiento obrero, evidencian que la lucha de clases en los países capitalistas ha entrado en una nueva etapa. La lucha huelguística de la clase obrera en los últimos años se ha entrelazado de la manera más estrecha con el impetuoso ascenso de los movimientos democráticos generales. Por doquier, las grandes masas se alzan en la lucha por la paz, por los derechos y libertades democráticos, contra el fascismo y las dictaduras reaccionarias, contra el imperialismo yanqui, que las apoya.

La ofensiva de la reacción y el recrudecimiento de todas las contradicciones del capitalismo, no podían por menos de conducir —sobre el fondo de la marcha victoriosa del socialis-

mo mundial— a la crisis más profunda de la ideología burguesa.

En la vida espiritual de la sociedad capitalista se hace cada vez más insoportable la prepotencia de los monopolios y de la maquinaria propagandística burocrático-estatal subordinada a ellos. Esta maquinaria deforma y corrompe las mentes de decenas de millones de seres. Con mayor frecuencia caen en el vacío las consignas de “capitalismo popular” y de “Estado de prosperidad general”. Y en efecto, es imposible convencer a la gente que teme permanentemente por su mañana, de que el capitalismo se ha vuelto “popular”, que reina la “prosperidad general”.

Las ideas del socialismo han vencido definitivamente en los países donde habita un tercio de la humanidad. Cada vez son más los millones de trabajadores de los países capitalistas que se colocan bajo la bandera de estas ideas para luchar por un nuevo régimen social, por un régimen libre de la explotación del hombre por el hombre, por un régimen de auténtica libertad, igualdad y fraternidad entre todos los seres del mundo.

En los países capitalistas, los partidos comunistas sostienen una lucha heroica por los intereses de la clase obrera y de todos los trabajadores. Hoy actúan partidos comunistas en 87 países. Agrupan en sus filas a más de 36 millones de personas. Esto constituye una magnífica victoria del marxismo-leninismo, una gigantesca conquista de la clase obrera.

Los partidos comunistas se han convertido en partidos de masas. Su influencia ha crecido y continúa creciendo en la ciudad y en el campo. ¿Por qué? Porque los comunistas son los intérpretes más firmes y seguros de los intereses de la clase obrera, de las grandes masas populares. Porque van a la vanguardia de la lucha encarnizada contra la reacción imperialista, intervienen activamente por la paz, la independencia nacional, por la democracia y por el socialismo. Agrupan en torno de su bandera a todas las fuerzas sanas de la nación y señalan a los pueblos el único camino hacia el futuro luminoso de la humanidad, por el cual los pueblos se sacudirán el yugo del imperialismo, pondrán fin a la explotación capitalista y a la opresión social, conquistarán la verdadera libertad.

El movimiento comunista internacional se ha convertido en la fuerza política más influyente de nuestra época.

5. LA CRISIS DE LA POLITICA EXTERIOR DEL IMPERIALISMO

Uno de los rasgos más importantes de la decadencia y la descomposición del capitalismo consiste en la acentuada crisis de su política exterior.

¿En qué se expresa eso? En que ahora se plantean y resuelven de manera nueva los problemas más importantes de la política exterior, y en primer término el más apremiante de nuestra época: el de la guerra y de la paz. ¿En qué nos basamos para afirmarlo? En que, en las condiciones actuales, por vez primera en la historia se han creado posibilidades reales para eliminar la guerra de la vida de la sociedad.

Los Estados imperialistas han rivalizado siempre por asegurar los beneficios más altos a su capital financiero, por repartir y redistribuir el mundo en su provecho, por ampliar sus territorios, conquistar nuevas "esferas de influencia". Este ha sido siempre el objetivo fundamental de la política exterior de las potencias imperialistas. El objetivo final de esta lucha fue invariablemente la tendencia del imperialismo de una u otra potencia a instaurar su dominio mundial.

Los principales países capitalistas no han renunciado a ese objetivo tampoco en las condiciones de la crisis general del capitalismo. Al contrario, en la presente etapa de la historia la lucha por el dominio mundial se ha hecho aun más cruenta. Recordemos, aunque sólo sea el programa de agresión formulado en vísperas de la segunda guerra universal y durante la misma por el imperialismo alemán. No renunció a ese objetivo el imperialismo de Estados Unidos durante la segunda etapa de la crisis general del capitalismo. A finales de la segunda contienda universal, y especialmente en los primeros años de la posguerra, el capital financiero de EE. UU. formuló un programa de lucha por el dominio mundial, que superaba en mucho a todos los enunciados anteriormente. El imperialismo yanqui no renuncia a ese objetivo tampoco en la actualidad.

Sin embargo, la situación ha cambiado. Ha surgido una nueva contradicción. Es la que existe entre la aspiración al dominio mundial y las posibilidades de realización práctica de dicho objetivo. Esto significa que las potencias imperialistas, y en primer término EE. UU., pugnan por conquistar el domi-

nio mundial, pero no pueden conseguirlo. Esa contradicción nunca ha sido tan profunda como ahora. En la palestra internacional se ha formado una nueva correlación de fuerzas de clase. El sistema socialista mundial y todas las fuerzas revolucionarias del mundo han obtenido magnas victorias. En esta situación se hace absolutamente irreal la propia posibilidad de establecimiento del dominio mundial del imperialismo de una u otra potencia.

Con no menos agudeza se manifiesta también otra contradicción: entre la "política de fuerza" y el debilitamiento de las posiciones reales de la fuerza del imperialismo. Este trata de resolver las tareas de política exterior que tiene planteadas mediante el empleo de la fuerza. Pero su poderío ya no es el de antes. Esto es, asimismo, una nueva contradicción que el imperialismo desconocía hasta ahora.

La "política de fuerza", es decir, la tendencia a resolver unas u otras cuestiones litigiosas desde "posiciones de fuerza", es, hablando en general, una condición insoslayable de la política exterior de las potencias imperialistas. Los imperialistas necesitan la guerra para conquistar territorios ajenos, para esclavizar y saquear a los pueblos. Los hechos demuestran que las potencias imperialistas consideraban invariablemente las guerras como el instrumento básico y principal de fuerza. Precisamente las guerras fueron la expresión decisiva de la "política de fuerza", el medio principal de solución de las contradicciones fundamentales del imperialismo.

Sin embargo, con la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre, se operaron serios cambios en esta esfera.

En el camino de los planes de conquista de los agresores imperialistas se interpuso la política exterior de paz de la URSS. La Unión Soviética, por ser el único Estado socialista en el cerco capitalista, no pudo entonces impedir la segunda guerra mundial. Pero esta guerra, bajo la influencia del Estado socialista, se transformó en guerra antifascista, de liberación. Y no condujo, ni mucho menos, a los resultados que apetecían las fuerzas imperialistas que la desencadenaron. La Unión Soviética no sólo no se debilitó, sino que, al contrario, se fortaleció, saliendo de la conflagración mucho más potente.

Antes del surgimiento del campo socialista mundial, la clase obrera no tenía posibilidades de ejercer una influencia determinante en la solución de la cuestión de que hubiese o no

hubiese guerra. Ahora, con la creación del sistema socialista mundial único y potente, este sistema, junto con todas las fuerzas revolucionarias del orbe, ya puede ejercer una influencia decisiva en la solución de esta cuestión vitalmente trascendente para la humanidad entera.

Ahora combaten por la paz y contra la guerra, fuerzas grandes y organizadas. ¿Cuáles son?

En primer lugar, la poderosa Unión Soviética, que ha ganado el primer lugar del mundo en las ramas decisivas de la ciencia y de la técnica. En segundo lugar, todo el campo socialista, que ha puesto al servicio de la causa de la paz su enorme potencia material y política. En tercer lugar, los Estados pacíficos de Asia, Africa y América latina, que son cada vez más y están vitalmente interesados en el mantenimiento de la paz, pues a los países emancipados del yugo colonial una nueva guerra podría llevarlos de nuevo al dominio imperialista. En cuarto lugar, una fuerza tan grande como la clase obrera internacional y sus organizaciones, ante todo los partidos comunistas. En quinto lugar, el movimiento mundial de los luchadores de la paz. En sexto lugar, los países neutrales de Europa y otros continentes, que no comparten el curso imperialista de desencadenamiento de una guerra, que no participan en los bloques bélicos de los imperialistas y se pronuncian por la coexistencia pacífica.

Por último, por la política de coexistencia pacífica se pronuncia asimismo determinada parte de la burguesía de los Estados capitalistas adelantados, la cual aprecia con sensatez la correlación de fuerzas existente en la arena mundial y las graves consecuencias de una guerra moderna.

En interés del mantenimiento de la paz en el mundo entero, se necesita el frente único más amplio de todos los luchadores contra la política imperialista, la agresión y la guerra. Con las acciones unidas y activas de todas las fuerzas pacíficas, ahora se puede conservar la paz y conjurar la guerra.

Todo esto permitió extraer la conclusión —importantísima por su significado práctica y teórico— sobre la posibilidad de conjurar la guerra en la época actual. Esta conclusión fue respaldada por todo el movimiento comunista y obrero internacional, por toda la humanidad progresista. Esta conclusión se ha visto confirmada por todo el curso de la historia universal de los últimos años. En este período, las fuerzas pacíficas, presi-

didas por la Unión Soviética, han conjurado más de una vez los intentos de los agresores imperialistas, de desencadenar una nueva contienda mundial, han contribuido más de una vez a la solución de conflictos locales, que amenazaban con convertirse en un incendio universal.

La superioridad cada vez mayor de las fuerzas del socialismo mundial sobre las del imperialismo provocó una acentuada crisis de la política exterior imperialista. En esta situación, el imperialismo ya no puede contar con la creación de una "situación de fuerza" respecto del campo socialista. Hoy día, esos cálculos son inconsistentes.

En los años de posguerra, como lo saben todos perfectamente, no han faltado planes antisoviéticos de distinto género, incluidos planes de lucha de los imperialistas contra el socialismo por vía militar. Es del dominio público que los políticos yanquis proclamaron a gritos una serie de doctrinas de agresión. ¿Qué doctrinas son éstas? La de "contención" y "rechazo" del comunismo, la de la denominada "represalia en masa".

Todas esas doctrinas, y las acciones emprendidas en consonancia con ellas, se basan en el mito de la "omnipotencia" de EE. UU. Sin embargo, esa "omnipotencia" resultó ser el *bluff* más puro frente al poderío invencible de los Estados socialistas, y en primer término de la Unión Soviética. Aludimos a la potencia del socialismo en todas las esferas, incluida también la militar.

En corto plazo, la URSS terminó con el monopolio atómico de EE. UU. En 1953, es decir, cuatro años después del experimento del arma atómica, la Unión Soviética, luego de sobrepasar a Estados Unidos, fue la primera en producir una explosión de hidrógeno. En 1957, lanzando —la primera en el mundo— los satélites artificiales de la tierra, la URSS demostró que había dado un salto inmenso en la esfera de desarrollo de la cohetaría. Por primera vez se crearon los cohetes balísticos intercontinentales. A consecuencia de todo esto, se desplomó por completo el llamado "monopolio" de EE. UU. en el campo de los medios para hacer llegar las armas termonucleares al objetivo. Este "monopolio" se fundaba en el empleo de la aviación de largo alcance, de portaviones, de la amplia red de bases militares norteamericanas. Esto significó, al mismo tiempo, que había llegado también el fin del decantado "monopolio de la invulnerabilidad" de EE. UU., es decir del aleja-

miento de EE. UU. de los posibles teatros europeos y asiáticos de operaciones militares.

Así, pues, en las condiciones de la nueva etapa de la crisis general del capitalismo, se manifestó con claridad meridiana la inconsistencia de la política imperialista "desde posiciones de fuerza".

Para la nueva etapa de la crisis general del capitalismo es evidente que el imperialismo ha perdido el papel decisivo en materia de relaciones internacionales. Ello es resultado, no sólo de los profundos antagonismos que debilitan el campo del imperialismo. Lo principal reside en que el factor decisivo de las relaciones internacionales es el campo socialista, unido y monolítico. Este campo está vinculado con las relaciones del internacionalismo proletario, de la colaboración y ayuda mutua fraternas. Ahora no es el imperialismo, sino el campo socialista mundial, con su potente economía y sus fuerzas armadas, el que ejerce una influencia cada vez más creciente en la solución de las cuestiones de la guerra y de la paz.

La nueva disposición de fuerzas en la palestra internacional se determina también porque los jóvenes Estados de Asia, el Cercano Oriente y Africa, aunque todavía permanecen en el marco de la economía mundial capitalista, no pueden considerarse parte integrante del sistema imperialista de Estados. Van dejando de ser una reserva del imperialismo y actúan como aliados del socialismo en la lucha por la paz, contra una guerra universal.

¿Significa esto que el peligro de una guerra ha pasado, que el imperialismo se ha convertido en un cordero, del cual sólo se pueden esperar cosas buenas? ¿Significa esto que puede uno sentarse, cruzado de brazos, con la seguridad de que la guerra podrá ser conjurada? No, ni mucho menos. Eso sería hacer el juego a los agresores imperialistas.

La naturaleza agresiva del imperialismo no ha cambiado. El imperialismo ha precipitado ya a la humanidad a la vorágine de dos guerras mundiales devastadoras. Ahora amenaza con sumirla en otra catástrofe bélica aun más espantosa. Una guerra universal en las condiciones actuales sería una guerra de cohetes y nuclear, es decir, la más exterminadora en la historia de las guerras. Se han creado medios monstruosos de destrucción y exterminio en masa. Esa guerra traería la muerte y sufrimientos, no a decenas, sino a centenares de millones de se-

res. Causaría destrucciones sin precedentes a países enteros y convertiría en ruinas los centros más grandes de la producción mundial y de la cultura universal.

Los científicos han calculado que la explosión de una sola bomba de hidrógeno en una zona industrial puede destruir de golpe hasta 1.500.000 personas y causar la muerte, a consecuencia de la radiación posterior, a otras 400.000. Incluso una bomba de hidrógeno de medianas dimensiones es suficiente para barrer de la faz de la tierra la ciudad más grande. Los científicos ingleses han llegado a la conclusión de que cuatro bombas de decenas de megatones, a razón de una en Londres, Birmingham, Lancáster y Yorkshire, matarían a no menos de 20 millones de personas. Según los datos presentados al Senado por los especialistas norteamericanos, las pérdidas que es preciso esperar en los EE. UU., después de un día de guerra nuclear, ascenderían de 50 a 75 millones de personas.

Para luchar enérgicamente contra los planes imperialistas de desencadenamiento de una guerra, es necesario conocer las terribles consecuencias que ella puede acarrear. Lenin advertía que el capitalismo, al agonizar, al descomponerse, aún está en condiciones de causar grandes males a la humanidad. Entraña un serio peligro para toda la humanidad. Mientras exista, habrá base para guerras agresivas.

Por consiguiente, el peligro de una nueva conflagración universal no ha pasado. La principal fuerza de la agresión y de la guerra es el imperialismo yanqui. No es acertado imaginar que el imperialismo es ya una "magnitud insignificante". Ni mucho menos. El imperialismo dispone aún de gran fuerza.

En las condiciones de la época pacífica, el imperialismo ha creado un aparato gigantesco de guerra, un sistema ramificado de bloques y de bases militares en territorios ajenos, ha subordinado la economía a la carrera de armamentos. Los imperialistas yanquis, después de montar un fuerte aparato militar, no quieren admitir su reducción. Torpedean toda propuesta de la URSS y de otros Estados pacíficos encaminada a lograr el desarme, a solucionar de manera pacífica las cuestiones internacionales pendientes. La carrera de armamentos prosigue, los stocks de armas nucleares continúan creciendo en proporciones amenazadoras.

Las fuerzas imperialistas de EE. UU., Inglaterra y Francia se han confabulado criminalmente con los militaristas ger-

mano-occidentales, que proclaman abiertamente la necesidad del desquite por su derrota en la segunda guerra mundial, la demanda de revisar las fronteras existentes. Torpedean la firma del tratado de paz alemán, el cual pondría cruz y raya y terminaría con los rescoldos de la pasada contienda universal. Los imperialistas han creado y avivan la llamada "crisis berlinesa". La amenaza a la causa de la paz y a la seguridad de los pueblos de Europa proviene del imperialismo germano-occidental. Esta amenaza recrudece. A su vez, los imperialistas de EE. UU. hacen resurgir el foco de guerra también en el Extremo Oriente. Han logrado imponer a Japón un nuevo tratado militar, cuyo filo está dirigido contra la URSS y la China popular.

Esa es la razón de que hoy, más que nunca, se exija de los pueblos pacíficos una elevada vigilancia. La posibilidad de conjuración de la guerra no es algo llovido del cielo. No se puede implorar la paz; sólo es posible conquistarla con la lucha activa y tesonera contra los agresores. La paz se puede mantener y asegurar solamente con la lucha de las masas. El socialismo echa en la balanza de la paz toda su creciente potencia. Aspira constantemente a que en las relaciones internacionales triunfe el principio de la coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen social.

Este principio está conquistando los corazones y las mentes de más y más millones de seres en el mundo entero. En su defensa se pronuncian cada vez más Estados. Ello puede tener una sola explicación: la coexistencia pacífica es el camino fundamental en las relaciones internacionales entre los países del socialismo y los del capitalismo.

Se han reducido bruscamente las posibilidades de utilización por el imperialismo de sus "reservas" y sus capacidades de maniobra. Esto es precisamente lo característico para la nueva etapa de la crisis general del capitalismo.

Durante el período de posguerra, el sistema mundial capitalista no pudo asegurarse siquiera una estabilización parcial, sólida o corta. Ello se debe a que sobre el imperialismo descargaron sus golpes las fuerzas mancomunadas de las revoluciones socialistas en una serie de países de Europa y Asia, y de las revoluciones nacional-liberadoras en Asia, Africa y América latina.

Los enemigos del comunismo calumnian, al afirmar que

los partidos comunistas "están interesados" en la guerra. Los comunistas son los enemigos más resueltos de la guerra. Para la victoria del socialismo no se necesita la guerra. La revolución mundial se desarrolla con éxito. El pueblo soviético, bajo la dirección de su Partido Comunista, marcha seguro por la senda de nuevas victorias en la construcción de la sociedad comunista. Crece y se vigoriza todo el sistema socialista mundial. Las revoluciones nacional-liberadoras y las luchas de clases estremecen el mundo capitalista. El capitalismo camina hacia su hundimiento definitivo. Y este hundimiento, inmediato, no se podrá evitar.

INDICE

INTRODUCCION	7
I — ¿QUE ES EL IMPERIALISMO?	13
II — RASGOS ECONOMICOS FUNDAMENTALES DEL IMPERIALISMO	22
1. La concentración de la producción y la formación de los mercados	22
2. La concentración y los monopolios en los asuntos bancarios. La omnipotencia del capital financiero y de la oligarquía financiera	32
3. La exportación de capital	42
4. El reparto económico del mundo entre las asociaciones capitalistas. Los monopolios internacionales	51
5. Terminación del reparto territorial del mundo entre las grandes potencias y la lucha por su nuevo reparto	58
LAMINAS	66
III — LA UBICACION HISTORICA DEL IMPERIALISMO	88
1. El imperialismo es la fase monopolista y última del capitalismo	88
2. El imperialismo es el capitalismo parasitario o en descomposición	94
3. El imperialismo es el capitalismo agonizante	98
IV — LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO	102
1. Los rasgos fundamentales de la crisis general del capitalismo	102
2. El cambio radical en la correlación de fuerzas entre los dos sistemas mundiales	111
3. Hundimiento del sistema colonial	121
4. Debilitamiento del imperialismo mundial	133
5. La crisis de la política exterior del imperialismo	148

Se terminó de imprimir el
día 30 de junio de 1965, en
IMPRESIONES "LA ESTRELLA,"
Lamadrid 360 - Buenos Aires.

